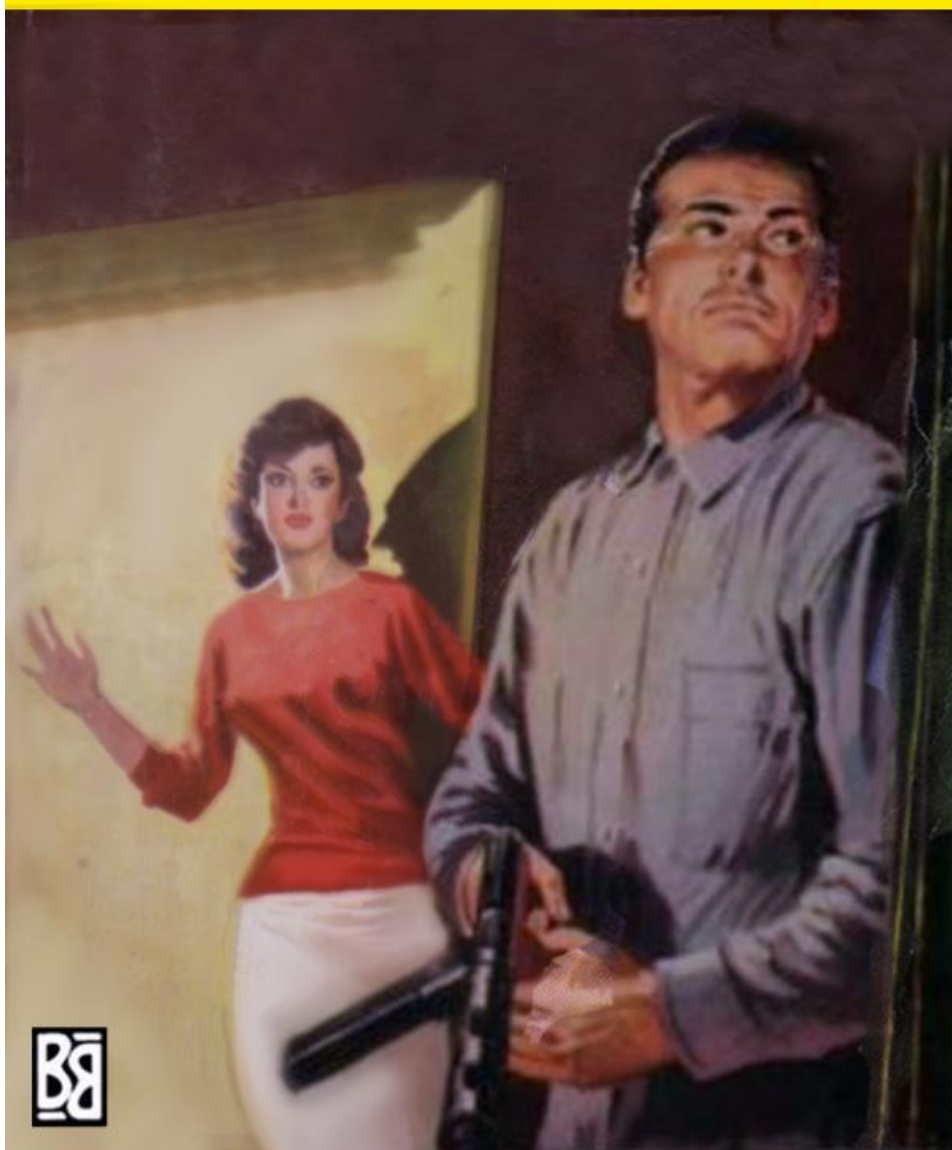


PUNTO

ROJO

hielo para una rubia

joe mogar





JOE MOGAR

HIELO PARA UNA RUBIA

Col. PUNTO ROJO n.º 173
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17871 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición agosto 1965

© JOE MOGAR - 1965

sobre el texto literario

© JAIME PROVENSAL - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 4130/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:**
827 — ¡Saca, Joe!
- En Colección BUFALO:**
393 — Alias «Pistol Kendall».
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
731 — Siempre mujeres.
- En Colección CALIFORNIA:**
345 — Un garito en Cuervo.
- En Colección TEXAS:**
476 — El hombre de San Francisco.
- En Colección COLORADO:**
334 — Un vaquero en Ruta.
- En Colección KANSAS:**
278 — ¡No vuelvas a Chayenne!
- En Colección BRAVO OESTE:**
88 — Dos balas de plata.
- En Colección PUNTO ROJO:**
107 — Cuentas pendientes.
- En Colección METRALLA:**
31 — Corresponsal en Corea.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
51 — «Pesquisa» sin licencia.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
311 — Miriam, la jugadora.
- En Colección SELECCION SERVICIO SECRETO:**
140 — Requiém para las rubias.

PRÓLOGO

Cuando Velda

O'Hara

miró en torno, lo hizo con la plena conciencia de que de la sencilla mecanógrafa que había sido, ya no quedaba nada. Ahora sabía muchas cosas.

Sabía tanto del hampa y de los bajos fondos como cualquier buscona de los tugurios del puerto. Sabía de los hombres, sin haber conocido íntimamente a ninguno, tantas cosas, que hasta estos mismos se asombrarían al saber cuáles eran estos conocimientos.

Por ejemplo, que la mayoría de ellos, cuando se encontraban a solas con una mujer, según en qué lugares, siempre o casi siempre guardaban los dólares en los calcetines o dentro de los zapatos.

Su corazón rebosaba odio hacia un hombre, y contra aquel largo e infernal año. Pero antes el hombre. Por él empezó todo. ¿Le encontraría alguna vez?

Velda sabía que sí.

Se odiaba a sí misma, y precisamente este odio que alimentaba dentro de su alma era el que había evitado que se volviera loca durante aquel año. Durante sus largos días con sus no menos largas y angustiosas noches.

Durante aquellos doce meses como doce malditos siglos.

Velda llevaba ahora cincuenta dólares por todo capital, en el bolso de rafia roja y el mismo vestido del año anterior. También sus fantásticas piernas y su no menos fantástica fachada de diosa pagana.

Muy poco capital para aguantar mucho tiempo. Tenía que buscar un empleo, y pronto. Algo que ahora le iba a resultar muy difícil.

Aquello, aquel pensamiento, la hizo odiar aún más mientras avanzaba por la calle 17 en dirección a Broadway, emborrachándose con la luz grisácea del atardecer, con los mil y un ruidos callejeros, con los transeúntes, y con los mil y un anuncios, y sobre todo, con los escaparates.

Velda entró en un bar.

Se acomodó sobre uno de los altos taburetes, notando que los hombres la miraban de pies a cabeza.

Sí, ella también podía acabar en uno de los muchos tugurios.

Pidió café y un par de bollos, que devoró con envidiable apetito. Acto seguido pagó y de nuevo se vio en la calle. Ahora, como impulsada por algo sobrenatural, encaminó sus pasos a Central Park.

Lentamente, sin prisas, con la mente hecha un verdadero caos, pensando en el que fue su apartamento cuando ella era una muchacha relativamente feliz y sin complicaciones.

El anochecer la sorprendió bajo los frondosos árboles, con los ojos fijos en alguna que otra pareja, que cada vez se iban haciendo más escasas a medida que crecía la oscuridad.

Velda suspiró profundamente y se dejó caer en uno de los bancos. Levantó una de sus hermosas piernas, cubiertas de nylon, y se retrepó contra el duro respaldo de madera. La tela del vestido se atirantó a la altura de los pujantes senos, pero ella no lo notó.

Pensaba.

Velda nunca supo el tiempo que estuvo pensando hasta que sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de unos pasos. Se volvió para mirar.

Iba directamente hacia el banco donde ella se sentaba, el cigarrillo encendido en la comisura de la boca, y una vez que estuvo más cerca reparó que bajo el ala del sombrero había unos ojos grises, fríos y enigmáticos, y que el rostro, en conjunto, era tan duro como el de un halcón.

Alto y fuerte. Como un Apolo o un dios griego, y a ella le gustaban los hombres fuertes.

A pesar de este pensamiento, Velda desvió los ojos del que en aquel momento se sentaba en el otro extremo del banco, mientras notaba unos enormes deseos de fumar.

Instintivamente abrió el bolso e introdujo la mano dentro.

Entonces se dio cuenta de que no tenía cigarrillos. Tampoco podía comprarlos.

Cincuenta dólares, menos el importe de los bollos y del café con leche, eran muy pocos para hacer gastos innecesarios. Tendría que pasar sin ellos hasta que encontrara una colocación, de cualquier cosa.

Inconscientemente suspiró:

—¿Desea un cigarrillo?

Ella se volvió hacia él un tanto sobresaltada. El hombre se encontraba ahora a su lado, mostrándole un paquete de cigarrillos. Sonreía, pero en sus ojos grises había dureza.

Velda bajó los párpados velando un tanto el embrujo misterioso de sus grandes y rasgados ojos negros.

CAPÍTULO PRIMERO

Era un buen decorado y le gustaba.

Un bikini negro. La más pequeña expresión de bikini que él había visto sobre la figura de una mujer. Claro que la mujer estaba pintada en el calendario del bar de Olsen

O'Neil

Pero la chica y el bikini eran decorativos. El mejor decorado que O'Neil tenía en su «*snack bar*».

Cierto que él podía tener una secretaria allí, en su bien montado despacho de la calle 16, una cuadra antes de su cruce con Broadway, pero aún no había podido encontrar una chica como la del almanaque, lo que según sus propios pensamientos, era una verdadera lástima.

En mangas de camisa, con la botella de *whisky*, un vaso, y los pies sobre la mesa, el cigarrillo colgando materialmente de la comisura de la boca y su cuerpo fuerte y musculoso retrepado contra el respaldo del sillón donde se sentaba, Dereck pensaba.

No en la chica del bikini negro ni en una problemática secretaria también en bikini. Dereck pensaba en algo que tenía que ocurrir y que sin embargo, no ocurría.

Un mes.

Todo un mes sin hacer nada, mano sobre mano. Cigarrillos, *whisky*, alguna que otra mujer, pero sin complicaciones, y nada más. Aburrido. Enormemente aburrido.

No es que su cuenta corriente se resintiera mucho por aquello. Esto, para Dereck, era lo de menos. Necesitaba acción. Le gustaba el peligro, tanto o más que una mujer hermosa.

Habla de ocurrir, algo. Por ejemplo, un buen asesinato. Claro que el asesinato nunca es bueno, pero debía ocurrir.

Pensando en ello, Dereck alargó perezosamente la mano y tomó el vaso de *whisky*. Interrumpió sus pensamientos para beber e intentó reanudarlos de nuevo cuando una vez más apartó el vaso de sus labios para depositarlo sobre el cristal de la mesa despacho.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Dereck lo miró atentamente por espacio de algunos segundos y luego cristalizó sus pensamientos en palabras:

—Sí, señor —monologó—. El teléfono; un invento bueno.

Apartó los pies de la mesa y se enderezó en el sillón. El teléfono continuaba sonando. Dereck levanto el auricular con manifiesta pereza y lo pegó contra su oído izquierdo.

—¿Dígame...? —preguntó.

—¿Míster John Dereck...?

La voz era de mujer y él se dijo que si aquel tono correspondía a la persona, aquélla tenía que ser soberanamente hermosa.

Y joven.

Replicó a la pregunta:

—Sí. Yo mismo.

Siguió una extraña pausa que a él se le antojó inquietante, y sin saber por qué. Luego ella habló de nuevo.

—Escuche, míster Dereck —dijo—; soy Alice Corrington. Deseo hablar con usted, y no pienso hacerlo por teléfono. Es demasiado importante para ello.

—¿Por qué no viene a verme?

—¿Dónde? ¿Ahí en su despacho? No, no puedo. No quiero hacerlo.

Hizo una pausa que Dereck no quiso interrumpir con pregunta alguna y luego añadió:

—¿Por qué no viene usted? Decídase, que le estaré esperando.

—¿Tan importante es que...?

—Mucho. Por favor, míster Dereck —interrumpió ella—; no se demore. Tengo que contarle algo de suma importancia. Le pagaré bien si me ayuda. Pongamos quince mil dólares. ¿Vendrá?

Dereck pensó rápidamente.

El asunto tenía su importancia. Nadie paga quince mil dólares por encontrar un perro o un gato, o por hacer vigilar a un marido

infiel.

Se decidió tan pronto como llegó a esta conclusión.

—De acuerdo, *miss* Corrington —dijo—. Deme sus señas.

Oyó un suspiro de alivio y casi al segundo siguiente ella replicó:

—En la carretera 21 a quince millas de Nueva York. Es una quinta de recreo de ladrillo rojo. Dos plantas, extenso jardín, piscina y... Bueno, será inconfundible para usted. Le espero desde ahora mismo.

—¡Espere!

Dereck soltó la palabra sin pensar, sin darse cuenta de ello, pero expresando lo que verdaderamente sentía en aquel momento.

—Sí...

—Me gustaría que me dijera algo más, *miss* Corrington.

—Por favor, no insista más y no se demore. Le espero.

Colgó.

Como si no quisiera que Dereck preguntara nada más. Como si temiera que éste, y por teléfono, pudiera hacerle decir más de lo que en realidad deseaba.

Dereck miró el auricular. Luego lo depositó lentamente sobre la horquilla y tomó el vaso.

Quince mil dólares. Una bonita cifra.

Bebió un poco.

—No, decididamente, no. Nadie da tanto por nada.

Rodeó la mesa y fue al perchero. La «Magnum» calibre 38 pasó a la funda sobaquera. Luego se puso la americana y a continuación tomó el sombrero y se lo encasquetó.

Después bebió el resto del *whisky* de un trago y acto seguido abandonó el despacho, cerrando la puerta a su espalda, y avanzó por el pasillo hasta el ascensor.

Quince minutos más tarde Dereck se encontraba conduciendo su «Cadillac» descapotable modelo 1961, hacia la carretera.

La quinta era exactamente como *miss* Corrington se la había descrito.

Hermosa y de dos plantas. Lujosa también. Los habitantes de la misma debían de figurar en el «Quién es Quién» de Nueva York.

Dereck la vio mucho antes de entrar en el bien pavimentado camino que, sombreado de hermosos árboles, flores y plantas de todas clases, iba desde la carretera hasta la puerta principal de la

quinta.

Doblaba la curva para entrar en él cuando se cruzó con el otro coche que salía de la finca a gran velocidad. No pudo ver al conductor; pero sí el número de matrícula, e igual que siempre, por la fuerza de la costumbre, éste se quedó grabado en su mente.

Dereck detuvo el coche frente a la puerta, subió los tres escalones del porche y pulsó el zumbador.

El timbre repiqueteó allá dentro, lejos, y Dereck esperó. Pero nadie acudió a abrir la puerta.

Consultó el reloj.

Habían transcurrido cuarenta y cinco minutos desde que Alice Corrington llamara por teléfono. Muy poco tiempo para que ésta se hubiera marchado sin esperarle.

Llamó una vez más.

Tres minutos más tarde Dereck abandonó la puerta principal y empezó a rodear la quinta pensando que había de entrar allí como fuera.

La llamada de la Corrington, ahora se le antojaba apremiante. Era extraño, pero en aquel momento sonaba en sus oídos bien diferente a cómo sonó cuando se encontraba en su despacho.

En la parte de atrás había una ventana abierta. Dereck miró en torno. Hacia la quinta que había más allá, cuyo jardín lindaba con el de la que él se encontraba.

Pensaba en la policía. No deseaba ser sorprendido en el momento de entrar por aquel medio. A la policía no le gustaría, y posiblemente a él tampoco.

Estudió la fachada y las ventanas de la quinta vecina, preguntándose si desde allí le verían al encaramarse sobre el alféizar, para entrar.

Podía ser. Podía ser también que entonces llamaran a la policía.

Dereck se encogió de hombros. Sabía que tenía que arriesgarse y se arriesgó. Saltó sobre el alféizar de la ventana, empujó los acristalados postigos y entró.

Un dormitorio.

Prendas de mujer, algunas íntimas, le dijeron que posiblemente era el dormitorio de Alice Corrington.

Miró en torno. Nada de particular. Excepto aquellas prendas, colocadas encima de la cama, todo estaba en orden.

Sesenta minutos más tarde, Dereck acabó de registrar toda la quinta.

De la mujer que le llamó por teléfono, de Alice Corrigton, no había rastro alguno, pero sí huellas de su paso.

Huellas que decían bien claramente que ella, u otra mujer cualquiera, vivía allí. También un hombre.

¿Su marido?

Posiblemente sí. Pero si era cierto, el matrimonio no se llevaba bien, y posiblemente desde hacía tiempo. Las habitaciones separadas, la una lejos de la otra, hablaban claramente de ello.

También había algo que no entendía. Fue llamado por una tal Alice Corrigton, recibió una oferta de quince mil dólares, y por lo tanto, el asunto debía ser importante. Y no obstante, en la quinta no había nadie.

Dereck se encogió una vez más de hombros, dándose por vencido.

Se encontraba ahora en el amplio y lujoso *hall*, que cruzó rápidamente, yendo al dormitorio de la mujer.

Se asomó por la ventana, escudriño los alrededores y otra vez miró las ventanas y fachada de la casa vecina. A continuación se encaramó sobre el alféizar y saltó al exterior.

Lentamente condujo hasta la carretera pensando ahora en el coche que se cruzó con él y cuyo conductor no pudo ver, aunque sí el número de matrícula.

¿Alice Corrigton?

Dereck se dijo que era muy posible. Y si era así, ¿por qué? ¿Por qué se había ido sin esperarle? ¿Huía? ¿De qué o de quién?

Por segunda vez, Dereck se encogió de hombros. Había que resignarse. Tenía que ir de nuevo a la oficina. Tal vez ella telefonara explicándole los motivos por los cuales no había ido a la cita.

O tal vez para darle otra.

Pisó el acelerador y lo mantuvo así hasta que el «Cadillac» alcanzó las sesenta millas.

Entró en Nueva York por el puente de Brooklyn y después, sorteando con pericia el intenso tráfico, condujo directamente hacia su oficina.

Sentado detrás de la mesa, con los pies sobre la misma, la

botella y el vaso de *whisky* a su lado, Dereck entrecerró los ojos.

Pensaba.

Pero ahora no lo estaba haciendo en la desconocida Alice Corrigton. Dereck pensaba de nuevo en el bikini de la chica del calendario.

Sí, señores, una figura altamente decorativa.

Anocheía cuando una vez más abandonó el despacho y se encaminó a la calle sin que nadie le hubiera llamado.

Era extraño lo que ocurría. De nuevo, una vez más, se encontró pensando en el coche que se cruzó con él segundos antes de que alcanzara con el suyo el camino que conducía a la quinta de Alice Corrigton.

¿Fue ella misma?

Sin contestarse satisfactoriamente a ninguna de las preguntas que se formulaba, de modo maquinal, Derek condujo hacia Central Park.

Estacionó frente al mismo, a continuación cruzó la calzada y se adentró en el parque sin dejar de pensar.

Sin dejar de decirse que aquello no le gustaba en modo alguno.

El mundo está lleno de casualidades, la vida también, y por eso Dereck no iba a ser la excepción de la regla.

Fue esta casualidad, el azar, el que le hizo ir aquella noche, como tantas otras, a Central Park.

En principio todo era igual, lo mismo que otros días, lo mismo que otras veces.

Pero después no.

Dereck lo supo apenas la vio. Sentada en uno de los bancos, con expresión ensimismada, y le gustó.

Era... un hermoso decorado contra el fondo oscuro de los árboles, la hierba y las plantas. Un decorado mucho mejor que la chica del calendario del bar de

O'Neill

Dereck se acercó.

Más cerca admiró la perfección de sus hermosas piernas y la belleza clásica que había en toda ella. Al parecer oyó sus pasos y entonces giró el rostro para mirarle, y Dereck se dio cuenta de que éste cuadraba con toda su figura.

Y de otra cosa más. De que no parecía ser muy feliz. La expresión de su rostro, la dejadez de su figura, parecían indicarlo así.

Ahora ella volvió el rostro hacia otro lado y él fue a sentarse en el extremo opuesto del banco, admirando su perfil.

Repentinamente la mujer abrió el bolso e introdujo la mano en él. Dereck oyó su suspiro y adivinando, se quitó el cigarrillo de la boca, se puso en pie, y se acercó.

—¿Un cigarrillo? —preguntó alargándole el paquete.

Ella le miró, y Dereck se vio abocado a aquellos misteriosos ojos negros que ahora le miraban un tanto asombrados. Notó también su vacilación, pero al fin le sonrió. Tímidamente. Luego alargó la mano y tomó uno de los cigarrillos.

—Velda

O'Hara

—dijo—. Gracias.

CAPÍTULO II

Vestía bien, con ropas que le sentaban como un guante, pero que ya databan de un año atrás. A pesar de ello, Dereck vio palpablemente que la muchacha tenía clase.

Había que decir algo. No sabía qué, pero tenía que decirlo.

Preguntó después de pensarlo unos cuantos segundos:

—¿Qué hace aquí sola, *miss*

O'Hara

?

—Contarle a la oscuridad mis problemas —replicó ella prontamente.

Lo que era verdad.

Dereck sonrió y luego se sentó a su lado Muy cerca. Casi rozándola. Entonces se dio cuenta de que no usaba perfume alguno y se preguntó por qué. Pero lo que dijo, fue:

—¿Por qué no me cuenta alguno? Tal vez podamos solucionarlos entre los dos.

Ellaladeó el rostro para mirarle y una vez más floreció en sus labios su bonita y tímida sonrisa que ni aquel año de pesadilla había podido borrar.

—Estoy sin empleo y cuesta trabajo encontrar uno en estos tiempos —mintió en parte.

Dereck pensó de nuevo en la chica del calendario que había en el bar de

O'Neil

.

—Eso es fácil de solucionar —dijo lentamente—. Yo puedo ofrecerle uno.

Velda abrió mucho sus hermosos ojos.

—¿De qué? —preguntó a continuación.

—Eso depende de lo que usted sepa hacer, *miss*

O'Hara

—Soy una buena taquimecanógrafa —replicó ella.

Dereck pensó rápidamente.

—De acuerdo, preciosa —dijo—. Necesito una desde mañana, y si quiere, puede trabajar para mí. ¿Acepta?

Velda le miró intensamente. Luego se envolvió en una nube de oloroso humo y acto seguido replicó:

—De acuerdo, míster...

—John Dereck, Velda —replicó él mirándose en sus ojos—. ¿Algún otro problema?

—Sí. Pero ése es pequeño. Se trata del alojamiento. Perdí el mío por falta de pago y ahora estoy tratando de encontrar otro —continuó mintiendo, también en parte.

—De acuerdo, Velda. La llevaré en mi coche hasta que encontremos uno. ¿Ha cenado?

—No, aún no.

Estaban muy cerca. Demasiado. Dereck se removió inquieto sobre el duro asiento de madera. Por primera vez en su vida sentía verdaderos deseos de besar a una mujer.

Sus pensamientos los rompió Velda con una pregunta:

—¿Nos vamos, míster Dereck?

¿Fue su sonrisa?

Dereck no lo supo nunca. Pero las pequeñas cosas a veces mueven verdaderas montañas.

—Sí, ahora mismo —replicó.

Ella hizo ademán de levantarse y de pronto se vio entre los brazos de él. Notó en sus labios el beso e intentó zafarse. Luego como un repentino deseo de olvidarlo todo, de olvidar aquel largo año, y de olvidar tantas y tantas cosas, se dejó llevar.

Entonces se apretó contra Dereck abriendo los labios bajo los suyos y correspondió a sus caricias con inusitada pasión, hasta que él la separó un tanto.

—Vamos, preciosa.

Velda le miró un tanto extrañada, pero le siguió bajo los árboles. Unos segundos más tarde notó de nuevo sus caricias y comprendió

sin saber por qué, que era blanda cera en sus manos.

Finalmente Dereck se apartó de ella, haciéndolo con lentitud, como si le costara un verdadero esfuerzo hacerlo, lo que era verdad, mientras Velda le miraba por entre las entornadas pestañas, respirando desacompasadamente.

Dereck la miró a su vez, y sin dejar de mirarla encendió un cigarrillo. Dejó transcurrir dos o tres minutos y luego preguntó:

—¿Nos vamos ya, Velda?

Ella abrió los ojos y asintió en silencio.

También en silencio, llevándola ahora enlazada por la cintura, Dereck se encaminó directamente hacia donde había estacionado el «Cadillac». La ayudó a subir y condujo hacia el bar de Olsen
O'Nell

Ya en él, sujetándola del brazo, la encaminó hacia una de las apartadas mesas, donde se sentaron.

O'Nell

salió de detrás del mostrador y se les acercó. Sus penetrantes ojillos patinaron sobre la figura de Velda, desde la altiva cabeza hasta los diminutos pies.

Aquel tipo de John Dereck tenía suerte con las mujeres.

O'Nell

lo pensó así, pero dijo algo bien diferente.

—Buenas noches, míster Dereck. ¿Qué les sirvo?

—Si no es muy tarde, algo para cenar. *Miss*

O'Hara

tiene apetito y yo también.

Cuando acabó de hablar, Velda le estaba mirando con los grandes y rasgados ojos un tanto velados por las sedosas y largas pestañas. Sonriéndole, con aquella tímida sonrisa.

Pero no dijo nada, con lo que la cena transcurrió en el más completo silencio. Al terminar, Dereck pidió café y entonces le ofreció un cigarrillo.

También fumaron y bebieron en silencio, cada uno de ellos sumidos en sus propios pensamientos, hasta que Dereck preguntó:

—¿Nos vamos, Velda?

Ella se puso en pie.

—Sí, ya es muy tarde, John —replicó suavemente.

Y ya no volvieron a hablar hasta que Dereck puso el coche en marcha.

—¿Por qué ha ocurrido esto, Velda? —preguntó entonces y en forma repentina.

Ella tardó unos cuantos segundos en replicar:

—No lo sé, John. A veces, las cosas ocurren porque sí. Sin explicaciones posibles, ¿no?

Dereck sonrió.

—Pues celebro que haya sido así, nena —dijo—. Creo que es algo que estaba esperando desde hace mucho tiempo.

Velda no replicó. De nuevo estaba recordando aquel largo año, hasta que una vez más, la voz de Dereck se los interrumpió:

—¿No me preguntas dónde te llevo?

—¿Para qué, si ya lo he supuesto? Me llevas a tu apartamento —consultó el reloj y añadió—. Es muy tarde para buscar otro alojamiento para mí, ¿verdad?

—Sí, eso creo. Es decir, si tú no tienes inconveniente.

—Eso es absurdo, querido.

Y puso la mano sobre el brazo de él.

—Me has hecho muy feliz. John —dijo—. Eso es todo.

—Sí... Pues no te fíes mucho de mí, cielo.

Ella rió alegremente por primera vez en mucho tiempo. Se diría que por el momento había olvidado todos sus sinsabores. Ni siquiera pensaba en lo que sería de ella al día siguiente cuando el hombre que llevaba a su lado la dejara plantada.

Después replicó:

—¿Sí...? Bueno, esperaré a que me lo demuestres. Mientras tanto, John, continuo pensando que eres un gorila y un bruto, pero delicioso.

Dereck no replicó y callaron hasta que se encontraron a la puerta de su apartamento.

Lo abrió, dio la luz iluminando el *hall*, se apartó para dejarla pasar, y a continuación la cerró a su espalda.

Tomándola del brazo la condujo hasta la elegante sala de estar y la hizo sentar en el amplio sofá, notando cómo Velda lo miraba todo con curiosidad. Con la extraordinaria curiosidad que toda mujer siente por todas y cada una de las cosas, de los detalles que encuentra a su paso, cuando entra por primera vez en el

apartamento de un hombre soltero.

—¿Te gusta?

Velda se puso en pies y le enfrentó.

—Es un sueño, John —replicó—, aunque en algunas cosas se nota la falta de la mano de una mujer.

Dereck sonrió.

—Espero que desde ahora, Velda, esto no ocurra más, dijo lentamente.

Ella abrió unos ojos enormes, mirándole incrédula.

—¿Quieres decir que voy a permanecer aquí? ¿Es ése el empleo que me ibas a dar?

—Siéntate y descansa mientras te preparo algo para beber, Velda —replicó él girando hacia el mueble bar.

Ella le siguió con los ojos, sonriéndole con aquella tímida sonrisa que era un atractivo más sobre los que ya tenía de por sí.

Le gustaba John Dereck como no le había gustado ningún otro hombre. Ciertamente que no había tenido mucho trato con ellos, y mucho menos íntimamente, pero según sus propios pensamientos, era así.

Dereck regresó unos minutos más tarde llevando en las manos sendos vasos de *whisky*, que depositó sobre una artística mesita, al lado de ella. A continuación se sentó en el sofá, muy cerca de Velda.

Mirándola a los ojos replicó a la pregunta que ésta le formulara con anterioridad:

—Me gustan las figuras decorativas, preciosa. Como el bikini de la chica del calendario del bar de O'Neill

. ¿La viste? ¿No? Pues estaba allí. Tú también puedes ser una figura decorativa. Necesito una dentro de la oficina y tú puedes serlo. ¿No te gusta el empleo?

—¡Claro que sí! —rió un tanto divertida y con los ojos brillantes—. Pero ¿sólo como figura decorativa, John?

—Desde luego. Necesito una chica que se siente en el pico de la mesa y enseñe las piernas un poco más de lo normal, aunque no sea nada más que de vez en cuando... ¿No...?

—¿Te gustan?

—¿El qué? ¿Las chicas?

—¡Mis piernas, tonto!

Rió de nuevo y se le acercó. Dereck la abarcó por la cintura,

pero unos segundos después, mediante un esfuerzo, ella se zafó de sus brazos, no sin haberse dejado besar.

—John, por favor...

Por toda respuesta, Dereck alargó los brazos, pero Velda fue infinitamente más rápida que él.

—Te he dicho que...

Se colocó en el otro extremo del sofá, y al instante Dereck empezó a hacerse preguntas. Pensaba en aquel fortuito encuentro. ¿Quién era Velda

O'Hara

? ¿Por qué había ocurrido aquello entre los dos? ¿Por qué estaba allí y dentro de su propio apartamento?

Dereck no lo sabía, a pesar de que era una realidad tan grande como el Capitolio de Washington.

Llegaba a esta conclusión, cuando ella le llamó:

—John...

Dereck se acercó y el beso entre los dos brotó con tanta violencia como las explosiones de una «Lugger».

Y mientras la acariciaba, no dejaba de pensar en todo. En que allí había algo que no entendía y que posiblemente no entendería nunca.

Fue algo que no olvidaría nunca, ni Velda tampoco. Sobre todo ella. De esto último, la muchacha estaba segura de ello.

Velda le estaba esperando con el desayuno listo. Velda, que se puso en pie apenas le vio, para a continuación salir a su encuentro.

Se besaron fugazmente y luego hablaron de algunas cosas mientras desayunaban.

Al acabar, Dereck se puso en pie. Extrajo la cartera y de la misma un montón de billetes que puso sobre la mesa, frente a ella. Al instante vio fijos en los suyos los negros ojos de Velda.

—Esta mañana voy a darte un trabajo que te gustará, cielo —dijo—. No irás a la oficina. Puedes tomar el coche, si tienes carnet de conducir, e ir por ahí en busca de algunos trapitos.

—¡John! Pero ¿es verdad?

—Es verdad, ¿qué?

Una vez más, la tímida sonrisa floreció por entre los rojos y sensuales labios de ella.

—Que desees que me quede a tu lado —replicó, sintiéndose por

primera vez en mucho tiempo absurdamente feliz.

—¡Pues claro, pequeña! Pero ¿qué te atormenta, muchacha? ¿El pasado?

El hermoso rostro de Velda enrojeció un tanto, mientras que desviaba los ojos de él.

—Por favor, John... —susurró.

—Está bien, muchacha. No te preguntaré más.

Sacó las llaves del coche y se las dio. Acto seguido añadió:

—Si terminas con hora, date una vuelta por la oficina.

—¿Cómo figura decorativa? Si es así, debo decirte que ni siquiera tengo un simple «bikini».

—Cómprate uno, entonces —replicó él.

Giró hacia la puerta y ella fue detrás. Le prendió por un brazo mientras Dereck ponía la mano sobre el tirador de la misma, y acto seguido se volvió para besarla. Después de hacerlo, ella le miró con tal intensidad que le aturdió.

—Gracias, John —dijo en un susurro—. Gracias por todo lo que estás haciendo por mí. Nunca, entiéndelo bien, lo olvidaré.

—Será mejor que lo hagas, Velda. Si aquí hay alguien que tenga que agradecer algo, ése soy yo. Y ahora no me entretengas más. Tengo trabajo.

Por toda respuesta, ella se le acercó más y Dereck no pudo por menos que prenderla por la cintura para acto seguido atraerla contra su pecho.

—John...

Él sonrió antes de besarla. Luego replicó, en tono ligero:

—Anda, vete, que tengo trabajo. ¿No te lo he dicho ya?

Y la empujó fuera del apartamento.

Quince minutos más tarde, Dereck tomó un taxi y se hizo conducir al bar de

O'Nell

. Se acomodó en la barra y miró a la chica del bikini.

Se mirara por dónde se mirara, Velda estaba mucho mejor, y como se ha dicho, desde cualquier ángulo, y él de cierta clase de ángulos sabía demasiado.

Pidió café.

Mientras se lo servían, tomó el periódico y se dispuso a hojearlo cuando en forma repentina los grandes titulares negros saltaron a

sus ojos.

MUJER ASESINADA CUYO CADÁVER APARECE EN EL HUDSON

Era todo un titular.

Dereck lo pensó así, y al instante se ensimismó en la lectura del artículo.

Una mujer había sido encontrada en el río, cerca del muelle dieciséis, cuando su ropa, la poca que llevaba puesta, se enganchó en la quilla de una de las barcazas.

El cadáver había sido trasladado a la «Morgue». El periodista que escribía el artículo daba una reseña diciendo que la policía iba tras la pista del asesino y que no tardaría mucho en detenerle.

Dereck dejó el diario mientras una tenue sonrisa curvaba sus delgados y un tanto crueles labios. Luego permaneció completamente inmóvil hasta que su ceño se frunció violentamente. A continuación, sin decir nada, se bebió el café de golpe, abandonó el taburete y fue a la cabina telefónica.

Discó.

Harry Pops se puso al aparato. El viejo Pops y él eran amigos. Antiguos conocidos y se debían mutuos favores.

Sí, Pops era un buen hombre. Pops tenía una hija con una fachada... con más fachada que el edificio Empire State Building. Por lo menos eso era lo que decían sus conocidos, ya que él nunca había visto a Hellen Pops. Pero Dereck admiraba a los hombres, a los padres que tenían hijas así.

—¿Pops? Yo soy Dereck.

—Hola. John. —La voz sonó cascada al otro lado del hilo—. ¿Qué se te ofrece? Apuesto que es algo relacionado con cualquier nuevo fiambre, ¿no? ¿De qué se trata esta vez?

La sonrisa que Dereck le dedicó al auricular era la del conejo.

—Escucha, Pops —empezó—. Se trata de esa mujer, que ayer apareció flotando en el Hudson. ¿Podría verla? ¿Ha sido identificada?

—No, aún no, pero no creo que tarden mucho en hacerlo. Precisamente estoy esperando la visita de la policía y el forense.

—Pero ellos no podrán hacerlo, ¿verdad?

—No, desde luego que no, pero hay un hombre que sí podrá. Por lo menos, eso es lo que he oído decir.

—¿Sabes si tardarán mucho en llegar?

—No, no lo sé. Pero... Oye, ¿por qué no vienes aquí y charlamos un rato? Puedes estar presente si te interesa. Entretanto, y por el camino, te inventas para la policía cualquier cuento que sea factible, ¿no? ¿Qué te parece?

Dereck consultó el reloj.

—Estaré ahí dentro de veinte minutos —replicó—. ¿Quién es el hombre? ¿Lo sabe usted?

—Sí, claro. Se trata de...

—De acuerdo. Ahora mismo voy para allá, Pops... —atajó Dereck.

Colgó el auricular y regresó a la barra.

O'Neill

se encontraba ahora junto a la vacía taza de café, y preguntó en el acto:

—Oye, John, ¿quién era la chica de anoche? ¡Diablos! ¿De dónde sacaste un monumento como ése? No me dirás que de dentro de una manga, ¿verdad? Si es así, tendrás que hacerme un favor. Buscarte en la otra una para mí.

Dereck esbozó una ligera sonrisa.

—Es amiga mía,

O'Neill

—mintió en parte—. De hace mucho tiempo. Más del que tú te puedas figurar.

—¿Sí? Bueno, si tú lo dices... —Y añadió, después de una ligera pausa—: Una nueva conquista, ¿no? ¿O es algo definitivo? Aunque de ti, el pensar esto es una...

Dereck rió ahora, interrumpiéndole.

—Aún no lo sé,

O'Neill

—replicó a continuación—. Por ahora es sólo mi secretaria.

O'Neill

también empezó a reír, momento que Dereck aprovechó para ir hacia la puerta. Desde la misma se volvió, saludó con la mano y a continuación desapareció en forma definitiva.

CAPÍTULO III

Tomó un taxi, dio la dirección y se acomodó recostándose contra el respaldo del asiento.

Cerró los ojos.

Pensaba en Alice Corrigton. Pensaba en la mujer que le había llamado ofreciéndole quince mil dólares por efectuar un trabajo para ella, y que ahora yacía muerta, asesinada, sobre una de las losas frías de mármol, en la Morgue.

Quince mil dólares por un trabajo del cual no tenía ni la más ligera idea. ¿Por qué no habló Alice Corrigton? Ahora él iba a la Morgue con ánimo de ver aquel cadáver. Si era ella lo sentiría. Lo sentiría mucho.

No le importaba cobrar. Lo único que le interesaba por el momento era ver a la mujer muerta e investigar un poco.

¿Altruista?

No era eso.

Era... algo indefinido. Una mujer le había pedido su ayuda y la asesinaron mucho antes de que pudiera hablar. Por lo tanto, para él era lo mismo que si ya le hubiera pagado por el trabajo que iba a hacer.

¿Cómo?

Pops había dicho que contaba con una persona que podía identificarla. ¿Su marido? Aquello podía ser una posibilidad.

La voz del taxista le interrumpió en sus pensamientos.

—Hemos llegado.

Dereck abrió los ojos. Se incorporó en el asiento y pagó. Descendió del taxi y se dispuso a cruzar la calle. Y fue entonces cuando la vio.

La mujer era rubia, llevando encima de sí misma muchas cosas

interesantes. Las piernas lo que podía ver de ellas, por debajo de la corta falda, eran de campeonato.

En traje de baño habría producido un cataclismo en cualquier lugar donde se hubiera encontrado.

Muy hermosa. Con una carrocería muy superior a la de su propio «Cadillac». Pero había algo que llamaba la atención en ella, y no por su detonante y explosiva figura.

Estaba nerviosa. Eso era obvio para Dereck. Bastaba mirarla unos minutos para comprenderlo.

Semioculta en uno de los portales, vigilaba la calle en ambos sentidos, mientras que con ambas manos retorció la correílla del bolso que llevaba.

Dereck avanzó lentamente por la acera, volvió el rostro al llegar a su altura y durante unos segundos vio frente a los suyos unos grandes y rasgados ojos verdes sombreados de largas y rizadas pestañas.

Luego ella desvió la vista y él continuó su camino diciéndose que era una lástima no haberla encontrado antes, y en otro lugar.

Tal vez fuera asequible.

Tal vez... Bueno, Pops estaba esperándole en la Morgue. Pops y tal vez el cadáver de Alice Corrington.

Llegaba cerca de la puerta cuando detrás suyo oyó el zumbido del motor de un coche. Luego cómo éste se detenía para arrancar de inmediato.

No tuvo necesidad de volverse ya que casi en el acto el «Buick» sedan descapotable pasó por su lado y se perdió calle abajo ganando velocidad por momentos.

Dereck entró en la Morgue pensando en el teniente Mac Harrison. Preguntándose cómo le sentaría el saber que él estaba relacionado de un modo u otro con aquel asesinato.

Mal.

Estaba seguro de ello.

Llamó a Pops apenas llegar a su despacho. El tétrico eco le devolvió su voz y frunció el ceño. ¿Dónde diablo se había metido Pops?

Seguramente se encontraría en los frigoríficos.

Dereck avanzó en aquella dirección. El silencio reinante en el interior se le antojó bien diferente a cómo le había parecido en las

veces anteriores.

Era extraño, pero le ocurría aquello. Había entrado en la Morgue infinidad de veces y nunca le ocurrió nada igual.

Continuó avanzando, notando que el silencio era más pesado, más palpable. Angustioso. Casi completamente a oscuras miró alrededor. Se subió el cuello de la americana y se estremeció.

¿Frío?

Dereck se dijo a sí mismo que sí. ¿Qué otra cosa podía ser?

A tientas buscó el interruptor de la luz y la encendió. El súbito brillo de los tubos fluorescentes le hizo parpadear durante unos segundos momentáneamente cegado, y acto seguido miró en torno.

Pops estaba allí. Mirándole fijamente. Por lo menos ésa fue la primera impresión que experimentó apenas verle.

Pops estaba caído en el suelo. Pops no le estaba mirando a él. Pops ya no miraría jamás a nadie, porque alguien se había entretenido en clavarle dos balazos en el pecho.

Sus ojos, espantosamente abiertos, parecían mirar a todas partes, y a ninguna en concreto.

Dereck, con todos los músculos en tensión, se acercó lentamente al cadáver llevando la mano derecha bajo la axila izquierda donde dormía la automática «Magnum».

Pero no llegó a él.

Apenas si dio dos pasos en su dirección cuando se dio cuenta de que había algo más. Algo infinitamente peor que el asesinato del viejo Pops, ya que se lo habían hecho a una mujer que ya estaba muerta, tal vez también asesinada.

Alguien, quizá el mismo asesino de Pops, con el sadismo propio de un loco, había sacado el cajón montado sobre rieles, donde yacía el cadáver de una mujer, y había dejado caer una barra de hielo sobre su cabeza.

El espectáculo era verdaderamente espantoso.

Dereck vio el horrible destrozo, la masa sanguinolenta y los huesos rotos y astillados de lo que fue el rostro y cabeza de una mujer, y la mata de pelo rubio ceniza pegado al hielo y al fondo de la larga caja de plomo.

Se descompuso.

Apresuradamente se apartó de allí y fue a un rincón con el semblante tan pálido como el del cadáver de Pops.

Minutos más tarde, más tranquilo ya, Dereck se acercó de nuevo. Irreconocible y espantoso. ¿Por qué?

¿Alice Corrington?

Al hacerse esta pregunta, Dereck miró la etiqueta que colgaba del cajón. «No identificada». Eso es lo que decía. Por lo tanto, podía ser ella como otra cualquiera. ¿La mujer del Hudson? Dereck mismo se dijo que era mucho más que posible que fuera así.

¿Quién y por qué?

A punto de descomponerse de nuevo se apartó de allí y salió al exterior. En el despachito de Pops se dejó caer sobre una silla y con ojos pensativos miró el teléfono.

¿Llamar a la policía? ¿Y por qué no? Mac Harrison no era de su agrado, pero su deber era el de llamarle. Alargó la mano, levantó el auricular y empezó a discar sabiendo de antemano lo que éste iba a decirle tan pronto como le viera allí.

Sus amenazas y sus miles de mal intencionadas preguntas.

—Policía... Dígame...

—¿El teniente Mac Harrison? Por favor...

Al pronunciar su nombre, Dereck no pudo evitar que su voz sonara levemente ronca. Pero tenía que dejar de pensar. Tenía que prestar atención a la voz que sonaba al otro extremo del hilo.

—¿Quién llama?

Dereck dejó transcurrir tres o cuatro segundos antes de replicar:

—John Dereck —dijo después—. Es importante.

—Espere y no se retire. Enseguida se pone.

El «enseguida» se transformó en tres o cuatro minutos de espera, hasta que finalmente oyó la respuesta:

—¿Dereck?

—Sí. Yo mismo.

—Vamos, desembuche. ¿Qué quiere ahora? ¿Otro cadáver?

Pensó rápidamente en el espectáculo que había a su espalda, en el interior de la Morgue. Y si no hubiera sido por este pensamiento, hubiera sonreído alegremente.

—¡Acertó a la primera, teniente! —replicó—. Alguien le ha metido a Pops un par de balazos en medio del pecho y después ha destrozado la cabeza de una mujer sin identificar, empleando para ello una barra de hielo de los frigoríficos.

—¿Qué cuer...?

Pero Dereck no le escuchaba ya. Estaba recordando ahora a la hermosa rubia que viera semioculta en uno de los portales, segundos antes de entrar en la Morgue. ¿Qué hacía allí? ¿Qué esperaba?

Las miles de preguntas que le golpeaban la mente convirtiéndosela en un caos sensacional, las cortó la voz vociferante del teniente Mac Harrison, y Dereck dejó de formulárselas para escuchar.

—¿Continúa ahí, Dereck? ¡Conteste de una vez!

—Aún estoy aquí, teniente. ¿Qué decía?

La maldición de Mac Harrison hubiera hecho enrojecer a una dama, pero Dereck no lo era ni mucho menos.

—Pues escuche, Dereck, le estoy diciendo que no se mueva de ahí, ¿comprende? Si cuando llegue no le encuentro, juro que me las pagará. Mandaré que le detengan donde quiera que le encuentren. Y perderá la licencia de privado. Sabe que puede perderla si me lo propongo, ¿verdad? Pues...

Dereck cortó la comunica: de nuevo se dejó caer contra el respaldo del sillón.

Pensaba.

Pensaba una vez más.

Y no era precisamente en la amenaza del teniente Mac Harrison, sino en el significado que pudiera tener la presencia de la rubia, cerca de la Morgue, y en el horrible destrozo que alguien había hecho en la cabeza de una mujer que ya con anterioridad había sido brutalmente asesinada.

¿Estaría aún en...?

Dereck se puso violentamente en pie y salió rápidamente a la calle. Miró a lo largo de la misma, en ambos sentidos.

Como esperaba, la hermosa rubia no estaba allí.

Recordó el coche. Un sedán negro. Un «Buick» cuya matrícula no había visto, ya que no se fijó en ella. Un error por completo disculpable, ya que no esperaba la sorpresa que le aguardaba en el interior de la Morgue.

Dio media vuelta y nuevamente entró. Una vez más, se sentó en el sillón de Pops y entrecerró los ojos.

Recordaba la llamada de Alice, recordaba el coche que se cruzó con él justo cuando iba a doblar el volante del suyo para entrar en

el camino que conducía a la quinta de ladrillo.

Recordaba el número de matrícula del mismo como si lo tuviera grabado a fuego dentro de su mente.

Lo que no recordaba era el bikini negro de la chica del calendario, en el bar de O'Neal.

Dereck había perdido por el momento todo su interés por las figuras decorativas.

El súbito ulular de las sirenas de la policía le hizo interrumpir sus pensamientos envarándole sobre la silla.

Mac Harrison, seguido del sargento Larry Foster, el forense y varios policías más, todos ellos vestidos de uniforme, le sorprendieron cuando su mente estaba trabajando a toda presión.

Dereck no se movió de la silla. Se limitó a levantar la cabeza y mirarles uno a uno, hasta que finalmente clavó los ojos en el teniente Mac Harrison y permaneció mirándole hasta que éste habló.

—Vamos. Dereck, desembuche. ¿Dónde están?

Dereck dobló el brazo para señalar sobre su hombro derecho.

—Dentro —dijo—. En los frigoríficos.

Mac Harrison dio una orden y luego encaró a Foster.

—Procure que no se mueva hasta que vuelva, Larry —ordenó—. Míster Dereck y yo vamos a tener una interesante conversación.

Sin añadir una palabra más, dio media vuelta y desapareció detrás de sus hombres.

Los minutos empezaron a pasar rápidamente sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra, y sin que Foster dejara de observarle, aparentando una indiferencia que no sentía.

Aquella actitud divertía a Dereck, a pesar de que sus pensamientos nada tenían que ver en ello.

Hasta que finalmente el silencio reinante lo rompió la entrada del teniente Mac Harrison, seguido de los demás.

Los agentes salieron, no así Mac Harrison, que se le acercó de inmediato. Se detuvo frente a él, con las manos en la espalda, y le miró con gesto petulante.

Dereck entrecerró los ojos y esperó. Fue muy poco. Apenas unos segundos.

—Bien, Dereck. ¿Cómo ocurrió?

—¿Ocurrió? ¿El qué?

Mac Harrison parpadeó un poco y luego se balanceó sobre las punteras de los zapatos.

—Eso de ahí dentro. ¿Cómo ocurrió?

Dereck se encogió de hombros.

—No lo sé, teniente. Tampoco ayudé al asesino, si eso le sirve de algo.

Mac Harrison hizo una mueca y su voz se volvió oscura.

—Escuche de una vez por todas, Dereck —dijo—. Usted va a contarme un montón de cosas. Aquí o en el precinto. Escoja lo que más le convenga.

Dereck aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y a continuación le miró fijamente.

—Le dije por teléfono que Pops ya estaba muerto cuando llegué. Le dije también todo cuanto sabía. Por lo tanto, teniente, ni aquí ni en el precinto me hará decir nada, porque no hay más que lo dicho.

Mac Harrison sentó los pies en el suelo y Dereck adivinó el esfuerzo que estaba haciendo por controlarse.

—¿Por qué vino aquí. Dereck? —preguntó a continuación.

—Pops era amigo mío teniente, y usted lo sabe bien. Más de una vez le visité profesionalmente, como también lo hice por el solo placer de hablar con él, como lo he intentado hoy.

—Conque ésa es su historia, ¿no?

—Sí. Ésa es mi historia. Si no me cree, pruebe que miento. Vine a ver a Pops porque deseaba hablar con él y...

—¿De algún nuevo caso, pesquisa?

Dereck le miró fijamente mientras se ponía en pie.

—Por el momento no estoy trabajando en ningún caso. Pero ahora sí voy a hacerlo, teniente. Con o sin licencia de privado, ¿comprende? Pops era mi amigo y voy a enviar a la «silla» al que hizo eso con él.

Lentamente, Mac Harrison alargó la mano, tomó una silla, acercándosela, y se dejó caer en ella. Levantó la cabeza para mirarle.

—Siéntese, Dereck —dijo suavemente.

Desde la puerta, sin cambiar de actitud, el sargento Larry Foster les observaba a los dos mientras que en la estancia se hacía un largo silencio que Mac Harrison rompió con la misma suavidad anterior.

—Escuche bien, Dereck —dijo—. Usted no va a meter las narices en este asunto. ¿Está claro?

—¿Por qué?

—A la policía no le gustan los fisgones, Dereck. Y al decir la policía, me refiero a mí mismo. Por lo tanto, ya lo ha oído. No le quiero ver fisgonear en torno a ese asesinato o perderá la chapa. —Hizo una pausa y añadió súbitamente—: Oiga, no será que... ¡Claro que es eso!

Mac Harrison se inclinó sobre él y añadió:

—Vamos, pesquisa, ¿qué tiene usted que ver con ese asesinato?

—Ni siquiera la conocía —replicó fríamente, y no mentía en aquello—. Tampoco sé quién es. ¿Lo sabe usted? ¿Logró identificarla?

—No, aún no, pero no tardaré en saberlo.

—¿Quiere decirme cómo lo va a conseguir? Si mal no recuerdo...

—¡Ya lo sé! Como también sé porque han cometido ese atentado. El que lo hizo buscaba en su cabeza la bala que la mató antes de que la echaran al agua, con objeto de que no fuera identificada en el Departamento de Balística. Lo que siento es que se la llevaron.

Dereck pensó rápidamente mientras se preguntaba a qué se debería que el teniente le diera ahora tantas explicaciones. Y continuó preguntado, por si se daba el caso de que éste se arrepintiera de pronto:

—¿Quién cree que es ella?

—Una tal Alice Corrigton. Algo que a usted no le interesa a no ser que tenga que ver con el asesinato. Dígame, ¿por qué vino a ver a Pops? ¿Fue por causa de éste, como me ha dicho, o fue porque leyó en el periódico que una mujer había sido encontrada en el Hudson y sospechó que se trataba de *mistress* Corrigton? La verdad, Dereck, y la quiero ahora.

—Le he dicho todo cuanto sabía del asunto, teniente. Ésa es la verdad.

Mac Harrison se puso en pie y Dereck le imitó.

—Es usted un tipo duro, ¿verdad, Dereck? —preguntó.

—Eso es algo que aún no sé, teniente. ¿Puedo irme ya?

La sonrisa que Mac Harrison le dedicó, no gustó a Dereck.

—Puede irse, pero no salga de Nueva York sin que yo lo sepa. Y no fisgonee en este caso. Por ahora es sólo una advertencia.

—¡Diablos, teniente! ¡No me diga que sospecha de mí!

—No, aún no. Pero no me fío mucho, pesquisa. Y tenga cuidado de ahora en adelante, ya que pienso comprobar esa historia suya. Si me ha mentido, le meteré entre rejas. No lo olvide, Dereck.

—Creo que no le conté ninguna historia. ¿O no es verdad, teniente?

—Por eso se lo advierto. Si averiguo, como pienso, que se trata de *mistress* Alice Corrington, y que tuvo o tiene que ver con ella, acabaré con usted. Puede estar seguro de ello.

Dereck no replicó.

Dio media vuelta hacia la puerta y Mac Harrison le llamó cuando ponía la mano sobre el tirador.

—Un momento, Dereck —dijo.

Se volvió para mirarle.

—¿Algo más, teniente?

La sonrisa de Mac Harrison era cuadrada cuando replicó:

—Sólo un consejo. Que tenga cuidado con cierta clase de mujeres, aunque sean tan hermosas como Velda O'Hara

. Puede meterse en un lío por culpa de ella.

Dereck hizo un esfuerzo para que su rostro no delatara la sorpresa que sentía en aquel momento, y acto seguido replicó:

—¿Algo más, teniente?

—No, nada más. Ya le avisare si le necesito.

Se fue preguntándose de qué la conocía Mac Harrison.

CAPÍTULO IV

En la calle, Dereck tomó un nuevo taxi y dio una dirección cualquiera de la Quinta Avenida, y consultó el reloj cuando descendió de él frente a un «*Snack Bar*».

La una.

Cruzó la acera y entró, yendo directamente a la barra, y pensando en las palabras de Mac Harrison, y en Velda.

Pidió un «Manhattan» doble mientras que sus pensamientos tomaban ahora otro rumbo distinto.

Joss Corrington.

El marido de Alice, la mujer que le llamó por teléfono para encargarle un trabajo. Pero ¿era ella en verdad?

Continuó pensando en el coche que se cruzó con él, en la rubia de la Morgue. ¿Quién era ella? Y Velda, ¿quién era Velda O'Hara
?

Dereck soltó un gruñido de desaprobación por sus propios pensamientos, y el barman le miró con asombro desde el otro lado del mostrador.

De nuevo consultó el reloj. ¿Y Velda? ¿Habría terminado con sus compras?

Dereck descendió del alto taburete y entró en la cabina telefónica. Unos segundos más tarde discaba el número de su despacho. Velda no estaba allí y un poco irónicamente se confesó que las mujeres eran iguales en todas las partes del mundo.

No obstante, y en violento contraste con sus propios pensamientos, discó de nuevo, pero ahora fue a su propio apartamento.

Durante unos segundos oyó la señal de marcar e hizo ademán de

colgar. Fue entonces cuando al otro lado del hilo levantaron el auricular.

—¿Dígame?

—Hola, preciosa —replicó—. Soy.

—¡John! ¿Vas a venir? Estoy preparando...

Dereck la atajó.

—No puedo, monina. Tengo un asunto urgente que...

La exclamación de ella también le interrumpió:

—Escucha, ricura, ¿por qué no vienes tú? Te he llamado para invitarte a comer. Pero tiene que ser rápidamente. Estoy trabajando, ¿sabes?, y no puedo perder mucho tiempo.

—¿Desde dónde llamas? Estaré ahí dentro de diez minutos.

—Estoy en el

«Panam's».

Date prisa, Velda.

Colgó sin esperar respuesta, regresó a la barra, terminó el «Manhattan», pagó y salió a la calle.

Ya en el centro de Broadway en el interior del «Panam's»,

Dereck escogió una apartada mesa y esperó.

Fue media hora, pero merecía la pena haberlo hecho.

Estaba mirando hacia la calle cuando ella detuvo el coche frente a la puerta. Abrió la portezuela, mostrando la pierna izquierda en toda su profusión, luego la otra, envueltas en caro nylon, y acto seguido apareció Velda.

Había ido a la peluquería. Su pelo brillaba de puro limpio, y llevaba uno de esos altos peinados a la última moda. El vestido era de terciopelo negro, muy ceñido, como una segunda piel y zapatos nuevos de alto tacón.

Se había maquillado un poco. La cara y los ojos.

Mientras la miraba avanzar hacia él, con aquella sonrisa —«Oh, tan tímidamente suya»—, notando cómo todos los rostros se volvían para mirarla, se dijo que hacía mucho tiempo que no veía una mujer tan hermosa como aquella.

Y era suya. ¿Por qué?

Dereck desechó la pregunta y se puso en pie para recibirla. La prendió de una mano y a continuación tiró suavemente de ella, hacia la mesa.

Acercó una silla mientras Velda le miraba, consciente del efecto que había causado en él, y sintiéndose de nuevo absurdamente feliz. Se sentó.

Mientras lo hacía, Dereck se sorprendió a sí mismo diciendo, expresando en palabras los pensamientos que en aquel momento había en su mente:

—Eres una de las mujeres más hermosas que he visto. Lo sabes, ¿verdad, Velda? Creo que voy a terminar por pedirte que te cases conmigo.

Instantáneamente el rostro de ella se nubló y Dereck recordó entonces las palabras de Mac Harrison. Pero no dijo nada. Esperó a que ella hablara.

—Prefiero continuar como hasta ahora... si tú no me despides, John.

—¿Por qué, muchacha?

—Porque estoy completamente segura de no ser la mujer que te conviene por esposa, John.

Dereck no replicó. Pensaba. En la respuesta de Velda y en las palabras del teniente. Pero tampoco dijo nada. Se limitó a hacer una seña al camarero, pidió un par de *whiskies* y se dispuso a esperar la comida.

Velda rompió el silencio con una pregunta:

—¿Preocupado, John?

—No. ¿Por qué?

Ella le sonrió.

—No lo sé, pero por teléfono...

El la atajó con un gesto, y luego replicó:

—Te lo explicaré después, en la oficina —dijo.

—¿Vas a llevarme allí?

—¡Claro! ¿No habíamos quedado en eso? Necesito una secretaria, y tú...

—¡Oh, John! ¡Pero si creí que sólo era como figura decorativa! Tú me explicaste que te hacía falta una chica para que se sentara en el pico de la mesa y enseñara las piernas de vez en cuando. —Hizo una pausa y añadió sin que Dereck la interrumpiera—: ¿Sabes? Creo que eres decepcionante. ¡Pero si incluso me he comprado un bikini!

—Ya te lo pondrás. Pienso invitarte a pasar un fin de semana a cualquier parte donde puedas lucirlo.

Los ojos de Velda chispearon.

Finalmente llegó la comida y lo hicieron en el más completo silencio. Luego, Dereck la prendió de un brazo y la llevó al coche. Media hora más tarde, Velda miraba con verdadero interés el despacho del detective privado.

Hasta que se volvió hacia él, fue a decir algo, pero Dereck no la dejó. La prendió de la cintura y la besó en los labios, mientras ella llevaba sus manos a su nuca.

Unos minutos más tarde se separó de sus brazos, jadeando.

Después ambos se sentaron frente a frente, con sendos cigarrillos en las manos, y se miraron a los ojos.

Y fue Velda la primera que rompió el silencio.

—Bueno, jefe, estoy esperando.

Dereck frunció el entrecejo, fumó en silencio durante unos cuantos segundos, y a continuación replicó lentamente:

—Se trata de un asesinato Velda.

Ella no replicó, y entonces Dereck le relató todo lo ocurrido desde que fue llamado por teléfono hasta el momento presente. Pero calló las palabras que Mac Harrison le dijo con respecto a ella. Sin saber por qué, deseaba silenciarlo por el momento.

Sin entender su extraña sonrisa vio cómo ella cabalgaba una de sus hermosas piernas sobre la otra, y luego la oyó preguntar:

—¿Dices que la muerta se llamaba Alice Corrington?

Dereck la miró fijamente por espacio de varios segundos.

—Por lo menos eso es lo que sospecha la policía, querida —replicó—. ¿Por qué? ¿Qué sabes tú de eso?

Velda hizo una mueca.

—Muy poco, John —sonrió—. Pero si se trata de ella, sé que es la esposa de un buen abogado. Un tal Joss Corrington. Es abogado de la firma

«

O'Connor

& Company».

También se dice que de una forma u otra míster Corrington tiene contacto con la gente del hampa.

En el acto, dándose cuenta de la mirada de Dereck, Velda preguntó:

—¿Por qué me miras así, querido?

Él no replicó a la pregunta, y formuló otra:

—¿Sabes dónde vive?

Velda frunció el ceño y una vez más apareció por entre sus rojos labios aquella tímida sonrisa.

—Creo que sí, John —replicó—. Por lo menos si es la persona que yo creo.

—Dámelas, ¿quieres?

Lo hizo, y acto seguido preguntó:

—¿Vas a ir a verle?

—No tengo más remedio, Velda. Deseo saber, entre otras cosas, si la policía no se ha equivocado en sus sospechas, y yo en mi corazonada. En otras palabras: deseo saber si efectivamente se trata de Alice Corrington. Y lo voy a hacer ahora mismo.

Se puso en pie y ella le imitó, preguntando ya:

—¿Te veré luego, John?

Dereck no lo sabía, pero dijo que sí. Luego la prendió de un brazo y la sacó a la calle. Allí, ella le sorprendió con una nueva pregunta:

—¿Conoces a Jim Mac Leod, John?

—No. ¿Quién es?

Velda le dedicó una de sus tímidas sonrisas y replicó:

—Un *gángster*. Un *gángster* que de un modo u otro está relacionado con Joss Corrington.

Por unos segundos, Dereck luchó contra un sinfín de preguntas que se le agolpaban en la mente, pero no formuló ninguna. Se limitó a decir:

—Gracias, preciosa.

La besó fugazmente y salió.

En Wall Street, Dereck encontró a Corrington haciendo las maletas. El fámulo que le recibió en la puerta de la mansión de los Corrington le dijo que el abogado se encontraba sumamente ocupado y que, por lo tanto, no podía recibirle.

Su insistencia y cinco dólares le obligaron a intentarlo de nuevo.

El resultado fue que de una forma casi repentina se vio en el interior de la mansión, caminando detrás del criado.

Fue hasta el despacho.

De unos treinta y dos años. Joss Corrington era casi tan alto y fuerte como el propio Dereck. Se encontraba en pie, junto a la mesa,

y vuelto de espaldas a la puerta. Pero giró en redondo cuando le oyó entrar. Dereck le estudió atentamente durante unos cuantos segundos, pensando, hasta que éste le interrumpió:

—Pase y siéntese, míster Dereck —dijo.

Lo hizo, pero permaneció en pie frente a él, sin dejar de mirarle.

—Usted es policía, ¿no?

—No, exactamente.

El rostro de Corrigton trazó una difícil mueca.

—¿No? Raúl me dijo que...

—Se lo dejé creer así, míster Corrigton —atajó Dereck—. La verdad es que soy detective privado.

Corrigton arqueó una ceja.

—¿Y bien? —preguntó.

—He venido para hablarle de un cadáver. Del cadáver de una mujer que apareció flotando en el Hudson después de haber recibido un balazo en la cabeza —replicó Dereck, con manifiesta brutalidad—. Deseo saber si se trata de su esposa de usted. La policía lo cree así. ¿La identificó ya?

El abogado vaciló unos cuantos segundos antes de contestar.

—Sí, ya lo hice —dijo a continuación—. Efectivamente, es ella.

—¿Cómo pudo identificarla? Si mal no recuerdo, yo...

—Por la ropa. Por eso y por algunas señales de su cuerpo. Supongo que no me irá a pedir que entre en detalles, ¿verdad?

Francamente, Dereck no lo deseaba, a pesar de que se confesó a sí mismo que estos detalles podían ser sumamente interesantes, según su propio criterio.

—De acuerdo en eso, míster Corrigton —fue lo que replicó—. Ahora, sabiéndolo, podemos continuar hablando de ella. Es decir, si usted no tiene inconveniente.

Siguió una extraña pausa entre los dos, que Corrigton rompió unos segundos más tarde.

—No comprendo... —empezó.

Pero Dereck le atajó:

—Estoy buscando a un asesino. El de su esposa, míster Corrigton. Por eso he venido. Para que me ayude.

Corrigton se dejó caer en uno de los sillones y desde allí miró a Dereck.

—Creí que eso era cosa de la policía —dijo—. Ya estuve con

ellos hace aproximadamente una hora, en la Morgue. Por lo tanto...

—Escuche... *Mistress* Corrigton me telefoneó el mismo día en que la asesinaron, diciéndome que fuera a verla. Cuando llegué, ella no se encontraba en la quinta. Luego, al día siguiente, leí en el periódico que el cadáver de una mujer sin identificar había sido encontrado en el Hudson, y sin saber por qué hice algunas averiguaciones que han dado como resultado el convertir una ligera sospecha en una realidad. Entre otras fui a ver a mi amigo Pops, encargado de la Morgue, y me encontré... Bueno, le supongo enterado por la policía que fui yo el que descubrió lo ocurrido allí, ¿no?

Corrigton hizo un gesto y Dereck se interrumpió.

—Poco sé con respecto a mi esposa, míster Dereck —dijo—. Hace mucho tiempo que prácticamente vivíamos separados. Incluso yo sólo iba a la quinta pasar los fines de semana. Y era para evitar las críticas ¿comprende?

—¿Algún hombre?

Corrigton entrecerró los ojos.

—¡Qué sé yo! Pero todo eso ya lo he dicho a la policía. No sé qué...

—Sé todo eso, míster Corrigton —le interrumpió de nuevo, mirando ahora alrededor.

Luego clavó sus ojos en él y entonces disparó la pregunta:

—Veo que se propone partir. ¿Por qué?

Corrigton sonrió.

—Eso también lo sabe la policía, Dereck —dijo, apeando todo tratamiento—. Y no es ningún secreto. Por lo tanto, si cree que yo maté a mí esposa, es que está usted loco.

—No le he acusado aún, míster Corrigton. —Hizo una pausa y añadió—: Ahora, ¿tiene inconveniente en darme las señas de su nuevo domicilio?

Corrigton se las dio. Después de anotarlas, Dereck preguntó:

—Estando usted ausente ¿su esposa permanecía sola en la quinta?

—No. Estaba Hellen Drive Su camarera, ¿comprende?

Dereck pensó rápidamente *La mucama* no se encontraba en la quinta cuando él llegó. No había un solo criado. ¿Por qué? Era una pregunta a la cual nadie mejor que Hellen Drive podía contestar.

Preguntó:

—¿Sabe dónde vive?

—¿Quién? ¿Hellen?

Frunció el ceño y se puso en pie. Le dio las señas y acto seguido preguntó:

—¿Algo más?

—Sí. Su esposa. Me gustaría saber...

—Ya le he dicho cuanto sabía al respecto. Ahora, si no le molesta, voy a continuar preparando mis cosas.

—Un momento aún, míster Corrington —atajó Dereck—. Si no me han informado mal, usted es el abogado de la firma

«

O'Connor

& Company»

de aquí, ¿no? ¿Puede decirme algo sobre la misma?

—No, si se trata de informes confidenciales.

—No voy a pedirle eso abogado. Simplemente quiero saber a qué se dedican.

—Importación y exportación.

Dereck le miró con gesto interrogativo, y Corrington añadió:

—Telas y sedas de Oriente. China y Japón con preferencia, a otras naciones. Luego se venden en todos los Estados Unidos. Hay millones en juego. No sospechará de Leslie

O'Connor

, ¿verdad? Él no puede ser el asesino de mi esposa. Eso sería...

—Sospecho de todo el mundo que de un modo u otro esté relacionado con usted o con *mistress* Corrington.

—Y de mí también, ¿no?

—¿Y por qué no? Usted aún no ha probado que no lo hizo.

—Lo hice con la policía y a plena satisfacción de la misma. ¿Alguna otra pregunta, Dereck?

—Una sola, míster Corrington: ¿qué sabe de un hombre llamado Jim Mac Leod?

Corrington le miró fijamente por espacio de unos segundos.

—Es uno de los hombres de míster

O'Connor

—replicó.

—¿Importante?

Corrington arqueó una ceja.

—No lo sé ni me importa, Dereck, pero creo que míster O'Connor podría responderle a esa pregunta.

—Gracias por el consejo. Iré a verle. Ahora...

—Será mejor que se vaya. Ya he perdido bastante tiempo con usted.

Dereck no replicó. Dio media vuelta y se encaminó a la puerta. Con la mano en el tirador de la misma,ladeó la cabeza para mirar a Corrington.

—Oiga, míster Corrington —dijo súbitamente— ¿conoce a una mujer llamada Velda

O'Hara

?

El abogado le miró evidentemente asombrado.

—No —dijo al cabo de unos segundos de silencio—. ¿Quién es?

—Mi secretaria —replicó Dereck, con una sonrisa—. Y, al parecer, ella sí que le conoce a usted.

Antes de que el abogado pudiera replicar Dereck abandonó la estancia y caminó apresuradamente hacia la puerta de la calle, donde llegó acompañado del criado.

Un poco más tarde puede que tuviera ocasión de hablar con Hellen Drive. Tal vez la criada pudiera decirle algo más con respecto a Alice Corrington.

Media hora después abandonaba el coche frente al número 1800 de la calle 13 Este, y en tres minutos se encontró en el piso ocho frente a la puerta del apartamento 46.

Dereck pulsó el botón del zumbador y esperó, hasta que la puerta se abrió enmarcando en el umbral la deliciosa figura de una mujer, de unos treinta a treinta y dos años de edad.

Al mirarla de pies a cabeza, Dereck se dijo que muy bien podía compararse con la chica del calendario del bar de O'Neil

, pero nunca con Velda.

Velda era exclusiva en todos los sentidos.

Y volvió a mirarla, ya que ella llevaba encima una sencilla y escotada blusa, mostrando el nacimiento del pujante seno, y unos cortísimos «shorts». Las piernas, desnudas, eran una maravilla de

perfección.

—¿Miss Hellen Drive? —preguntó con perfecta calma, a pesar de la esplendorosa visión de ella.

—Sí, pero no compro nada. Me quedé sin empleo, ¿sabe?

Interiormente, Dereck lamentó que con aquél fueran dos las hermosas muchachas que padecían de este mal, pero se lo calló.

Simplemente se limitó a replicar:

—No vendo nada, preciosa. Me llamo John Dereck y deseo hacerle unas preguntas con respecto a *mistress* Alice Corrington.

Dereck vio cómo vacilaba unos segundos, hasta que preguntó:

—¿Policía?

—Sí. Pero será mejor que hablemos dentro, ¿no?

Ella le sonrió y se apartó de la puerta.

El apartamento era acogedor. El *living* estaba envuelto en una semipenumbra que a Dereck entusiasmó.

—Siéntese, míster Dereck —le sonrió mientras lo hacía—. Le prepararé algo para beber y luego podrá preguntarme lo que desee.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y se alejó. Dereck clavó los ojos en sus piernas desnudas y cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo fue para alargar la mano hacia el vaso que ella le ofrecía.

Luego se sentó en el amplio y cómodo sofá, retrepándose contra el respaldo, con lo que la tela de la blusa acusó el impacto de los senos, y Dereck deseó un trago de algo fuerte. Por lo tanto, a falta de otra cosa mejor, levantó el vaso y casi lo apuró de un trago.

Cuando la miró de nuevo, Hellen le estaba mirando a su vez, en espera de su primera pregunta. La formuló casi en el acto:

—Usted era la *mucama* de *mistress* Corrington, ¿verdad?

Hellen hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y acto seguido replicó:

—Más que eso, míster Dereck, yo diría que era su señorita de compañía, aunque no siempre. Verá... Cuando el matrimonio se separó, *mistress* Corrington puso un anuncio en el periódico. Fuimos varias las que nos presentamos, pero tuve suerte y me eligió a mí. Mi trabajo, allí... era poco. Algo de cada cosa, si me entiende. Incluso más de una vez le hice la cena o la comida. Luego la acompañaba aquí o acullá, salvo en las ocasiones que se encontraba un poco rara.

—¿Rara? ¿Qué quiere decir?

Hellen frunció su bonito ceño y luego extendió a lo largo sus magníficas piernas, con lo que de nuevo Dereck notó unos irrefrenables deseos de beber, pero algo más fuerte que el *whisky* que tenía frente a él. Mientras pensaba en ello, la muchacha replicó:

—Es difícil de explicar, míster Dereck. Pero casi un par de veces o tres por semana, *mistress* Corrington me mandaba fuera. Es decir, formulaba el deseo de que la dejara sola por unas horas.

—¿Algún hombre?

Ella Te miró suspicaz y replicó:

—No. Por lo menos que yo sepa. Pero podía existir, claro. *Mistress* Corrington era muy reservada en sus asuntos privados.

Calló para beber y Dereck la imitó. Al acabar, formuló una nueva pregunta:

—¿Quiere hablarme del día del crimen?

—¿Qué desea saber?

—Todo lo que usted sepa, ricura. —Y ella sonrió—. Pero sobre todo, qué fue lo que usted hizo durante el día, hasta que *mistress* Corrington la envió a dar un paseo.

—¡Pero si no me envió a ninguna parte, míster Dereck! *Mistress* Corrington me despidió. Me dijo que ya no necesitaba mis servicios porque se iba de Nueva York. Sin discutir, me ofrecí para hacerle la comida. Pareció contrariada, pero aceptó. La hice y luego me fui. Abandoné la quinta por la parte trasera. Esto no tiene nada de particular porque casi siempre lo he hecho así. Me gustan las flores y allí hay un verdadero jardín. Por lo tanto, nada tiene de extraño que luego se me pasara el tiempo sin sentir, ¿comprende?

Dereck dijo que sí. Y entonces ella añadió:

—No sé cuánto tiempo estuve allí sin darme cuenta de nada, hasta que vi acercarse al coche.

—¿Qué clase de coche? ¿Vio a su ocupante?

—Un «Mercedes» modelo «*sport*» y del año actual. Es de esa chica, de Jessie

O'Connor

. Y confieso que aquello me chocó. Sabía que *mistress* Corrington y ella habían sido muy amigas, pero luego la amistad se enfrió entre las dos. Hacía meses que no se veían, y ahora, de pronto...

—¿Miss

O'Connor

es la hija de...? —atajó Dereck.

—Sí, la hija de...

—Deje eso y continúe, Hellen.

Ella le miró fijamente por entre las entornadas pestañas y se despegó delante de sus ojos. Dereck tragó saliva mientras continuaba:

—La visita de *miss*

O'Connor

duró más de una hora. Luego salió y se fue. Entonces, tres o cuatro segundos más tarde, ocurrió algo extraordinario.

—Adelante, Hellen —dijo él en vista de que ella se detenía—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Llegó otro coche. Un «Cadillac». Vi al hombre al que no reconocí, llamar a la puerta, y ante mi estupor, *mistress* Corrington abandonó la quinta por la puerta trasera. Me escondí para que no me viera. No quería que ella creyera que la estaba espiando.

—¿Qué ocurrió después?

—Muy poco, *mister* Dereck. —Tomó el vaso y bebió lentamente—. *Mistress* Corrington permaneció oculta hasta que el «Cadillac» se fue, y luego regresó a la quinta. ¿Le dice a usted algo esa extraña conducta?

Dereck sonrió para sí. Le decía bastante, aunque no todo lo que deseaba saber. Pero lo que le dijo a ella fue:

—¿Alguna otra cosa, preciosa?

—No. No que yo recuerde de momento.

Dereck se puso en pie con la sensación de que no había perdido el tiempo. No del todo, si no pensaba en ella y en sus piernas.

Hellen no se movió del sofá, se limitó a levantar la cabeza para mirarle, y entonces preguntó:

—¿No desea otro *whisky*, *mister* Dereck?

Antes de replicar apuró el resto del suyo, y entonces lo hizo.

—¿Por qué no, monina?

Ella se levantó del sofá, dio media vuelta y empezó a andar en dirección al frigorífico. Cuando regresó Dereck consultaba el reloj.

—¿Tiene prisa? —preguntó.

Alargando la mano para tomar el vaso que Hellen le ofrecía, replicó:

—Confieso que sí. Tengo trabajo, no lo olvide.

Ella se dejó caer en el sofá.

—¿Tan decepcionante soy como mujer que no puede perder un poco de su inapreciable tiempo conmigo?

Dereck soltó el vaso y se acercó. Unos segundos después la estaba besando, notando sobre los suyos el fuego de los labios de ella. Luego todo fue silencio en el interior del *living*.

CAPÍTULO V

—¡John! Creo... creo que acabo de acordarme de algo importante.

Dereck se recostó contra el respaldo del sofá, tomó, vaso de *whisky* y preguntó unos segundos antes de llevárselo a los labios:

—¿Sí? ¿Y qué es ello, preciosa?

—Se trata de *mistress* Corrington —replicó ella, sin querer darse cuenta del leve todo irónico de las preguntas de él—. Algunas veces vi a un hombre rondando la quinta. Puse el hecho en conocimiento de *mistress* Corrington, pero ella se rió de mis temores.

La ironía que había en la actitud de Dereck desapareció en el acto.

—¿Quién era ese hombre? ¿Le reconocerías si le vieras de nuevo?

Hellen le mostró su doble hilera de perfectos dientes cuando le envolvió en una cálida sonrisa.

—No. Pero es cierto lo que te digo. Le he visto algunas veces entre los árboles del jardín. Ahora que lo pienso, parecía ocultarse de alguien. ¿Crees que sea el asesino?

Por toda respuesta, Dereck la besó fugazmente y se puso en pie. Dio media vuelta y fue hacia la puerta. En ella, Hellen hizo un intento por detenerle.

—¿Por qué no te quedas un poco, John?

—Estoy investigando un asesinato, querida —replico Dereck—. ¿O no lo sabías aún? Por lo tanto, será mejor que seas una buena chica y me esperes un día de éstos. Vendré a verte.

Sin esperar respuesta abrió la puerta y se encaminó directamente al ascensor. Alcanzó la calle pensando en Velda. En ella y en Hellen Drive. Cariñosa. Muy cariñosa. Pero ¿le había dicho

la verdad?

Por lo menos una parte de su relato, sí lo fue, ya que el hombre del «Cadillac» era él mismo. Y no obstante, lo otro...

Dereck empezó a cruzar.

Bajó al asfalto de la calle, dio unos cuantos pasos y entonces una mujer gritó agudamente por encima de su cabeza. En el acto hizo algo extrañamente fuera de lugar.

En vez de mirar hacia arriba, Dereck se lanzó de cabeza contra la acera que acababa de abandonar mientras que el plomo de dos automáticas le rozaban los cabellos.

Dereck rebotó en el suelo, en tanto que el sedan se alejaba calle abajo y acto seguido se puso de rodillas ya con la «Magnum» en la mano. Disparó varias veces cuando el coche empezaba a tomar la cursa de la próxima bocacalle.

No acabó de descargar la automática. Repentinamente, uno de los neumáticos estalló. El sedán dio un bandazo, se subió a la acera y se estrelló contra la pared. Dereck se puso en pie justo en el momento en que las portezuelas del coche se abrían.

Eran dos.

Vio el brillo de las automáticas que llevaban y no esperó. Se desplazó a un lado y disparó por dos veces. Luego corrió hacia el sedán, llevando en la recámara de la «Magnum» el único cartucho que le quedaba.

No tuvo que emplearlo. En el interior del coche ya no quedaba ningún *gángster*, aunque no estaba del todo vacío. Dereck vio en la parte de atrás, acurrucada en el fondo del mismo, la figura de una mujer, la hermosa mata de pelo rubio, y entonces abrió la portezuela.

Unos segundos después, ella levantó la cabeza para mirarle, y en el acto se enfrentó con unos grandes y rasgados ojos verdes. Sin pronunciar palabra, la prendió del brazo y tiró. Su sonrisa era sucia cuando dijo:

—Vamos, monina, tú y yo tenemos que hablar.

Ella le siguió con ojos temerosos que se agrandaron al pisar el asfalto de la calle cuando se enfrentó con los cadáveres de los dos *gangsters* que la acompañaban, y cuando ya en la distancia se oían los silbatos de la policía.

Una vez más, Dereck tiró, y ahora casi la arrastró.

—Vamos, date prisa si no quieres que nos sorprendan aquí.

Unos segundos más tarde la introdujo en su coche, se situó frente al volante, dio gas y el «Cadillac» arrancó violentamente lanzando a la rubia contra el asiento de atrás, mientras la calle se llenaba de pitidos policíacos.

Después todo fue quedando atrás.

En el asiento, ahora arreglándose el alborotado pelo con los dedos, los ojos llenos de miedo y una mueca en su boca sensual, Lina Hendrix miraba el agresivo perfil de Dereck.

Se estaba haciendo una pregunta: ¿Dónde la llevaba? No se hacía ilusiones al respecto y se preparó para lo peor. Sabía que él la había reconocido y estaba consciente del significado que aquello tendría para ella.

No se movió, empero. Con los ojos fijos al frente. Lina vio cómo el «Cadillac» abandonaba Nueva York y tomaba la carretera de la costa.

Cuando Dereck lo detuvo media hora más tarde allá abajo, en el acantilado, se oía el rumor de las rompientes.

Se volvió a mirarla mientras sacaba el paquete de cigarrillos. Sí, era un bonito y perfecto decorado contra el fondo del asiento del coche. Lo mismo que lo sería Velda y la chica del calendario.

Le ofreció uno, que encendió apartando de un manotazo aquellos pensamientos de su mente. Entonces habló:

—Bueno, nena, desembucha, ¿quieres? No deseo perder mucho tiempo contigo.

Ella le sonrió.

—Conmigo no pierde el tiempo ningún hombre, querido.

Dereck arqueó levemente una ceja.

—Será mejor que hables claro, muchacha. No desearía arrancarte las palabras de otro modo, ¿comprendes?

—No sé lo que trata de decirme —replicó ella—. ¿Qué es lo que se ha figurado?

Se le acercó deslizándose sobre el asiento, lo mismo que un crótalo, y Dereck vio los rojos labios muy cerca de los suyos e hizo un violento esfuerzo por no perder la cabeza. Preguntó:

—¿Qué hacías en la puerta de la Morgue? Estabas vigilando, ¿verdad?

—Le he dicho que...

Dereck se enderezó en el asiento. Su humeante cigarrillo, colgado de la comisura de su boca, a Lina se le antojó peligrosamente burlón. Sin quitárselo de la misma, añadió:

—Está bien, preciosa. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo? Pues voy a llevarte en presencia del teniente Mac Harrison. Puede que a él le interese saber que tú estabas escondida en el portal, vigilando la Morgue mientras que en el interior de la misma se estaba cometiendo un asesinato. Tienes cinco segundos para contestar, pero con la verdad, nena. ¿Qué hacías allí? Vigilando para pasarles el aviso en el caso de que se acercara alguien, ¿no?

Nerviosamente, Lina miró por la ventanilla. Las negruras de la noche, que la rodeaban por completo, la hicieron estremecer. Y cuando habló, él pudo notar que había perdido toda su actitud felina.

—Sí, estaba vigilando —explicó—. Pero no sabía que iban a cometer un asesinato. A mí se me dijo que me estacionara allí y que les atusara si alguien se acercaba. Dijeron que iban a buscar una cosa y que no ocurriría nada.

—¿Quién te metió en eso? ¿Esos dos que iban contigo esta noche?

—Sí.

—¿Algún otro?

—No. Simplemente esos dos. Yo era...

Sin replicar, Dereck se volvió hacia el volante y Lina se interrumpió. Arrancó y maniobró para dar la vuelta. Fue entonces cuando ella le prendió por un brazo.

—¿Dónde me lleva? ¿Dónde vamos?

—Al precinto de policía, preciosa —replicó—. El teniente Mac...

—¡Espere!

Dereck detuvo el coche y la miró fijamente.

—Estoy esperando, ricura —dijo.

Siguieron unos segundos de tenso silencio, que ella rompió:

—Si hablo me matarán.

—Y si no lo haces, puede que te ocurra algo antes de que el teniente Mac Harrison te ponga la mano encima. Vamos, preciosa, desembucha de una vez.

Lina vaciló unos cuantos segundos más y luego empezó a hablar.

—Todo empezó cuando Tom recibió una llamada telefónica. Le

ofrecieron quinientos dólares por hacer un trabajo en la Morgue. Entonces me mandó a mí para que buscara a esos dos tipos. Les pagó cien dólares a cada uno y él se quedó en casa. Tom es un tipo al que no le gusta correr riesgos.

—Y tú fuiste con ellos, ¿verdad?

—Sí, pero fue cosa de Tom. Dijo que para vigilar, una chica resulta menos sospechosa que un hombre.

—Y claro, una vez que el «Buick» te recogió, tú les dijiste que me habías visto a mí, ¿no? Apuesto a que también te explicaron una tontería y accediste a volver con ellos esta noche, o tal vez me seguiste durante horas. Me señalaste con el dedo, e intentaron matarme. Sólo que la cosa les salió mal.

Lina vaciló de nuevo, se estremeció, y luego pidió.

—Deme un cigarrillo, por favor.

Dereck se lo dio y quedó a la expectativa. Lina lo encendió en silencio.

—Sé que no me va a creer, pero le estoy diciendo la verdad —exclamó—. Es cierto que les dije que un hombre había entrado en la Morgue mientras ellos la abandonaban por la puerta trasera. Entonces se empeñaron en conocerle. Hablaron por teléfono con Tom y esta vez me ordenó que les ayudara a buscarle. Pero no me dijo que era para darle el pasaporte.

Dereck, mientras fumaba, guardó silencio durante un corto espacio de tiempo, y luego arrojó la punta del cigarrillo por la abierta ventanilla.

—¿Qué es Tom para ti, preciosa? Tu amante, ¿verdad?

—¡Oiga! ¿Cree que quiero ponerme a mal con Tom?

Dereck la miró largamente.

—Escucha, monina —empezó con voz suave—. He conocido a unas cuantas pájaras como tú, y ten por seguro que sé cómo trataros, ¿comprendes? Tú me vas a decir dónde vives con tu amor. Iré yo solo y...

—Tom me mataría —atajó ella—. Me matará tan pronto como sepa...

—Puedes irte de Nueva York por una temporada. Eso o la policía, nena. Yo mismo te daré unos cuantos dólares para que lo hagas, y a continuación me las entenderé con tu amante. Vamos, habla.

Lina quedó pensativa durante más de medio minuto y luego replicó:

—En el 405 de la calle Hudson, polizonte. Y ojalá te mueras antes de que yo pueda verte de nuevo.

Dereck no replicó. Puso el coche en marcha y ninguno habló hasta que Lina lo hizo ya en pleno Manhattan.

—Puede dejarme aquí —dijo.

Dereck detuvo el coche junto al bordillo de la acera mientras ella extendía hacía él la mano con la palma vuelta hacia arriba.

—Usted dijo que.

—Sé lo que te dije —atajó Dereck—, y voy a darte algo. ¿Cuánto?

La sonrisa de Lina se amplió.

Con una extraña sonrisa en la boca, Dereck le dio doscientos.

—¿Eres siempre tan espléndido con las damas? —le tuteó ella por primera vez.

La sonrisa de Dereck se acentuó.

—No siempre, querida —replicó—. Y sobre todo cuando esta dama ha intentado que me den el paseo. Pero a pesar de ello, creo que esta noche me has hecho un favor. Por lo tanto, te estoy agradecido.

Lina abrió la portezuela y abandonó el coche.

—Gracias, querido —dijo.

Y empezó a alejarse.

Dereck puso en marcha el coche, pero lo detuvo en la próxima esquina. Luego avanzó a pie, y miró la calle que acababa de abandonar, procurando no ser visto.

Sin volver la cabeza, Lina avanzaba rápidamente treinta yardas por delante de él. Dereck empezó a seguirla sabiendo a dónde se dirigía. No se equivocó. Lina fue directamente a una parada de taxis y tomó uno. Cuando el coche se puso en marcha, tomó otro felicitándose por su buena suerte.

—Siga a ese taxi, hermano —dijo—. Cincuenta dólares si no lo pierde de vista.

—Delo por hecho —fue la réplica que obtuvo.

Dereck no se equivocó. Lina no iba al Hudson sino al Bronx, satisfecha de haberle engañado a él.

Veinte minutos más tarde, Dereck oyó la voz del taxista:

—Ese coche se ha parado ahí delante. ¿Qué hago?

—Páselo y deténgase en la próxima esquina, pero después de dar la vuelta a la misma.

El taxista lo hizo así. Dereck pagó la carrera y dio los cincuenta dólares de propina.

Cuando el taxi se alejó, pasó la «Magnum» de la funda de la axila al bolsillo de la americana.

El taxi que había llevado a Lina se ponía en marcha en aquel momento. Dereck lo detuvo y preguntó, llevando en la mano un billete de cinco dólares.

—Los cinco si me dice dónde entró esa mujer, amigo —espetó fríamente.

Mirándole dubitativo, el taxista replicó:

—No he oído bien, amigo —dijo—. Ha dicho diez dólares, ¿verdad?

Con un gesto de resignación, agregó otro billete al ya expuesto.

—Estaba en lo cierto. Dije diez dólares.

El taxista alargó la mano y a continuación se los embolsó.

—En el 304 —replicó después.

Puso el coche en marcha y se alejó rápidamente.

Dereck avanzó hacia la casa, entró en el portal y fue directamente al casillero a oscuras. Lo encontró tanteando la pared y una vez junto al mismo escuchó. Nada. Por lo tanto, encendió el encendedor para examinarlo.

Miró el casillero. Allí estaba. Tom Blake. Piso octavo, apartamento 14 F.

Subió. Pulsó el zumbador y esperó.

La rubia de la Morgue estaba allí. Enmarcada en el umbral.

Durante unos segundos, ambos se miraron en silencio hasta que ella exclamó:

—¡Usted!

Dereck parpadeó un tanto. Lina se había quitado el vestido y ahora, en plena *negligée* de nylon melocotón, el espectáculo era realmente fascinante.

Intentó cerrar y Dereck introdujo el pie entre la hoja de madera y el marco, y entonces empujó. Lina dio unos cuantos pasos hacia atrás, un traspié, y rodó por el suelo mostrando a la luz del interior la totalidad de sus hermosas y fascinantes piernas.

Pero Dereck no parpadeó.

Le interesaba mucho más el hombre que en aquel entonces se estaba levantando del sillón que ocupaba, llevándose la mano a la funda de la axila.

—¡Quieto! —dijo—. No siga haciendo tonterías o lo sentirá. Ahora tire el arma a un rincón. —Pegó una patada a la puerta con el tacón del zapato y al encajar el pestillo, añadió—: Y tú, preciosa, colócate a su lado. Así.

Un cuchitril.

Un simple y nauseabundo cuchitril, compuesto de dos asquerosas piezas y ella sirviendo de hermoso y fantástico decorado a todo aquello.

Dereck desvió los ojos de los de Lina y miró al hombre. Alto y delgado. Un tanto pálido y con ademanes afeminados. Guapo. Su rostro era bello en demasía, y mirándole sintió asco. Fue a hablar, pero Tom Blake se adelantó a su deseo.

—¿Qué busca aquí, figón?

Antes de replicar, Dereck pensó en Lina. Lina, que iba a tener un mal fin, y no precisamente por su mano. Hasta que replicó desechando sus pensamientos.

—Le busco a usted.

—¿Por qué?

Miró a Lina y acto seguido replicó:

—Por el asesinato del viejo Pops y por el de cierta rubia.

Y aquello fue todo, por el momento.

Blake se lanzó contra él y Dereck extrajo la «Magnum» del bolsillo de la americana mientras se desplazaba a un lado. De pasada le golpeó con el cañón de la misma y el hombre se desplomó al suelo lanzando un impresionante aullido. Casi en el acto, y cuando ya avanzaba hacia él, Lina le cayó encima como un torbellino.

Antes de que pudiera darse cuenta de ello, notó sus uñas en la cara, y lanzando una maldición se la sacudió de encima de un manotazo. Lina volteó al otro lado del sofá con las hermosas piernas apuntando al techo, pero Dereck no lo vio. En aquel momento encaraba a Blake, que intentaba ponerse en pie.

Se le acercó cuando ya éste llevaba la automática, provista de silenciador, en la mano. Dereck le propinó una tremenda patada y

con un rugido de dolor, éste cayó hacia atrás, quedando en el acto completamente inmóvil.

Tampoco vio nada de esto. Estaba encarando de nuevo a Lina, que en aquel momento, ya en pie, rodeaba el sofá para precipitarse sobre él. La frenó en seco, apuntándola con la «Magnum».

—Quieta, gatita —dijo.

Y ella se inmovilizó.

Sin perderla de vista, Dereck retrocedió hasta donde estaba la automática de Blake. Del mismo modo se inclinó y la recogió, guardando la suya en la funda de la axila.

—Vamos, preciosa —dijo después, encañonándola con la otra—. Siéntate y estate quieta. Un disparo con esta arma no produce ruido alguno.

Con los ojos brillantes de despecho, Lina retrocedió unos pasos y se dejó caer sobre un sillón, teniendo a sus pies la figura inmóvil y desmadejada de Blake.

Los minutos empezaron a transcurrir en silencio hasta que ella lo rompió con una pregunta:

—¿Qué piensa hacer con nosotros, pesquisa?

Dereck señaló con el cañón de la automática el cuerpo inmóvil de Blake.

—Puede que le mate tan pronto como despierte, muchacha.

—¡Perro bastardo!

No hizo caso del insulto y continuó hablando.

—Sí, puede que lo haga, si no me dice todo lo que deseo saber.

—¿Todo? Ya se lo dije yo, fisgón.

Dereck no replicó.

Continuaba sin perderla de vista, como tampoco a Blake. Blake, que en aquel momento empezaba a moverse en el suelo. Luego ambos le oyeron gemir, y unos segundos más tarde, abrió los ojos.

Les miró estúpidamente y luego se sentó con los ojos fijos en Dereck y en el cañón de su automática que le apuntaba al pecho.

—¿Qué...? ¿Qué es lo que diablos quiere, fisgón?

—Primero decirte una cosa, Blake. No me gustan los tipos como tú. Por lo tanto, un nuevo insulto como ése y empezará la función.

Calló, y Blake no replicó a aquello. En vista de esto, Dereck formuló la pregunta:

—¿Quién te pagó por aquellas dos faenas, Blake?

—No sé de qué me está hablando.

Dereck disparó la zurda y el bestial puñetazo alcanzó a Blake en un lado de la cara.

En el suelo, Blake intentaba de nuevo ponerse en pie. Dereck le dejó hacerlo, y luego exclamó:

—Voy a empezar a disparar, Blake. Con tu propia pistola. Primero será un brazo, luego el otro, más tarde una pierna, seguida de la otra. Y así, poco a poco, hasta que hables. ¿Quién te pagó para ello?

Siguieron unos segundos de silencio mientras el cañón del arma que empuñaba Dereck se desviaba ligeramente hacia el brazo izquierdo de Blake.

Éste tragó saliva.

—No se atreverá —silbó entre dientes.

El taponazo de la automática le sobresaltó. Luego maldijo entre dientes cuando la bala le atravesó la manga de la camisa, produciéndole en el brazo una herida superficial.

—Con la próxima te destrozaré el codo. Vamos, habla...

—Está bien. Hablaré. Yo sólo hice una de las faenas. Pero... ¡Maldito sea! No sé quién me pagó para ello. Le estoy diciendo la verdad.

Dereck se le acercó un tanto, sin perder de vista a Lina. Se fiaba menos de ella que del hombre que acababa de golpear.

—Por última vez, Blake: ¿quién te pagó?

—No lo sé. Es la verdad.

Dereck levantó el cañón del arma.

—¡Es verdad! Me llamaron por teléfono y me dieron el encargo. Mucho más tarde vino un chiquillo con un sobre conteniendo quinientos dólares. Pagué doscientos por el trabajo de la Morgue. Pero si intenta cargarme con un asesinato no se saldrá con la suya.

—Tu amante estaba allí. ¿Qué sabe ella de todo esto?

Poco más o menos, Blake le contó lo que ella ya le había dicho con anterioridad.

Dereck pensó rápidamente. Decididamente no podía cargarle el asesinato de Pops. Podía haberlo cometido o mandar cometerlo. En ambos casos no tenía prueba alguna, aunque sí podía acusarle de algo bastante feo.

Durante unos cuantos segundos tuvo ante sus ojos la horrorosa

visión del cuerpo de Alice con la cabeza destrozada, y sintió náuseas. Se recuperó un poco, preguntó dando un giro insospechado a la conversación, ante el estupor del propio Blake:

—¿Qué sabes de un tal Jim Mac Leod?

Blake hizo una mueca y luego replicó:

—Es un pájaro de altos vuelos. O por lo menos, tengo entendido que lo fue en Chicago. ¿Por qué?

Pero Dereck no le aclaró aquella pregunta. Estaba pensando en Velda. ¿Cómo lo supo ella? La muchacha había tenido razón en todo lo que le dijo en su apartamento.

Recordó también las palabras del teniente Mac Harrison y una vez más se hizo aquella pregunta. ¿Quién era, en realidad, Velda O'Hara

?

—Cuéntame algo de los

O'Connor

—fue lo que dijo—. ¿Quiénes son?

Blake se pasó la lengua por los labios y luego silbó entre dientes.

—Sé de él lo que todo el mundo en Nueva York. Es uno de los capitostes de Wall Street. Tiene negocios de telas o algo parecido. Y una hija muy hermosa, según dicen.

Dereck soltó la pregunta como un disparo.

—¿Qué relaciones hay entre

O'Connor

y Mac Leod? Blake frunció el ceño.

—No lo sé —confesó después.

—Mira, muchacho —replicó Dereck fríamente—. Si te oigo mentir de nuevo, lo vas a lamentar.

—De

O'Connor

sólo puedo decirle lo que ya he dicho. Del otro simplemente que también tiene negocios, que no me importan por si son peligrosos. ¿Por qué no le pregunta usted al propio Mac Leod?

Dereck estaba decidido a hacerlo así, pero no se lo dijo.

—Hay alguna conexión entre

O'Connor

y Mac Leod. Sé que este trabaja para el primero. Transporta las telas en sus camiones hacia los diferentes puntos de la ciudad. Esto, en

un hombre como él, es altamente sospechoso.

Calló con los ojos fijos en el tumefacto rostro de Blake, y después de un segundo de silencio, preguntó:

—¿Drogas acaso, Blake?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Dereck no replicó. Se le estaba acercando. Luego, y de una forma repentina, dijo:

—Lo siento, Blake.

Y disparó el puño mientras Lina lanzaba un tenue grito llevándose la mano a los pujantes senos.

Cayó como un saco, sin pronunciar una sola queja. En el acto, Dereck se volvió hacia ella. Lina le miraba con los ojos ahora llenos de miedo. Dio un paso al frente y ella se levantó del sillón.

CAPÍTULO VI

Velda tardó bastante en ponerse al otro extremo del hilo, pero al fin pudo oír su voz soñolienta:

—Dígame...

—Soy yo, preciosa, John —atajó en seco.

Casi en el acto oyó su exclamación de sorpresa.

—¡John! ¿Dónde te has metido hasta ahora?

—Por ahí, preciosa. Ya te lo contaré luego. Ahora quiero decir...

—¿Vas a venir, entonces?

Su voz sonaba extrañamente esperanzada y Dereck sonrió al notarlo.

—Dentro de un rato iré. Si te he llamado ha sido para decirte que mientras llego o no, quiero pedirte un favor...

Ella le interrumpió de nuevo.

—¿Un favor? —preguntó—. Bueno, explícate, aunque no sé si te lo haré o no.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque eres decepcionante. He estado en la oficina casi todo el día, ensayando posturas decorativas en el pico de la mesa, y tú sin aparecer. ¡Y ahora me pides un favor!

Dereck soltó una interjección y ella rió al otro lado del hilo, sintiéndose en aquel momento, una vez más, absurdamente feliz.

—Cierra la boca y escucha, Velda —atajó él—. Vas a llamar al teniente Mac Harrison y le vas a decir lo siguiente...

Unos segundos más tarde le dio las señas del apartamento de Tom Blake y esperó su respuesta. Cuando Velda lo hizo, Dereck notó que su voz se había vuelto oscura.

—Lo haré, John. ¿Algo más?

—No, nada. Oye, Velda... El teniente Mac Harrison no te es

simpático, ¿verdad?

La voz de Velda tomó ahora una curiosa nota cautelosa.

—No. ¿Por qué?

—No lo sé —replicó él—. Pero confío en que me lo cuentes alguna vez.

—Te estoy esperando, John —fue lo que Velda replicó.

Colgó antes de que Dereck pudiera dar una respuesta.

De nuevo en el coche, conduciendo hacia su apartamento, Dereck pensó una vez más en el teniente Mac Harrison y en los motivos que había tenido para que fuera Velda y no él quien telefonara a éste diciéndole dónde se encontraban Lina y su amante.

No recordaba que hubiera dado su nombre a ninguno de los dos. Por lo tanto, cuando declararan delante del teniente, nada podrían decir. Cierto que darían su descripción, pero ésta cuadraba a muchos miles de hombres dentro del área de Nueva York.

Desde luego. Mac Harrison no era ningún tonto y le localizaría posiblemente dentro de unas horas. Y precisamente éstas eran las horas que necesitaba.

Recordaba a Mac Leod y a O'Connor

. Al coche de su hija, la muchacha que había ido a visitar a Alice horas antes de que fuera asesinada.

Pensaba en la hermosa y complaciente *miss* Hellen Drive.

Dereck la recordaba cuando entró en su apartamento y a su espalda cerró la puerta del mismo, pero la olvidó en el acto cuando se encontró en el interior del *living*, envuelto en una semipenumbra que le agradó en extremo.

Casi en el acto vio cómo Velda se levantaba del sofá donde se encontraba tendida, y le miraba ahora, completamente inmóvil, junto a éste. Después ya no pudo continuar pensando. Velda corrió hacia él y Dereck sólo tuvo que abrir los brazos para recibirla. En el acto notó sus labios sobre los suyos y se dejó llevar.

Cuando mucho después se separó de sus brazos, Dereck fue al frigorífico, donde preparó dos *whiskies* mientras que desde el sofá, donde se encontraba reclinada, Velda le contemplaba con los ojos entornados.

Regresó a su lado pocos minutos más tarde, le dio uno de los

altos vasos, un cigarrillo, y luego se sentó a su lado. Entonces, preguntó:

—¿Avisaste a Mac Harrison?

—Sí, John.

—¿Reconoció tu voz?

—No. Tapé el auricular con un pañuelo.

Sin replicar, Dereck consultó el reloj de pulsera. Las cinco de la mañana. Una buena hora para irse a dormir. Miró a Velda. Su cerebro le daba vueltas y más vueltas a la idea que le asaltara segundos antes de llegar a su apartamento.

Podía dar resultado o no darlo. No obstante, tenía que arriesgarse. Vivía de eso. Velda rompió el hilo de sus pensamientos con una simple pregunta:

—¿En qué piensas, John?

—En ti.

Y no mentía en aquello.

—¿Sí? ¿Y qué es ello? ¿Es que ya no te gusto ni como figura decorativa? Mis piernas...

—¡Vete al diablo, Velda! —atajó él.

—No. De ningún modo. —Miró en torno y añadió—: Creo que estoy enamorada de ti, ya que soy feliz, como nunca lo he sido, John. La vida me ha dado muy poco y este poco, malo. Lo único bueno que ahora tengo, es a ti...

Derek la atajó con un ademán, mientras la miraba de pies a cabeza. Luego del escrutinio, dijo:

—Será mejor que te quites esos trapitos y te pongas otros si no quieres que la policía te detenga antes de llegar al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto?

—Sí. Vas a ir a Chicago, preciosa. Allí te pones en contacto con una agencia de detectives, y no repares en gastos, ¿comprendes? Quiero, lo más rápidamente posible, saber todos los detalles que haya sobre Mac Leod. Y sobre todo, sus amistades femeninas.

Velda pensó rápidamente y a continuación replicó:

—Lo haré, John. ¿Sabes a qué hora sale el primer avión?

—Creo que sobre las nueve de la mañana. —Hizo una ligera pausa y añadió al cabo de la misma—: Quiero, a ser posible, que —me comuniqués todos los datos antes de la noche de mañana. Bueno, perdona, quiero decir antes de esta noche, cuyo día empieza

ahora.

—Procuraré no defraudarte, querido.

Sin esperar respuesta. Velda le ofreció los labios pensando en lo que sería de ella cuando Dereck se cansara de aquel juego que a nada conducía.

Tres cuartos de hora más tarde completamente cambiada de atuendo. Velda frente a él, dio un par de vueltas sobre sí misma consciente del atractivo que éste experimentaba, y preguntó:

—¿Te gusto?

Dereck replicó con otra pregunta:

—Has entendido bien lo que deseo de ti, ¿verdad?

El rostro de Velda se nubló un tanto.

—Sí —replicó—. ¿Desayunamos?

Dereck consultó el reloj de pulsera.

—Vamos —dijo en el acto—. Te queda muy poco tiempo para la salida de tu avión.

Fueron.

El detrás de ella, procurando no perder la cabeza al mirarla. Procurando no pensar. Era mejor, mucho mejor, hacerlo en el hasta ahora desconocido

O'Connor

. ¿Y por qué no? En su hermosa hija. ¿Sería como la chica del calendario del bar de

O'Neill

?

Dereck se dijo que ojalá fuera cierto. Le gustaban las figuras como aquélla, desde el mismo momento en que nació, según creía.

Empezaron a desayunar, sumidos en sus propios pensamientos, hasta que finalmente el silencio que reinaba entre ellos fue roto por el timbre de la puerta de la calle.

Se miraron también en silencio, hasta que Dereck dijo:

—Será mejor que entres en el dormitorio y termines de arreglarte, muchacha. Entretanto, iré a ver quién es el gracioso que llama a esta hora.

Velda se puso en pie. En esta postura se bebió la taza de café con leche, dio media vuelta y se alejó en tanto que el timbre de la puerta continuaba sonando de manera estridente y perentoria.

Dereck la abrió tan pronto como ella hubo desaparecido.

El gracioso era el teniente Mac Harrison.

Venía solo, pero a pesar de ello, Dereck notó dentro de él algo muy parecido a un fuerte dolor de estómago. Se apartó de la puerta y con un seco ademán le invitó a pasar, pensando en Velda y en las palabras que el propio Mac Harrison pronunciara con respecto a ella. ¿Qué diría cuando la viera allí? ¿O es que no lo sabía ya?

Le condujo al *living*.

Una vez en éste, Dereck extrajo el paquete de cigarrillos, encendió uno y se sentó en uno de los sillones, ofreciéndole de paso otro al teniente. No pronunció palabra mientras le miraba, esperando.

Finalmente, y al cabo de más de un largo minuto, Mac Harrison preguntó:

—¿Sorprendido por mi visita, Dereck?

—Un poco.

—¿No me pregunta nada?

—No. ¿Para qué? Usted ha venido a mi apartamento por algún motivo que ignoro por completo. Por lo tanto, puede explicarse cuando quiera. No tengo prisa alguna, teniente.

Siguieron unos cuantos segundos de tenso silencio, que Mac Harrison rompió silbando las palabras.

—He venido por usted, Dereck. Tendrá que acompañarme al precinto.

—¿Por qué?

—Le dije que no deseaba verle husmeando en torno al asesinato de Pops.

Dereck pensó rápidamente. Por su mente desfilaron los sucesos ocurridos desde que Alice le llamó por teléfono hasta el momento presente. Recordó a Lina y a su amante, y también a los dos hombres que matara en medio de la calle.

Había estado seguro de que más tarde o más temprano, Mac Harrison se presentaría allí, pero nunca creyó que fuera tan pronto. ¿Es que había cometido una equivocación al entregarle a Lina y a Blake?

Podía ser así. ¿O acaso era por los dos hombres que mató en defensa propia?

—¿Nos vamos, Dereck?

Mac Harrison interrumpió sus pensamientos con aquella

pregunta y Dereck le miró fijamente mientras ambos se ponían en pie. Con el cigarrillo en la boca, colgado de la comisura de la misma, preguntó:

—¿Va a someterme al tercer grado?

—Aún no lo sé. Pero de cierto sí voy a decirle que se va a pasar una buena temporada a la sombra.

—¿Por qué?

—Se lo diré en el precinto.

Dereck fumó en silencio unos cuantos segundos, y a continuación replicó:

—Me lo dirá ahora, teniente. Formule una acusación con arreglo a la Ley y trate de rebatirla, aquí, o en el precinto. ¿De qué me acusa?

—De la muerte de dos hombres. Iban en un sedán negro. Usted les...

—Dígame otra cosa, teniente. Usted sabe que no puede probar eso en modo alguno. Y si fuera verdad, supongo que habría en favor mío algún atenuante, ¿no? ¿O les asesinaron fríamente? Y dígame, ¿dónde y cuándo les mataron?

Mac Harrison se puso las manos en la espalda, y como tenía por costumbre, se balanceó sobre las punteras de los pies.

—Sea lo que sea, va a venir conmigo, pesquisa. No me gusta su intromisión en esto y voy a detenerle. Mi acusación será la que le he dicho. Si esta falla, le acusaré de otra cosa cualquiera. No voy a detenerme por nada hasta que consiga que pierda la licencia, Dereck.

—Hizo una pausa y preguntó. —¿Dónde estaba la noche que mataron a esos tíos tipos?

Dereck fue a preguntar que de qué noche se trataba, pero no pudo hacerlo, ya que alguien se adelantó a sus deseos.

—Estaba conmigo, teniente.

Dereck se puso en pie de un salto mientras Mac Harrison se volvía hasta encararla, soltando una exclamación.

Luego se hizo el silencio, mientras que Dereck miraba a Velda y al teniente. Velda, que estaba recostada contra el marco de la puerta, ahora vestida de calle, con el negro y brillante pelo cayéndole en ondulada cascada sobre los hombros, mirando fijamente a Mac Harrison, sin que éste, a su vez, dejara de mirarla.

Y fue ella la que rompió el silencio con una pregunta:

—¿Sorprendido, teniente?

Mac Harrison no replicó de momento. Cuando lo hizo Dereck, y la propia Velda notaron el enorme esfuerzo que estaba haciendo para controlarse.

—¿Cómo sabe de qué noche se trata, miss

O'Hara

?

Velda inició una sonrisa y ésta no tenía nada de tímida. Luego se apartó del marco de la puerta y ante los atónitos ojos de Dereck, avanzó lentamente hacia el teniente y no se detuvo hasta casi rozarle.

—Está hablando en charada, querido —dijo—. Cierto que no lo sé. Pero cierto también que desde hace tres o cuatro días, ni míster Dereck ni yo nos separamos un solo segundo. ¿Satisfecho, polizante?

Las venas del cuello y frente de Mac Harrison estacan hinchadas cuando Velda terminó de hablar. Al contestarle, su voz sonó mucho más ronca que nunca:

—¿Quiere decir que usted y...?

—Nadie tiene la culpa sino usted, teniente —atajó ella—. ¿Ha olvidado quién era yo antes de aquello? No, ¿verdad? Pues no lo olvide. Y no olvide tampoco que si detiene a míster Dereck, armaré tal escándalo que lo publicarán todos los periódicos de la «United Press» y esto no creo que le satisfaga mucho, Mac Harrison.

El teniente masculló una imprecación entre dientes y luego borbotó:

—Ningún tribunal creará nada de lo que usted diga, Velda

O'Hara

. No, nadie la creará. ¿O ha olvidado que tiene antecedentes penales? Un año de cárcel, ¿no? Pues no lo olvide tampoco. Su prontuario policíaco está registrado en todos los precintos de policía de Nueva York.

Calló unos segundos, desvió los ojos por encima del hombro de Velda para mirar a Dereck y preguntó:

—¿No le dijo su secretaria que había estado en la cárcel, Dereck?

La sonrisa de éste le desconcertó. Luego le llegó la respuesta

dicha en tono frío e impersonal:

—Desde el primer día, teniente Y también me dijo algunas cosas más. Los motivos por los cuales la detuvieron. Unos motivos un poco. ¿Cómo diría yo?... Un poco...

—Déjale, querido —interrumpió ella, envolviéndole en una mirada agradable—. No merece la pena hablar de ello ahora. —Se volvió a mirar a Mac Harrison y añadió—: Si no quiere nada conmigo, teniente, me voy. ¿O he cometido un nuevo delito y va a detenerme en unión de míster Dereck?

—¿Dónde va tan deprisa?

—Eso, teniente —replicó Velda, en tono suave—, es algo que no le importa a usted. Ciertamente que puedo darle un sinnúmero de respuestas, pero sólo le daré una. Que usted apeseta, y aquí la atmósfera se ha hecho irrespirable. Por lo tanto, voy a salir, a no ser que tenga algo en contra mía.

Giró hacia la puerta y avanzó seguida por la mirada de los dos hombres. Con la mano en el tirador se volvió, encarando a Dereck, envolviéndole en una de sus tímidas y maravillosas sonrisas.

—Hasta luego, querido —dijo—. Y no te preocupes por nuestro teniente. Si te detiene, piensa que antes callé porque era una sencilla muchacha que sólo se dedicaba a su trabajo. Ahora, con un año de cárcel, en una prisión de mujeres, he aprendido muchas cosas. Tal vez hasta he aprendido a probar, en un caso dado, algo que a Mac Harrison no le interesa en modo alguno. Adiós John, ya nos veremos después.

Para Dereck era toda una despedida, que tal vez durara días. Para Mac Harrison significaba que aquella mujer se le escurría de nuevo de entre las manos, aunque sólo fuera por poco tiempo.

Salió cerrando a su espalda y entonces Dereck volvió el rostro hacia el teniente.

—Bien, teniente —dijo—. Si va a detenerme, cuanto antes mejor. Si no es así, le ruego que se largue de una vez.

Por toda respuesta, Mac Harrison se dejó caer en el sillón y le miró:

—Escuche, pesquisa —empezó—. Usted y yo vamos a hablar claramente, ¿no?

—Estoy esperando, teniente —replicó fríamente.

Dos horas más tarde abandonó el despacho y se en camino a

Wall Street.

Dereck pensaba en el bikini de la chica del calendario de O'Neil

cuando aparcó el «Cadillac» en la playa de estacionamiento, después cruzó la acera y penetró en aquel enorme edificio de oficinas.

No preguntó a nadie.

Miró la tablilla indicadora y unos segundos más tarde supo con exactitud en qué apartamento tenía su vivienda la hija de O'Connor

Pensando en ella y en el teniente Mac Harrison, en la larga conversación que había sostenido con éste, Dereck se introdujo en el ascensor y tres minutos después avanzaba por el lujoso pasillo buscando el apartamento setenta y dos.

Pulsó el zumbador.

Casi en el acto, la puerta se abrió, enmarcando en el umbral a una hermosa y juvenil doncella.

—¿Qué desea, míster? —preguntó, mirándole de pies a cabeza.

Dereck pensó en un sinfín de cosas en menos de un segundo, y replicó:

—Ver a *miss*

O'Connor

—No sé si se encuentra en casa. Pero puede esperar unos segundos que iré a preguntar.

Le pasó al vestíbulo y a continuación le dejó solo. Dereck permaneció vuelto de espaldas a la puerta, hasta que una voz de educado acento le sacó de sus cavilaciones:

—¿Qué desea, míster?

Se volvió, notando al instante que el suelo vacilaba sobre sus pies.

Jessie

O'Connor

Mucho más hermosa y bella que pudiera serlo Velda O'Hara

o la chica del calendario, sólo que aquélla no se encontraba en bikini, lo que era una lástima para él.

Una beldad de cabello castaño y rasgados y grandes ojos intensamente azules. Con unas piernas capaces de empequeñecer a muchas de las artistas del «burlesque» en Broadway. Capaces de hacer palidecer de envidia a todas las mujeres que él conocía.

Incluso a Velda. ¿Dónde se encontraría ella? Seguramente volando hacia Chicago.

Desechó el pensamiento para continuar mirando a la mujer que tenía delante.

Jessie, una mujer de seno firme, audaz, envuelta en gasas, como si en vez de prepararse para recibir a un desconocido, lo hubiera hecho para representar cualquier danza exótica.

—John Dereck es mi nombre, *miss*

O'Connor

—pudo replicar al fin.

Con un mudo ademán, ella le indicó que se sentara. Lo hizo así y Jessie le imitó, frente a él. En el acto cabalgó una de sus maravillosas piernas sobre la otra, y empezó:

—Bien, usted dirá a qué es debida su visita.

—¿Puedo fumar? —Fue la respuesta que obtuvo de Dereck.

—Sí. ¿Por qué no?

Dereck encendió un cigarrillo mientras ella le miraba con expresión fría y enigmática.

—Soy detective privado, *miss*

O'Connor

, y si no tiene inconveniente, deseo hacerle unas preguntas.

Ella arqueó una ceja en señal interrogativa.

—Creí que era de la policía. No sé por qué, pero me causó esa impresión tan pronto como le vi.

Su tono continuaba siendo frío e impersonal, y Dereck no pudo saber si se sentía interesada o asustada por su presencia.

—No, no soy policía, si eso la satisface —replicó—, simplemente un investigador privado.

Esperó a que contestara. Jessie tardó bastante en hacerlo, sin cambiar de expresión ni de actitud.

—¿Qué desea saber? —preguntó finalmente, para añadir a continuación—: Pero ante todo le diré que detesto a los fisgones, ¿comprende?

—¿Por qué?

Jessie se limitó a responder con otra pregunta:

—¿Qué desea, míster Dereck?

El la miró atentamente. Su expresión continuaba sin cambiar. Enigmática y lejana hasta última hora.

—Deseo que sea usted la que hable, *miss*

O'Connor

—replicó luego de unos segundos de silencio—. Que me hable de Alice Corrigton.

—¿Por qué de Alice precisamente, míster Dereck? Ella murió, ¿no? ¿Por qué remover su pasado?

—Porque la asesinaron, y sospecho que usted fue la última persona que la vio viva.

—Es decir, que usted sospecha de mí, ¿verdad?

—No he dicho eso, *miss*

O'Connor

. Simplemente que al llegar a la quinta la vi salir a usted —mintió en parte.

—Ella estaba viva cuando yo la dejé.

—Cosa que tampoco dudo —replicó Dereck—. Ni lo dudo ni he venido a discutir con usted de todo aquello. Simplemente deseo hacerle unas preguntas respecto a ella, ya que usted era su amiga.

Jessie vaciló unos segundos antes de dar una respuesta.

—Escuche, míster Dereck —empezó en el mismo tono frío e impersonal de siempre; era amiga de Alice, y por eso voy a hacerle a mí vez una pregunta. ¿Por qué se mete usted en esto? Deje a la policía y desentiéndase de ello.

Dereck hizo una mueca indefinible y replicó:

—*Mistress* Corrigton me llamó a su quinta de ladrillo. Dijo que tenía algo importante que decirme, pero no logré verla. Y sé, estoy seguro, de que ese algo fue lo que le costó la vida.

De nuevo, Jessie vaciló, pero ahora su vacilación duró mucho más que la anterior, hasta que finalmente replicó:

—De acuerdo, pesquisa. Pregunte lo que quiera, y ya veré si puedo contestarle. ¿Por dónde empezamos?

—Por la propia *mistress* Corrigton. ¿Qué tal mujer era, *miss*

O'Connor

?

—Muy joven y muy hermosa. Una verdadera belleza rubia.

No era aquello lo que deseaba, pero se conformó con la respuesta.

—¿Tenía amigos? —preguntó a continuación.

La impasibilidad de piedra de ella se rompió cuando le dedicó una sonrisa.

—Muchos —replicó sencillamente—. A Alice le gustaban los hombres. No podía vivir sin tener alguno que otro pegado a sus faldas.

—¿Alguno en particular?

Jessie le miró fijamente por un breve espacio de tiempo.

—¿Quiere decir si tenía algún amante fijo, míster Dereck?

—Sí. Eso mismo.

Ella sacudió la cabeza de un lado para otro y luego replicó:

—No, que yo sepa.

Dereck pensó rápidamente. Intentó recordar punto por punto la conversación que había sostenido con Hellen, y entonces contestó:

—Me consta que tenía uno y creí que usted, como amiga suya, me lo diría.

—Pues no lo sé. Alice era muy reservada en sus cosas. Sé que no podía pasar sin llevar a un hombre a su lado, lo mismo que lo sabía todo el mundo. Incluso su marido. ¿Algo más, míster Dereck?

Se puso en pie, pero él no la imitó. Y volvió a presentar:

—Usted conocía a Hellen Drive, ¿verdad?

—Sí. ¿Pero qué tiene ella que ver con esto?

Dereck sonrió, levantándose ahora. Ambos quedaron frente a frente, muy cerca el uno del otro, y maldijo «in mente» clavándose las uñas en la palma de las manos.

—Hellen me dijo que Alice la despedía por las tardes, un par de veces o tres por semana, y que entonces ella quedaba completamente sola en la quinta. Y había un hombre que de vez en cuando vigilaba la casa desde el jardín. ¿Le vio usted alguna vez?

—No, nunca le vi. Ni Hellen ni la propia Alice me dijeron nada de esto. ¿Cree usted que pudo ser el asesino?

—Pudo serlo, efectivamente. También pudo ser ese amante al que nadie conoce, contando con que, efectivamente, lo tuviera.

—Ya le he dicho que...

—Lo sé, *miss*

O'Connor

—atajó Dereck, para preguntar a continuación—: ¿Qué sabe de un tal Jim Mc Leod?

Instintivamente notó cómo ella se ponía en guardia.

CAPÍTULO VII

Antes de que pudiera preguntarse por qué, Jessie replicó:

—¿Qué hay de él, pesquisa?

—Nada, nada por ahora, encanto. ¿Le conoce?

—Sí. Tiene negocios con mi padre. Y ahora, míster Dereck, si no tiene inconveniente, le ruego que se marche. Tengo una cita para dentro de una hora y aún debo cambiarme de ropa.

Sin hacer caso de la sugerencia de ella, Dereck insistió en la pregunta:

—¿Qué clase de negocios, *miss*

O'Connor

?

—¿Por qué no le pregunta a él mismo?

Dereck la miró fijamente a los ojos.

—Es extraño que proteja tanto a Mc. Leod, *miss*

O'Connor

—preguntó—: ¿O no es así?

—Yo no estoy protegiendo a nadie. Me li...

—A no querer contestar a mis preguntas respecto a él. O lo está protegiendo, o tiene algo con él que no desea confesar. ¿Qué es ello?

Jessie se irguió retadora frente a él y replicó mordiendo las palabras:

—Nada tengo que ver con Jim, pesquisa. Nada que pueda importarle a usted. Cierto que es un hombre con el suficiente atractivo para tentar a cualquier mujer. Pero de eso a que yo tenga un «*affaire*» con un asalariado mío, media un abismo. Me gustan los hombres, pero nada más. Y ahora, si lo tiene a bien, le ruego que se marche.

Dereck hizo un movimiento con la mano.

—Una pregunta aún, *miss*

O'Connor

—dijo.

—He dicho todo cuanto tenía que decirle, pesquisa.

Dio media vuelta y se alejó. Dereck no hizo nada por detenerla y esperó a que llegara la doncella que debía de conducirlo a la puerta.

Salió a la calle.

De nuevo pensando.

En el teniente Mac Harrison y en la conversación que ambos habían sostenido después de que Velda les dejara solos, haciendo «mutis por el foro».

En la propia Velda, en el año que ésta había pasado en prisión. De esto es de lo que no habían hablado el teniente y él. Pero había algo de raro en ello, ya que el teniente, aunque a regañadientes, había aceptado que él continuara con aquel caso. Incluso le explicó las declaraciones que Tom Blake y Lina Hendrix, que continuaban aferrados a la historia que le contaron a él.

Dereck detuvo el coche frente al número 757 de la calle 23 Oeste, cruzó la calzada, luego el umbral de la puerta donde vivía Mc. Leod.

Piso decimocuarto, apartamento

46-A.

Pulsó el zumbador y esperó a que la puerta se abriera, cosa que ocurrió antes del minuto siguiente.

Se sorprendió.

La mujer era morena. Lo mismo que Velda, pero menos hermosa que ésta. Y joven. De unos dieciocho a veinte años. Llevaba una simple y escotada blusa donde el audaz seno dejaba entrever su nacimiento, y unos cortísimos «*shorts*» mostrando al desnudo la maravilla de unas piernas perfectas hasta la exageración.

—¿Qué desea?

Dereck necesitó unos cuantos segundos para respirar, ya que la estaba comparando con alguna figura decorativa, y luego replicó:

—Hablar con míster Mc. Leod, ricura.

—Soy su secretaria particular —replicó ella—. Dígame lo que desea y se lo trasladaré.

—Ya se lo he dicho, preciosa. Hablar con él.

—Míster Mc. Leod no le recibirá, ya que está muy ocupado. Deme el recado y pida hora para ser recibido. Pero no aquí en su domicilio particular, sino en sus oficinas.

Dereck masculló algo entre dientes y luego extrajo una de sus tarjetas de visita. Escribió algo al dorso y se la entregó a la muchacha.

—Espero respuesta, querida —dijo.

Ella la tomó, le cerró la puerta contra las narices y a la espera, Dereck encendió filosóficamente un cigarrillo.

Tres o cuatro minutos más tarde, ella apareció de nuevo envolviéndole en una mirada curiosa.

—Puede pasar —dijo—. Míster Mc. Leod le está esperando.

Dereck lo hizo así. Ella cerró la puerta y entonces la siguió mientras la oía decir:

—Se encuentra en el *living*. Por aquí, por favor.

Dereck prefería mirar a la secretaria, a las cosas que ésta tenía encima y no al decorado de las paredes o en los lugares por donde pasaban. Por eso se sorprendió cuando ella dijo:

—Es aquí. Puede pasar cuando guste.

Se alejó sin darle tiempo a dar las gracias, y Dereck empujó la puerta y entró.

El *living* hacía por lo menos cuatro como el de su apartamento. Los muebles eran caros, lujosos y elegantes. En un sofá para tres personas, con una mesita a su lado, una botella de «*bourbon*» y un alto vaso en la mano, se encontraba Jim Mc. Leod.

Dereck se acercó, examinándole.

Era joven. De unos treinta años, de rostro correcto pero frío, y vestía de gris un traje de irreprochable corte. Mirándole se dijo que Jessie no le había mentado; aquel hombre tenía atractivos suficientes para cualquier mujer.

¿Alice tal vez?

No tuvo que responderse a la pregunta si es que verdaderamente podía hacerlo.

—Tome asiento, por favor.

La voz, aunque cortés, era extremadamente fría. Dereck lo hizo frente a él, y entonces Mc. Leod preguntó:

—Usted dice que viene de parte de

O'Connor

, ¿verdad?

—Sí, claro.

Mc. Leod se recostó contra el respaldo del sillón.

—Está mintiendo, pesquisa —declaró con perfecta calma.

El rostro de Dereck permaneció impassible.

—¿Sí, eh? ¿Por qué? —replicó.

—Porque

O'Connor

hace más de una semana que se encuentra fuera de Nueva York en viaje de negocios.

Dereck tampoco se desconcertó por aquella afirmación, aunque sí maldijo a Jessie por no habérselo dicho.

—De acuerdo, Mc. Leod —replicó—, lleva razón. Pero fue un truco como otro cualquiera para lograr que usted me recibiera. Ahora bien, si sabía que era un «bluff», ¿por qué me recibió?

Desde el respaldo del sillón, éste le miró dubitativo.

—Y le dio resultado ya que logró intrigarme —dijo—. Por eso le recibí. Ahora ¿quiere decirme qué desea de mí?

Dereck pensó durante unos segundos, al cabo de los cuales replicó:

—Se trata de Alice Corrington, Mc. Leod.

El aludido arqueó una ceja antes de contestar:

—¿Sí...? ¿Y qué hay de ella, pesquisa?

—La asesinaron y después lanzaron su cadáver al Hudson. Horas más tarde, ya en la Morgue, alguien se entretuvo en machacarle la cara con una barra de hielo.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto, Dereck?

—Nada que yo sepa, por el momento. Pero me gustaría saber si la conocía.

—¿Y quién no?

—Entonces, usted era su amigo, ¿verdad?

—¿En el buen sentido de la palabra, Dereck?

—En todos los sentidos —replicó él sin alterarse.

—Por esa parte está perdiendo el tiempo, pesquisa. *Mistress* Corrington no era de nadie, si me entiende. En cuanto a mí, sólo la conocía superficialmente.

Dereck continuó con su idea cuando afirmó lentamente:

—No obstante, ella tenía un amante, dijo. Alguien le vio

rondando la quinta en más de una ocasión.

Ni el rostro ni la voz de Mc. Leod sufrieron alteración cuando replicó:

—Y usted cree que era yo, ¿verdad?

—No he dicho eso —replicó Dereck con dignidad.

—Pero lo está pensando. ¿O no es así?

Dereck soslayó la pregunta formulando otra diametralmente opuesta.

—¿Cuáles son sus negocios con

O'Connor

, Mc. Leod? El rostro de éste se nubló, pero sólo fue cuestión de segundos.

—Le ayudo.

—¿En qué?

—¿Tan importante es?

—No, no mucho. Casi nada. Ha sido una simple pregunta que no conduce a ninguna parte —se puso en pie y añadió al hacerlo—: No creí que iba a descubrir un secreto.

Mc. Leod sonrió por primera vez, y Dereck se dijo que jamás había visto una sonrisa tan dura en la boca de un hombre.

—No es ningún secreto —replicó al cabo de la misma—. Exporta e importa telas al extranjero. El las trae y mis hombres y yo las distribuimos por Nueva York. ¿Algo más?

—Una sola pregunta —replicó—. ¿Qué clase de persona es Corrington?

—Un buen abogado.

—No era a eso a lo que me refería, Mc. Leod.

—Pues yo sí. Por lo tanto, es todo lo que puede decir.

Dereck no replicó. Dio media vuelta y empezó a alejarse hacia la puerta.

La misma secretaria le acompañó hasta el ascensor. Ya dentro de éste, Dereck hizo un guiño y le tiró un beso con la punta de los dedos, que fue correspondido al instante.

Tres minutos después se encontraba en la calle avanzando lentamente hacia su coche. Cuando se alejó de allí pensaba en Velda y en Chicago.

Llegaba al bar de

O'Neill

cuando recordó a la para él desconocida hija de Pops. ¿Por qué no ir a verla? Pero por otra parte, ¿qué podía saber ella con relación al asesinato de su padre?

Nada.

Pops no tenía enemigos. Su asesinato había sido fruto de las circunstancias, y nada más.

Detuvo el coche y entró en el bar.

Desde la barra,

O'Nell

, el sueco Olsen

O'Nell

, le sonrió dándole la bienvenida. Dereck saludó con un gesto y fue a colocarse sobre uno de los altos taburetes.

—Un *whisky*,

O'Nell

—pidió.

Clavó los ojos en la chica del calendario, examinándola con gesto crítico, tal vez recordando a Velda, y levantó el vaso en mudo brindis hacia ella.

La pregunta de

O'Nell

le sorprendió cuando mediaba el vaso.

—¿Qué ha hecho del monumento de la otra noche, Dereck?

Éste depositó el vaso sobre el mostrador y le sonrió.

—Se encuentra en Chicago —replicó.

—Creí que era algo definitivo.

—Pues no, no lo es así como tampoco hay nada de verdad en lo que estás pensando. La chica fue a Chicago a efectuar un trabajo para mí. ¿Satisfecho?

O'Nell

le devolvió la sonrisa.

—Tráigala a cenar cualquier día. Apuesto a que esa noche la casa será la que pague.

Antes de que tuviera tiempo de replicar,

O'Nell

se alejó dejándolo solo.

Dereck continuó pensando.

Alice, los

O'Connor

, el viejo Pops y el esposo de Alice. El hombre que no deseaba hablar mucho de su esposa. ¿Era capaz de matar?

Podía ser. Incluso tenía motivos para ello. Los mejores, si Mc. Leod y Jessie no habían mentido. Por otra parte, ¿quién era el hombre que Hellen, tan cariñosa, vio en el jardín?

No obstante al saberlo, Alice se burló. ¿Por qué? ¿Porque era su amante y por eso no temía nada de él? ¿O se equivocó al pensarlo así y aquél fue el asesino?

Con el cerebro trabajando a toda presión Dereck, apuró el *whisky* y pidió otro.

Media hora más tarde abandonó el bar y condujo lentamente hacia su apartamento. Un rato después se acostó pensando en Velda, pero soñó con el bikini de la chica del calendario del bar de O'Neill

El sonido estridente del timbre de la puerta le despertó. Dereck masculló una imprecación entre dientes, saltó de la cama, cruzó el dormitorio y fue a abrir.

Antes de alcanzar la puerta, el timbre repiqueteó de nuevo.

No replicó. Se limitó a abrir y perdió el resuello ante la mujer que desde el otro lado del umbral le miraba sonriéndole cordialmente.

Una chiquilla, ya que su edad oscilaría entre los dieciocho a los veinte años. Pelirroja, de grandes y rasgados ojos verdes, incitantes y prometedores. Picaros también. De boca roja y sensual, y...

—¿Míster John Dereck?

La pregunta interrumpió sus pensamientos y las cébalas que mentalmente estaba haciendo sobre la carrocería de ella.

—Sí, soy Dereck —replicó.

—¿Puedo pasar?

Se apartó de la puerta abarcando de un amplió ademán el interior del apartamento.

—Pase. Y perdone por no habérselo ofrecido yo. La, verdad es que...

—Se sorprendió al verme —terminó ella—. Era natural.

Calladamente Dereck la introdujo en el *living* y la hizo sentar.

—¿Desea algo para beber, *miss*...?

—Sí, un *whisky*, si es que tiene.

Dereck se lo preparó sin pronunciar palabra. Luego miró de pies a cabeza, sabiendo que ella tenía sobre sí misma mucho que mirar. Había cabalgado una de las piernas sobre la otra y el espectáculo era en extremo interesante.

Vestía sencillamente, pero con elegancia, una simple blusa sobre el altivo y audaz seno, y estrecha falda que moldeaba perfectamente las firmes caderas y los largos muslos.

—Estaba durmiendo cuando usted llamó —empezó al ver que ella no decía nada y empezaba a beber—. Por lo tanto, si no tiene inconveniente, voy a pasar a mi dormitorio durante unos minutos.

Ella asintió con un mudo gesto de cabeza y Dereck se fue.

Recordaba a Velda. Necesitaba a Velda. La echaba de menos y aquella pelirroja hermosa cien por cien, se la estaba haciendo recordar aún más. Maldijo entre dientes mientras acababa de peinarse.

Cuando regresó al *living*, la muchacha se encontraba recostada contra el respaldo del sillón y Dereck se dijo que podía hacer aquello con legítimo orgullo.

Sin pronunciar palabra se preparó un *whisky* y hecho esto fue a sentarse frente a ella, en el sofá. La miró. Fue entonces cuando la oyó hablar:

—Si ha terminado de mirarme las piernas, míster Dereck, dígamelo y así podré decirle lo que deseo.

Apartó los ojos, como chico cogido en falta, y la miró de frente. Ella le sonrió burlona y continuó haciéndolo cuando replicó:

—De acuerdo, monada, usted habla.

—Me llamo Hellen, míster Dereck. Hellen Pops.

Dereck se puso en pie de un salto.

—¡Cuernos! —exclamó—. Haberlo dicho, muchacha. ¿Qué desea? Es...

—Y no se equivocaría, míster Dereck —atajó—. Papá siempre me hablaba de usted y de la amistad que les unía. Cuando leí el periódico que fue... —Inclinó la cabeza incapaz de continuar con aquella frase, y siguió—: He tardado bastante en decidirme a hacerlo, míster Dereck, pero deseo que descubra al asesino de papá. Tengo algunos ahorros. Unos cinco mil dólares. Es... Es todo cuanto puedo pagarle por sus honorarios. ¿Qué responde?

Había levantado los ojos hacia él, y Dereck le dedicó su mejor sonrisa.

—Hace horas que estoy trabajando en ello, *miss Pops* —afirmó—. Y nadie me paga por ello. Tampoco voy a cobrarle a usted. Pops era mi amigo.

—Llámeme Hellen —replicó ella—. Y gracias. Papá siempre dijo que a pesar del teniente Mac Harrison, de lo que éste decía, usted era una buena persona. Bueno, pero a pesar de ello, usted tiene que vivir. Dígame cuánto y...

—Eso no sería justo, Hellen, y usted lo sabe. Por lo tanto no hablaremos más de ello. Ahora quiero hacerle un par de preguntas. ¿Puedo?

La sonrisa de ella le produjo cosquillas en todo el cuerpo.

—Hable, míster Dereck —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Conocía a *mistress* Alice Corrigton?

Ella denegó con la cabeza y a continuación añadió:

—No. Simplemente, y porque lo decían los periódicos, supe que la mujer de la Morgue se llamaba así, y era la esposa de un famoso abogado.

—Y de los
O'Connor

, ¿qué puede decirme, Hellen?

—Nada, John. Nada. Simplemente, y por las revistas, sé que son alguien en Wall Street, ¿no?

Dereck sonrió y se puso en pie. Mirándola recordó de nuevo a Velda. Los brazos de Velda y las caricias de fuego de Velda. Una mujer que había pasado un año en la cárcel. ¿Por qué?

—¿Por qué no deja que la acompañe a su apartamento, Hellen? Allí puede cambiar de vestido y entonces tal vez la invite a cenar. ¿Qué le parece, muchacha?

—¡John! Eso... no sería correcto. Papá...

—Desgraciadamente eso ya no tiene remedio. Hellen, usted no va a encerrarse en su casa para toda la vida. Si eso solucionara algo...

Salieron el uno detrás del otro, en el más completo silencio.
Fueron.

Más tarde, una hora después, ambos se encontraban bailando en uno de los muchos clubs nocturnos de Broadway mientras que las

dos copas de «Martini» quedaban en la mesa.

En una de las vueltas, uno de sus rizos pelirrojos le rozó la mejilla, entonces Dereck la besó en una de las orejas, junto al pendiente. Y se sorprendió cuando volvió el rostro hacia él para ofrecerle los labios.

Pero se sorprendió aún más cuando de una manera inexplicable ella se tensó entre sus brazos. Entonces apartó los labios y la miró. Los ojos de Hellen brillaban.

—Francamente no esperaba esto de usted, míster Dereck —dijo—. ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé. Tal vez por la fuerza de la costumbre. Eso ocurre siempre que estoy en presencia de una mujer hermosa, Hellen.

Ella no replicó. Desvió el rostro y enigmática y lejana continuó bailando hasta que el bailable terminó. Calladamente se acercaron a la mesa y esperaron la cena.

Empezaron también en silencio y continuaron así hasta casi mediarla. Fue entonces, al mirar hacia la puerta, cuando Dereck la vio.

Envuelta en un vestido de «lameé» verde, charlando amigablemente con Mc. Leod, Jessie O'Connor

avanzaba por entre las mesas hacia una que había desocupada en el fondo del local.

Por unos segundos Hellen notó cómo el rostro de él se endurecía, y luego, sorprendida, oyó que decía:

—Usted me dijo que no la conocía personalmente, Hellen. ¿Quiere conocerla ahora?

Ella se dignó replicar al cabo de unos segundos de vacilación:

—¿Conocer...? ¿A quién?

—A miss Jessie

O'Connor

. Está allí sentada, en una de las mesas del fondo. Y me gustará ver el gesto de la pareja cuando la presente, diciendo que usted es la hija del viejo...

—Pero usted no va a hacer eso, míster Dereck.

—¿Por qué?

Como al desgaire, ella consultó su reloj de pulsera.

—Porque se está haciendo tarde —replicó—. Por lo tanto, le

ruego que me lleve a mi casa tan pronto como terminemos de cenar.

—Está enfadada conmigo, ¿verdad?

Hellen se limitó a mirarle largamente, fijar después los ojos en el plato, y empezar a comer. La miró sin insistir más y veinte minutos más tarde se ponía en pie.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Hellen asintió en silencio, íntimamente decepcionada. Había esperado otra cosa. Había esperado que se disculpara de otro modo o que tratara de besarla de nuevo o... Bueno, cualquier cosa con objeto de retenerla.

—Sí, cuando usted quiera —replicó con voz suave.

Dereck la ayudó a ponerse la estola sobre los desnudos y redondos hombros y la condujo hasta la calle.

De nuevo frente al volante pensó en Jessie y en Mc. Leod. ¿Les habrían visto? ¿Qué había entre ellos? ¿Simplemente negocios como ambos le habían dado a entender, o había algo más?

Fue antes de llegar cuando le asaltó una idea. Entonces acercó el «Cadillac» al bordillo de la acera y lo detuvo. Casi en el acto notó los ojos de Hellen fijos en los suyos se volvió para mirarla mientras ella preguntaba:

—¿Qué ocurre ahora, míster Dereck? ¿Una avería?

No sonrió. No estaba de humor para ello.

—Nada de eso, monada —replicó—. Tampoco voy a hacer lo que usted está pensando, ya que no voy a besarla, aunque sí voy a pedirle un favor.

Hellen arqueó una ceja en señal de asombro.

—¿Qué es ello, pesquisa? —preguntó después.

—Que sea una buena chica y deje que la lleve a la próxima parada de taxis. Acabo de recordar algo y...

La expresión del rostro de ella le interrumpió. Acto seguido, sin darle tiempo a nada, Hellen abrió la portezuela y abandonó el coche. Dereck la vio alejarse contoneando las caderas y embragó.

Unos segundos más tarde colocaba el coche a su altura.

—Escuche, Hellen —dijo por la ventanilla—, no es lo que usted...

Ella continuó andando sin volver la cabeza y Dereck lanzó una maldición, harto ya de tanta complicación; pero Hellen no hizo

caso, con lo que continuó maldiciendo hasta que vio cómo hacía señas a un taxi y subía a él. Entonces dio gas y se alejó a toda máquina.

Dereck dejó el coche una cuadra antes de llegar al edificio donde Mc. Leod tenía su apartamento. Luego, mientras examinaba el manajo de gánzuas, avanzó hasta el mismo.

Tres minutos le bastaron para abrir la puerta que daba acceso a la escalera y cuatro o cinco para el apartamento. A continuación entró, cerrando a su espalda.

Sabiendo que no había nadie encendió una luz que brotó de una linterna, pequeña hasta lo inverosímil. No se detuvo en el *living* donde ya estuvo, sino que avanzó buscando el dormitorio.

Lo registró sin resultado, buscando algo. No sabía qué.

Un poco decepcionado pasó a otra de las habitaciones. Nada. Como siempre, nada, hasta que llegó a la biblioteca.

—No muy extensa.

También podía ser una sala para un coleccionista de fotografías de mujeres. De algunas mujeres. Había varias fotografías y varios cuadros colgados de las paredes, en los lugares preferentes.

Dereck escuchó unos segundos antes de empezar a estudiarlas una a una con un extraño frunce en el ceño.

Morenas las menos, y ninguna rubia.

Es decir, sí. Dereck la vio casi al instante que el anterior pensamiento le golpeara la mente.

Era un desnudo de mujer. De una mujer rubia y muy hermosa. Una de las mujeres más hermosas que él había visto en su vida, y sin exceptuar a Velda. Lentamente se acercó y leyó la dedicatoria.

«A JIM, COMO RECUERDO DE MIS DULCES SUEÑOS».

No había más.

Sonrió para sí mismo. Aquello no significaba nada, pero podía significar mucho ya que la fotografía no llevaba firma.

Un recuerdo de unos dulces sueños. ¿Qué clase de sueños?

Dereck se formuló esta pregunta cuando ya estaba conduciendo hacia su apartamento con el pensamiento puesto en Velda.

Empezaba a desnudarse para irse a dormir cuando el timbre del teléfono empezó a sonar. Con una imprecación, pensando que se

trataba de Mac Harrison Dereck se acercó y levantó el auricular.

No era Mac Harrison. Era algo mucho mejor. Algo que le recordaba un mundo de besos y caricias.

Era Velda

O'Hara

—John, ¿eres tú?

—¡Claro! ¿Ocurre algo? ¿Alguna dificultad?

—Todo en orden, querido. Todo menos una cosa. Esta separación nuestra. Estoy deseando verte, ¿sabes? De lo otro, tengo el informe completo.

Dereck sólo hizo caso a su frase final.

—¿Qué es ello, Velda? Habla...

—Muy poco, pero importante según como se mire, John, aunque creo que ése poco te va a asombrar.

—¿Qué es? Desembucha, ricura.

—¿Para qué? Salgo dentro de poco de Chicago estaré ahí sobre las nueve de la mañana.

Dereck soltó una interjección.

—De acuerdo en todo eso, Velda —dijo a continuación—. Pero ¿qué hay sobre Mc. Leod?

—Todo lo que tú sabes y un poco más, mi amor.

—¡Suéltalo de una vez, muchacha!

—¿Para qué? ¿Para que no descanses en toda la noche? Vamos, John, querido, descansa ahora y ya lo sabrás mañana.

—Escucha, Vel...

Pero colgó mucho antes de que él lograra completar el final de la frase.

Maldiciendo entre dientes, colgó a su vez y acto seguido se metió en la cama, pero no logró dormir en toda la noche, en el transcurso de la cual su mente trabajó incansable y a toda presión.

Al día siguiente desayunó en el bar de

O'Neil

con los ojos fijos en el bikini de marras, mientras recordaba a Velda.

Luego empuñó el volante, y a las nueve menos veinte estacionó el «Cadillac» a escasa distancia del aeródromo de La Guardia, pero Velda no vino. Incapaz de comprenderlo consultó la lista de pasajeros.

Era verdad, Velda no había tomado el avión.

Condujo de nuevo hacia el centro de la ciudad, pensando que tal vez ella tomaría el siguiente. Seguro también que Velda le telefonearía, pero él, en aquel momento, no podía ir a su apartamento. Ella podía esperar, pero la idea que brotó en su mente durante la noche anterior, no.

Tomó un *whisky* en uno de los bares que encontró a su paso y acto seguido se encaminó a las nuevas señas de Corrigton.

Dereck iba dispuesto a librar la última batalla con él.

Sí, tal vez fuera la última.

La chica tenía el cabello castaño y los ojos azules.

Con unas curvas y una fachada de espanto.

Y las piernas... Dereck perdió la respiración al verla lamentando no llevar el sombrero puesto para hacer frente a ella una reverencia versallesca.

¡Diablos, y qué piernas!

—¿Qué desea, míster...?

Dereck tuvo que sacudir la cabeza para que las ideas volvieran a su mente con alguna claridad.

¡Y qué curvas!

—Deseo hablar con míster Corrigton, ricura —replicó.

—¿Le ha citado a usted?

—No, preciosa.

Ella frunció el ceño y él se quedó con la duda de si había sido por el piropo o por el mero hecho de que el importante míster Corrigton no le hubiera citado, y que él, un vil gusano de la cochambrosa sociedad, pretendiera verle sin más ni más.

CAPÍTULO VIII

Unos segundos más tarde, sin dejar de mirarla de pies a cabeza, porque lo que tenía que ver era mucho, Dereck se lo jugó todo a una carta como suele decirse.

—A mí me recibirá —replicó—. Dígale que el teniente Mac Harrison del Departamento de Homicidios desea verle.

Ella le miró ahora llena de interés, y por unos segundos Dereck temió que conociera al teniente y se preguntó qué pena había en el Código por usurpación de personalidad.

¿No se dice así?

No le conocía. Dereck tuvo conciencia de ello cuando la muchacha replicó con la mejor de sus sonrisas:

—Tenga la bondad de sentarse, teniente. Le avisaré ahora mismo.

Dereck se sentó, admirando sus magníficas piernas mientras se alejaba, para suspirar como un elefante cuando se perdió de vista detrás de una puerta acristalada.

Apenas si tardó en reaparecer tres o cuatro minutos. Y con una hechicera sonrisa en sus adorables y rojos labios, indicó:

—Míster Corrington dice que pase usted, teniente.

Dereck notó enormes deseos de echarse a reír al preguntarse cómo le sentaría a Mac Harrison que él, precisamente él, tomara su personalidad.

Entró.

Cerró la puerta casi en las propias narices de la secretaria y avanzó con una de sus mejores sonrisas hasta Corrington, que se ponía violentamente en pie para mirarle desde detrás de la mesa.

—¡Pero qué diablos...! ¿Qué significa esto?

Dereck, por toda respuesta, se dejó caer en uno de los sillones y

le miró.

—He venido porque tengo necesidad de hablar con usted, míster Corrigton. Por lo tanto, será mejor que no pierda los estribos —dijo—. Quiero continuar hablándole de su esposa.

—Ya le dije que nos separamos. Nada sé ni nada deseo saber de su muerte. ¿Está claro? O de su asesinato, si usted lo prefiere.

Le miró fijamente mientras Dereck extraía del bolsillo un paquete de cigarrillos.

—Puede que no quiera saber nada de ella —replicó después de encenderlo—. Puede que tampoco desee hablar más de eso, pero creo que no va a tener más remedio que hacerlo.

—¿Por qué? ¿Quién diablos le manda a usted meterse en esto? ¿Sabe lo que voy a hacer? Pues llamar al teniente...

Sin terminar la recién comenzada frase, descolgó el auricular.

—No creo que le interese hacerlo por ahora —atajó Dereck—. ¿Sabe de dónde vengo? Pues de dormir. Pero lo que ocurre es que estando durmiendo me he acordado de cierta clase de sueños. De los dulces sueños de una persona, y de que hay muchas formas de producirlos. Pero eso no es todo. Su nombre va unido al de O'Connor

, a Jessie y este último a Mc. Leod. ¿No le dice nada esto? Pues se lo preguntaré de otro modo. ¿Qué tiene que decirme sobre cierto tráfico ilegal de drogas?

Palideció visiblemente y Dereck se preguntó qué haría de saber que sólo se trataba de un «bluff». ¿Qué haría si se daba cuenta de que él no sabía nada en concreto aunque sí sospechaba de muchas cosas?

—¿Quién le ha mandado meterse en esto, pesquisa?

A la pregunta de Corrigton siguieron unos segundos de silencio, que Dereck rompió.

—Creo que eso ya quedó aclarado en nuestra primera entrevista. Ya le dije que *mistress* Corrigton me llamó. Y por eso la mataron. Supongo que de un modo, u otro ella se enteró del negocio que entre usted y Mc Leod tienen a espaldas de O'Connor

, o tal vez con el consentimiento de éste, y por eso me llamó. Pero después de hacerlo llegó a la conclusión de que antes de verme a mí para explicármelo todo, debía de ponerse en contacto con usted o

Mc. Leod para tratar de sacar un buen bocado por su silencio. El pago fue un balazo en la cabeza. ¿Con quién de los dos habló? ¿Quién la mató, Corrington?

Corrington le miró largamente, con desafío, pero aquello solo duró unos segundos. Repentinamente toda su entereza se abatió.

—No sé lo que ha pasado en realidad, Dereck —replicó—, y le agradeceré que me crea. No lo sé, pero voy a hablarle de Alice. Alice era artista del «burlesque» en Broadway cuando yo la conocí. Vio un montón de billetes en perspectiva y se casó conmigo. ¿Qué otra cosa podía hacer una mujer como ella? Esto duró un par de años y luego empezó a cansarse hasta que ocurrió lo inevitable. Poco a poco nos fuimos distanciando, sin escándalo, hasta que acabamos por separarnos del todo. Era... una mujer muy ambiciosa. Siempre estaba deseando más, queriendo más. Mucho más de lo que yo podía darle, que no es poco.

Hizo una ligera pausa que Dereck no rompió, y acto seguido añadió:

—Tal vez la mataron por lo que usted ha dicho. Mc. Leod u otro cualquiera pudo hacerlo si ella se enteró de algo.

—Por lo visto usted no niega el tráfico de drogas, ¿verdad?

Corrington le miró sonriendo.

—Ni lo niego ni lo afirmo, Dereck —replicó—. Nos encontramos los dos en mi despacho, donde no nos oye nadie. Yo puedo afirmarle a usted que es así.

O'Connor

es un hombre decente y en su cabeza no cabe una traición por parte de sus hombres, a él mismo. —Hizo una ligera pausa y agregó—: Es fácil importar drogas desde China o Japón hasta los Estados Unidos, empaquetadas entre las sedas. Luego, Mc. Leod sólo tiene que cargarlas en uno de los camiones y por el camino extraer la mercancía con lo cual no hay peligro. Pero como comprenderá, Dereck, nada de esto declararé en un tribunal. Soy un buen abogado, uno de los mejores de Nueva York, ¿comprende? Sería su palabra contra la mía.

—Comprendo, sí —replico Dereck mordiendo las palabras—. Pero tenga en cuenta una cosa; en su mano está el castigar al causante de la muerte de su esposa.

Corrington rió suavemente.

—Usted lo ha dicho, Dereck —replicó—. Por lo tanto no quiero saber nada de lo ocurrido. Y otra cosa; no haga nada respecto a lo que hemos hablado, si no quiere que le persigan por difamación. Si no quiere que le echen de Nueva York, y sin su licencia. Sé que varios miembros del Departamento de Homicidios le tienen ganas.

Dereck contuvo las ganas que le acometieron de saltarle al cuello.

—De acuerdo —fue lo que dijo—. No diré nada, por ahora. Y dígame, ¿qué hay de Jessie

O'Connor

?

Corrigton arqueó una ceja en señal de sorpresa.

—No le entiendo a usted —replicó.

—Es sencillo. Alguien me dijo que era la amante de Mc. Leod —mintió Dereck con todo cinismo.

En el acto, Corrigton se levantó del sillón riendo como un loco.

—¡No sea imbécil! —replicó tan pronto como la hilaridad le dejó hablar—. ¡Qué más quisiera Mc. Leod que tener un «*affaire*» con Jessie! No sea loco y aparte esa idea de su cabeza.

Dereck pensó unos segundos y luego dijo:

—Usted me ha contado una historia que puede o no ser verdad, ¿no? Por ejemplo, usted mismo pudo matar o hacer matar a su esposa. Tenía motivos sobrados para ello. Uno, los celos ya que ella no le era fiel. También está el asunto de las drogas. Ella lo averiguó de un modo u otro e intentó hacerle chantaje, y nada mejor que quitársela de encima matándola. De ese modo, todo quedaba igual que estaba, ¿no?

Dereck calló esperando, y la réplica de Corrigton tardó bastante en producirse.

—Nada tengo que añadir a lo dicho —dijo—, como no sea repetirle una vez más que no fui yo el que la mató, y que no deseo continuar hablando de ello. Ahora ¿tiene la bondad de salir?

Dereck se puso en pie y giró hacia la puerta. Al abrirla exclamó sin volverse:

—Nos veremos en los tribunales, míster Corrigton.

—Y negaré todo lo que le he dicho, además de meterle a usted en un lío.

Sin replicar, asqueado, salió de allí.

Decidió pensar en Velda y sus caricias, que era mucho mejor. En las caricias y besos de Velda y en todo lo que ella representaba para él desde el mismo momento en que la encontró en uno de los bancos de Central Park.

En Velda, que ya debía de estar en el apartamento.

Tomó un taxi y se hizo conducir allí.

Entró en el portal y apenas lo hubo hecho, el portero se le acercó con una servil sonrisa en los labios.

—Arriba le espera una sorpresa, míster Dereck —dijo.

Se aventuró en una pregunta un poco rara:

—¿Quién? ¿El teniente Mac Harrison?

—¡Oh, no, míster Dereck! ¡Nada de eso! Cierto que vino a preguntar por usted, pero luego se fue y aún no ha vuelto. Se trata de su esposa. Dijo que acababa de llegar de Nueva York, y entonces le di una llave para que entrara.

Dereck dio un respingo. Era Velda. Velda que al fin se había presentado.

—Gracias —dijo—. No sabe lo que me alegro de ello. La estaba esperando desde hacía horas.

Dio media vuelta y entró en el ascensor.

Pero no era Velda. Dereck lo supo apenas entró en el dormitorio; y allí estaba. Caída sobre el linóleo del piso, y con un balazo en la nuca, bañada en un charco de sangre.

Pero no era ella. No, no era Velda.

Se trataba de Hellen Pops. De Hellen a la cual ya no besaría más. Hellen que ya no se enfadaría con él al ser besada por sorpresa. Pero ¿por qué? ¿Qué sabía la muchacha, que le ocasionó la muerte?

Sin dejar de hacerse preguntas se acercó lentamente y la examinó. Luego miró en torno. Todo parecía igual. Exactamente como lo dejó cuando horas antes abandonó el apartamento, pero no era así. Alguien lo había registrado. Lenta, metódicamente, sin apenas dejar señal de su paso, el criminal había hecho un registro concienzudo. ¿Por qué? ¿Qué buscaba? ¿Por qué había asesinado a Hellen?

De pronto lo comprendió. Hellen había ido allí con objeto de decirle algo que olvidó con anterioridad, y el asesino la sorprendió cuando fue a buscar... ¿El qué? O tal vez fue ella misma la que le sorprendió cuando éste ya estaba dentro, efectuando el registro.

Incapaz de continuar mirando el cadáver de Hellen, Dereck fue al frigorífico, donde se preparó un *whisky*, ya que deseaba beber algo fuerte. A continuación efectuó dos llamadas. La primera al aeropuerto de La Guardia para informarse sobre la hora que llegaba el avión de Chicago, y luego discó el número del precinto policíaco.

—Con el teniente Mac Harrison —dijo—. Dereck al habla.

Pasaron tres o cuatro minutos de silencio antes de le oyera hablar.

—¿Qué ocurre ahora, Dereck?

Tragó saliva antes de replicar:

—Por ahora nada. Le llamo para hacerle una pregunta. ¿Declararon Lina y Blake?

—Ya le dije lo que había sobre esos dos. ¿Algo más?

—Entonces se ratifican en la primera declaración, ¿verdad?

—Sí. —Hubo una ligera pausa y acto seguido Mac Harrison añadió—: ¿Ha logrado averiguar algo más?

—No. Nada. Esperaba algo por parte de Lina o Blake. No ha sido así y me encuentro lo mismo que en un principio. ¿Y la policía, teniente?

Mac Harrison soltó una maldición y a continuación añadió:

—Lo mismo que usted, Dereck. Ahora, si es que no ha descubierto otro cadáver, haga el favor de dejarme en paz.

—¡Un momento!

—¿Qué...?

—Pues que sí, teniente, que he descubierto otro cadáver. Se trata de la hija de Pops. Se encuentra en mi propio dormitorio. Alguien se ha entretenido en matarla de un balazo...

El chorro de maldiciones de Mac Harrison le interrumpió en seco.

—¿Desde dónde me telefonea? —preguntó al cabo de las mismas.

—Desde mi apartamento, teniente.

—Bien, no se mueva de ahí, Dereck. Y ahora va en serio, ¿me oye? Por nada del mundo quiero que se largue. Eso o...

—Perderé mi licencia. ¿No era lo que iba a decir? —completó él.

—Exactamente, pesquisa. No crea que va a ocurrir lo mismo que en la Morgue. Usted y yo vamos a hablar de todo esto, y me va a contar la verdad. Pero la verdad de todo. ¿Ha comprendido?

—Sí, claro, lo haré; pero con una condición.

—No está en situación de dictar condiciones, Dereck.

—Aún así lo voy a hacer, teniente. Le contaré la verdad, cuando usted me diga la referente a Velda

O'Hara

No lo olvide tampoco.

Colgó sin esperar respuesta.

Acto seguido consultó el reloj. Tenía tiempo sobrado para trasladarse al aeropuerto.

Cinco minutos más tarde se encontraba conduciendo a través del intenso tráfico, con un solo pensamiento en la mente: Velda.

Y no precisamente como figura decorativa, ya que aquel momento, Dereck ni siquiera pensaba en el bikini de la chica del calendario en el bar de

O'Neil

Tampoco se acordaba del teniente Mac Harrison ni del cadáver de Hellen. Ni de Jessie y mucho menos de Mc. Leod.

Pero lo recordó todo al dar vista súbitamente a la enorme puerta de entrada en el aeropuerto de La Guardia.

Detuvo el coche cerca de la misma y entró.

Entonces esperó, hasta que súbitamente oyó allá lejos, en la inmensidad del cielo, el silbido estridente de los turboreactores del avión.

Y continuó esperando, preocupado. Por Velda, que no había acudido cuando le dijo por teléfono. Velda que...

Allí estaba, descendiendo por la escalerilla del avión, llevando en la mano una cartera de cuero. Dereck adivinó lo que traía en ella. La vida y milagros de Jim Mc. Leod en Chicago. Pero ¿serviría de algo todo aquello?

Dereck dejó de pensar. Velda estaba muy cerca de él, mirándole mientras avanzaba, sonriéndole tímidamente, igual que otras veces. Igual que siempre.

Dio un paso hacia ella y Velda, sin preocuparse de los demás viajeros ni de las personas que habían ido a recibirles, lanzó un pequeño grito y se le colgó materialmente del cuello.

—¡Oh, John, cariño!

Durante un interminable espacio de tiempo ambos

permanecieron estrechamente abrazados hasta que sin pronunciar palabra Dereck, la apartó de sus brazos y luego, llevándola enlazada por la cintura, la condujo hasta el coche.

Mientras lo ponía en marcha preguntó:

—Lo tienes, ¿verdad?

—¡Claro! En la cartera.

—¿Muy importante?

—Ciertamente que sí, pero no creo que aquí en Nueva York te sirva de algo, querido.

—No obstante, examinaré esos papeles, de inmediato hizo una pausa y preguntó. —¿Qué ocurrió con tu avión, Velda?

La vio sonreír por el retrovisor.

—Lo perdí. Sufrí un atasco de tráfico en la Madison y cuando llegué al aeropuerto me encontré con que el avión que tenía que tomar había salido ya.

Dereck dio la callada por respuesta y continuó conduciendo en el más completo silencio hasta que ella exclamó:

—¡John! ¿Dónde me llevas? Éste no es el camino del apartamento ni el de la oficina.

—Vamos al bar de

O'Nell

, querida —replicó—. ¿Por qué?

—¡Oh! Por nada, querido. Pero si deseas ver a la chica del bikini debo decirte que yo también me he comprado uno. Ya verás...

Se interrumpió al ver la expresión ceñuda de él. No obstante, su silencio duró escasos segundos ya que preguntó casi a continuación:

—¿Preocupado, John?

—Sí. Bastante.

Velda no replicó y callaron ambos hasta que entraron en el bar.

—Necesitamos un lugar donde hablar,

O'Nell

—dijo apenas entrar.

Velda se preguntó por qué no iban a la oficina al apartamento, pero

O'Nell

ni siquiera lo hizo. Se limitó a conducirles en silencio y nada más.

Ya en el reservado pidieron *whisky*, y luego solos, se miraron durante unos segundos. Y fue Dereck el que la enlazó por la cintura,

buscando sus labios con verdadera desesperación.

—John, querido...

Luego todo desapareció de la mente de los dos, para no quedar nada más que ellos.

Y fue tres cuartos de hora más tarde cuando ambos pudieron hablar con alguna coherencia.

—Dame la cartera, Velda —fue lo primero que dijo y ella se la dio.

Con el cigarrillo en la mano, una pierna sobre la otra, mostrando casi toda la maravillosa extensión de las mismas, Velda le contemplaba ensimismada en sus propios pensamientos, hasta que Dereck terminó.

—¿Te ayuda en algo, querido? —preguntó de inmediato.

El la miró fijamente y replicó con otra pregunta:

—¿Es cierto todo esto, Velda?

—Sí, John, lo es. ¿Por qué?

Pero él no se lo dijo. Pensaba.

Con el ceño violentamente fruncido debido al esfuerzo mental que estaba haciendo, permaneció callado por espacio de varios minutos, hasta que repentinamente la miró.

—Quiero que hablemos seriamente, Velda —dijo.

—¿De qué? ¿De mis piernas que son inmejorables, o de figuras decorativas?

—Ni lo uno ni lo otro, preciosa. Quiero pregun...

—¡John! Te lo he dicho antes de ahora, ¿no? Pues eres decepcionante.

Dereck hizo una mueca y ella calló ahora, esperando.

—¿Cuándo nos casamos, Velda?

Se sobresaltó, desviando los ojos mientras que su semblante enrojecía.

—John, te dije una vez que...

—Es por ese año de cárcel, ¿no? —atajó él.

Obstinadamente, ella continuó sin mirarle.

—Sí. Es por eso. No soy la mujer que debes tener por esposa, querido.

—Eso soy yo quien debe decidirlo, ¿no? ¿Y por qué fue, Velda?

—Encontraron una automática dentro de mi bolso. Fui detenida por llevar armas sin licencia. Un año.

—¿Era tuya la pistola?

—No, John, no la había visto nunca.

Dereck hizo una ligera pausa antes de formular una nueva pregunta.

—¿Cómo explicas entonces que el arma estuviera en tu poder si no era tuya, preciosa?

—Eso, John, es algo que no te puedo decir. No, porque no me creerías.

Dereck la miró dubitativo y luego replicó:

—Quiere decir que alguien la introdujo en tu bolso para culparte de algo, ¿no? ¿Quién fue? Tú lo sabes, Velda. Dímelo, ¿quieres?

Ella le sonrió, una vez más, con aquella sonrisa tan tímidamente suya.

—Simplemente lo sospecho, John. Por otra parte, es un asunto ya pasado de moda —se puso en pie y preguntó—: ¿Nos vamos? Estoy cansada, querido.

Pagaron y se fueron. Ya en la calle, llevándola del brazo, Dereck se dispuso a cruzar la calzada. La mediaba cuando apareció el coche, saliendo de la próxima bocacalle, llevando todas las luces apagadas.

Dereck lo vio por una casualidad. Vaciló durante unos segundos y luego empujó brutalmente a Velda hacia la acera opuesta mientras que él se lanzaba al suelo y el plomo que surgía de una de las ventanillas le rozaba los cabellos.

Cuando se puso en pie, el coche desaparecía en la distancia. Con la automática en la mano se acercó a Velda.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

En vista de que no había sido así la tomó del brazo y tiró de ella mientras que por encima de sus cabezas las ventanas de los apartamentos empezaban a abrirse.

Jessie

O'Connor

estaba en el *living* cuando él entró, sobre el mediodía del día siguiente.

No se levantó al verle, pero le sonrió.

Acercándose, Dereck la miró de pies a cabeza. Una sencilla blusa, muy escotada, donde el firme seno se veía más que se adivinaba, y unos «*shorts*». Los más cortos que él había visto en su

vida.

—Síntese, Dereck.

La sonrisa y la invitación eran en extremo cordiales, lo que le asombró, pero no tanto como para no sentarse de inmediato frente a ella.

—¿Quiere tomar algo?

Dereck le devolvió la sonrisa.

—*Whisky*, por favor.

Ambos callaron hasta que la doncella lo hubo servido. Hasta que la doncella se retiró. Entonces Jessie formuló la primera pregunta:

—Bien, Dereck —dijo—. ¿A qué ha venido?

—Deseo hacerle unas preguntas, *miss*

O'Connor

—replicó.

—¿Más preguntas?

—Son necesarias. Comprenda.

—Lo supongo. ¿Qué es ello?

—Su padre continúa fuera, ¿no? ¿Cuándo vendrá?

Jessie entrecerró los ojos, fumó en silencio durante unos cuantos segundos y replicó:

—Con seguridad no lo sé, pero no será antes de una semana. ¿Por qué?

Pero Dereck no se lo aclaró. Se limitó a pensar, a preguntarse si podría contar con ella. Y una vez más, se arriesgó.

—Usted dijo que entre Mc. Leod y usted...

—Sé lo que va a decir, Dereck —atajó ella—. Y le dije la verdad. El que usted nos viera juntos no quiere decir nada. Mc. Leod es un empleado de mi padre. Muy importante. Me invitó a cenar y yo no vi modo de excusarme. Por lo tanto, fui con él —hizo una pausa mirándole fijamente y luego añadió—: Está usted pensando que es mi amante y no es así. No hay ningún hombre, Dereck.

Formulándose «in mente» un sinnúmero de preguntas, Dereck decidió emplearse a fondo.

—Hábleme de Mc. Leod, *miss*

O'Connor

—dijo.

Ella desvió los ojos de él, y sin mirarle preguntó:

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Todo lo que usted sepa.

—Es bien poco. Ni siquiera sé cómo le conoció papá, ni los motivos que tuvo para emplearle.

Dereck pensó ahora en la conversación que había sostenido con Corrington.

—¿Qué trabajo desempeña en la empresa de ustedes? —preguntó—. Creo que ya en cierta ocasión le hice esta mis...

—Lo recuerdo, Dereck —hizo una pausa y añadió—: Mc. Leod tiene varios camiones y con ellos reparte las mercancías que nos llegan de Oriente. ¿Satisfecho? Dereck no lo estaba ni mucho menos.

Preguntó:

—¿Nada más que telas, *miss*

O'Connor

?

El cigarrillo que ella se llevaba a la boca quedó a medio camino.

—No sé qué quiere decir, Dereck —replicó.

—¿No? Es extraño —replicó él—. Pero tengo noticias que de vez en cuando entra en Nueva York una partida de drogas. Heroína entre otras.

Jessie se puso en pie de un salto mientras el cigarrillo caía de su mano.

—¿Está tratando de decirme que mi padre, con la ayuda de Mc. Leod y con la tapadera de su negocio de exportación e importación, está traficando con droga y en gran escala?

Dereck se levantó. El uno frente al otro, se miraron en silencio durante unos segundos, hasta que ella lo rompió:

—¡Salga de aquí, Dereck! —dijo mordiendo las palabras—. ¡Salga...!

Pero él no se movió. Con los ojos clavados en los de ella preguntó:

—¿Va a contestarme con la verdad a todo lo que le pregunte?

—Ya lo he hecho hasta ahora. ¿Quiere marcharse de una vez?

—Un momento, preciosa, y lo haré. Antes quiero hacerle una nueva pregunta. De su contestación van a depender muchas cosas.

—¿Y si me niego a contestarla?

—Me pondré en contacto con el teniente Mac Harrison, ricura. No creo que le guste eso de las drogas.

—¡No es cierto! ¡Está usted mintiendo!

—Puede que no sea cierto, pero lo sospecho. ¿O es que no sabe quién es en realidad Mc. Leod?

Jessie arqueó una ceja.

—No, no lo sé. Es... Es un hombre que agrada a las mujeres. A algunas mujeres, si me entiende.

—¿A usted no?

—¡No! Ya le dije que...

—De acuerdo, Jessie —dijo él llamándola ahora por su nombre de pila—. ¿Quiere decirme ahora quién es la amante de Mc. Leod? Sé que había una.

—No lo sé. No sé nada de eso. Ya se lo dije en una ocasión.

Dereck frunció el ceño a punto de perder la paciencia. Se le acercó hasta rozarla, y entonces replicó:

—Conocía usted bien a Alice Corrington, ¿verdad? Era ella, ¿no?

—Alice murió ya, Dereck. ¿Por qué no deja a los muertos en paz?

—¿Era ella, Jessie?

—No lo sé.

—Sí lo sabe. Mc. Leod tenía una amante y Alice también. ¿Quién, Jessie? ¿Acaso usted?

Se alteró visiblemente. Dereck notó el impacto de sus senos contra la tela de la blusa. A continuación replicó calmamente en contraste con la furia que brillaba en sus ojos:

—No. Dereck. Nada hay entre Mc. Leod y yo, y nada habrá. Puede estar seguro de ello. Ciertamente me he dejado besar y acariciar en más de una ocasión, pero eso es todo.

—¿Quién entonces, Jessie?

Ella se dejó caer sobre el sofá, tomó un vaso y bebió un poco.

—Alice y él fueron vistos juntos muchas veces. Eso es todo lo que puedo decirle. Ciertamente le gustaban los hombres. Pero no puedo afirmar ni negar nada respecto a esto.

Dereck calló ahora para beber. Al acabar preguntó:

—Dígame, Jessie: ¿es cierto que usted y su padre ignoran lo de las drogas?

—¡Dereck!

—¡Cuernos, preciosa! ¿Sí, o no?

—Sí. Es la primera noticia que tengo. Pero ¿está seguro de ello?

Dereck replicó ahora con la verdad mientras se preguntaba si ella estaría jugando con él:

—No estoy seguro de nada, Jessie, y no lo estaré si usted no me ayuda.

Ella bebió de nuevo.

—No deseo meterme en esto —replicó a continuación.

Al responder, la voz de Dereck sonó oscura:

—¿Ni aún en el nombre de su padre? —preguntó.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? Que yo sepa, nada.

—Puede que no. Pero ni la policía ni los federales, en el caso de que intervengan, lo creerán así. Oiga, Jessie, ¿de qué tiene miedo?

—¿Miedo...? De nada. ¿Por qué?

—Porque ésa es la verdad, Jessie. Usted tiene miedo. No porque nadie la haya amenazado a usted sino porque cree o teme que su padre se encuentre complicado en esto, ¿verdad?

Íntimamente satisfecho, vio cómo ella palidecía un tanto.

—Usted gana, querido —dijo al fin—. ¿Qué debo hacer?

Dereck replicó con otra pregunta:

—¿Cuándo recibirán otro cargamento de telas?

Ella se lo dijo y entonces él añadió:

—Póngase en contacto con Mc. Leod y...

—¿Con Mc. Leod? ¿Por qué?

—Sencillo, ricura. Cubra el auricular y dígame que es un miembro de la banda. Que la policía lo ha descubierto todo y que les están buscando. Pero no lo haga antes de las ocho de la noche. ¿Lo hará, muchacha?

—¿Por qué todo esto, Dereck?

Una idea.

Era nada más que una idea basada en los papeles que Velda trajo de Chicago. Descabellada, pero idea al fin. Haciendo eco a ella, preguntó:

—¿Después de separarse de Alice, hay alguna otra mujer en la vida de Corrington?

Jessie le miró ahora francamente asombrada:

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Co...?

—Por favor, Jessie. Conteste, ¿quiere?

Ella vaciló unos segundos, al cabo de los cuales replicó:

—Se le ha visto con algunas.

—¿Una en particular?

Jessie vaciló una vez más.

—Sí —replicó a continuación—. Con una hermosa rubia, procedente, según creo, de Chicago. ¿Por qué?

Pero Dereck no se lo dijo. Su mente trabajaba a toda presión mientras que una idea, tan descabellada como la otra, intentaba abrirse paso en el interior de su cerebro.

Los ojos luminosos de ella estaban fijos en los suyos, esperando una respuesta. La dio, pero fue preguntando a su vez:

—¿Sabe cómo se llama esa mujer?

Más asombrada aún, Jessie replicó:

—No, Dereck, no lo sé, aunque he hablado con ella alguna vez que otra.

Dereck continuó pensando. Tuvo en la mente una pregunta que no formuló, y sin dar la respuesta, giró en redondo y fue hacia la puerta. Jessie se puso en pie y le siguió. Él se volvió, la tomó por la barbilla y la besó fugazmente en los labios e intentó apartarse, pero no pudo. Jessie elevó los brazos tomándole por la nuca, devolviéndole el beso.

Dereck comprendió unos segundos más tarde lo que quiso decir cuando afirmó que le gustaban los hombres.

Y no recordó para nada a Velda

O'Hara

, hasta mucho después.

CAPÍTULO IX

Oscurecía.

Dereck maldecía. A todas las mujeres habidas y por haber. Había perdido más de una hora con Jessie entre caricias y besos, y no andaba muy sobrado de tiempo. Consultó el reloj del «tablier» mientras buscaba una cabina telefónica.

Sí, muy poco.

Demasiado poco.

Jessie podía haberle mentido y tenderle una trampa por mediación de Mc. Leod. Dereck no confiaba en ella, así como tampoco confiaría en

O'Connor

, caso de ser éste con el que hubiera mantenido aquella conversación. Claro que sin caricias ni besos. Se entiende así, ¿verdad?

O'Connor

, a pesar de las palabras de Jessie podía estar complicado en el negocio. Era demasiado saneado para que no fuera así. Respecto al asesinato de Alice Dereck tenía una idea. Una idea que iba tomando cuerpo a medida que crecía dentro de su cerebro.

Estaba seguro de saber también el porqué de aquel asesinato. Un motivo que de ser cierto, iba a constituir un triunfo para él.

Repentinamente pensó en el teniente Mac Harrison.

Dereck olvidó todo lo demás. Estaba seguro de que éste, después del asesinato de Hellen, le estaría buscando, ayudado por su cohorte de sabuesos, pero ahora no le temía.

Detuvo el «Cadillac» frente a una cabina telefónica y entró en ella, llevando en los labios una dura sonrisa.

Discó.

—¿Dígame...?

—Soy yo, Velda, cariño —dijo dando de lado a sus pensamientos

—. ¿Hay algo de nuevo?

—No —replicó ella—, míster Dereck no está. ¿Quiere dejar algún recado?

Dereck frunció el ceño y luego sonrió, ahora casi alegremente, creyendo comprender.

—El teniente Mac Harrison está ahí contigo, ¿verdad? —preguntó.

—Pero... Ya le he dicho que míster...

—Dile que se ponga, Velda, querida. Deseo hablar con él. Es importante.

—¡Oh!

A su exclamación siguieron unos segundos de silencio.

—¿Dereck...?

—Yo mismo, teniente.

Hubo un nuevo silencio y luego éste estalló:

—Estoy en su despacho, pesquisa, y llevo una orden de detención contra usted. Por si no lo sabe, le acuso del asesinato de *miss* Pops. No sea loco y entréguese, Dereck. Toda la policía de Nueva York le está buscando.

—Sí, ¿eh? Pues bien, usted no va a detener a nadie, teniente, y mucho menos a mí. Escuche que...

—Entréguese o daré orden de que disparen contra usted tan pronto como le vean. Esto ya ha durado bastante.

Pasando por alto aquellas palabras, Dereck replicó:

—Escuche, teniente, que le interesa. Se trata de una partida de drogas. Heroína, ¿comprende? Sé que llegarán hoy a Nueva York.

Mac Harrison soltó un bufido parecido al de un elefante, y Dereck esperó.

—Explique eso, pesquisa.

Dereck replicó con una irónica pregunta:

—¿Ya no piensa detenerme, teniente?

—¡Váyase al cuerno, Dereck! Pero antes pásese por aquí. Le estoy esperando.

—Iré, pero con una condición: la de que me deje las manos libres. Y para que lo vaya rumiando, le diré que el asunto de las drogas está ligado al asesinato de *mistress* Corrington, ¿comprende?

—No. ¿Es que se está burlando de mí?

—Nada de eso, teniente. Y el asesinato de Pops también es la consecuencia de esas drogas. ¿Va comprendiendo?

Al otro lado de la línea, Mac Harrison soltó una maldición que hizo enrojecer a Velda, a pesar de la postura que tenía sobre la mesa, frente a él.

Acto seguido replicó:

—De acuerdo, Dereck, le espero aquí. Pero si no me gusta su historia, me lo llevaré detenido. No me diga que no le avisé.

—¿Espera que allí me hará decir lo que usted desee, teniente?

Mac Harrison sabía que no. Que no lo haría en modo alguno.

—Está acusado de asesinato, Dereck —fue lo que dijo—. Y si quiere que le diga la verdad, nunca he pactado con un criminal.

—¿Espera que me eche a llorar por eso, teniente?

Una nueva maldición fue la respuesta, momento que Dereck aprovechó para añadir:

—Ahora mismo voy. Pero antes debo advertirle de una cosa. Deténgame y se meterá en el peor lío de su vida. ¡Ah! Cuídeme a Velda. Es una apreciable figura... decorativa. Si no fuera así, le diría que la besara en mi nombre.

Colgó antes de que Mac Harrison pudiera replicar.

Veinte minutos más tarde se encontraba frente a la puerta de su despacho. Entró.

Era una figura decorativa para el despacho. No se había equivocado. Velda estaba sentada en el pico de la mesa, con la falda a medio muslo, mostrando la maravilla de su pierna derecha casi en su totalidad, sonriéndole fríamente al teniente Mac Harrison y al sargento Foster.

Ambos, sentados frente a ella, sudaban, y Velda sabía por qué. Bastaba mirar el brillo de sus ojos para comprenderlo.

Pero cambió su sonrisa por otra bien distinta cuando le enfrentó.

Luego los cuatro se miraron en silencio, hasta que Velda lo rompió.

—Creí que tú eras el único hombre decepcionante que he conocido, pero no es así, John —dijo—. El teniente Mac Harrison y Foster lo son aún más que tú. Me he sentado tal y como tú querías, según nuestro trato, y ellos no han dedicado un solo halago a mis piernas. Lo mismo que si no existieran. —Alargó la derecha y

empezó a arreglarse la costura de la media, y mientras lo hacía preguntó—: ¿Es que no son bonitas, querido?

Mac Harrison soltó una maldición, volviéndose cara a ella, encontrándose con que Velda le dedicaba una de sus tímidas sonrisas.

Fue entonces cuando Dereck intervino:

—Será mejor que salgas al otro despacho, Velda —dijo—. Mac Harrison y yo tenemos que hablar de algo bastante importante.

Velda saltó de la mesa al suelo y el espectáculo de sus piernas fue algo realmente fascinador.

Al quedar solos, los tres se miraron en silencio hasta que Mac Harrison lo rompió con una pregunta:

—¿Qué hay de esas drogas, Dereck?

Dereck se sentó, invitándoles a que lo hicieran ellos. Pero la respuesta que dio a continuación, no la esperaban ninguno de los dos.

—¿Qué hay de ella, teniente? ¿Ya no sigue pensando que por su causa me puedo meter en un lío?

—Continúo pensando lo mismo, pesquisa. Pero no estamos aquí para tratar de *miss*

O'Hara

, sino de algo que me dijo por teléfono. ¿O mintió?

—No mentí, teniente. Es cierto lo que le dije. Las drogas estarán aquí esta noche, pero no diré nada antes de saber la verdad sobre Velda

O'Hara

. Ella pasó un año de cárcel y quiero saber por qué. Según la policía, se encontró dentro de su bolso una pistola. Velda afirma que no era suya, aunque se encontraba en su poder. Quiero saber lo que ocurrió, Mac Harrison. Ella no me lo ha querido decir.

El teniente se puso en pie, y Dereck no se inmutó por ello, ni por la mirada que Foster le lanzó al segundo siguiente.

—Eso parece un chantaje, Dereck.

—No lo parece, sino que lo es, teniente. Quiero saber todo lo ocurrido a Velda. Si me lo explica ya que ella se niega a hacerlo, yo le diré algo que tal vez se convierta en un ascenso para usted. ¿Qué fue lo que verdaderamente ocurrió?

Mac Harrison le miró dubitativo, pensando en que no estaba

seguro de nada. Dereck podía mentir tratando de ganar tiempo con Velda. ¡Maldita fuera una y mil veces!

—Miss

O'Hara

trabajaba en unos almacenes de la calle 42 como taquimecanógrafa. Allí la conocí a raíz de un robo. La traté desde entonces hasta que un día robaron de nuevo. Fuimos y empezamos con la rutina. O sea, a preguntar si alguien había visto algo que pudiera darnos una pista. Bueno, registramos a algunas personas un tanto sospechosas, entre ellas a miss

O'Hara

. Encontramos una automática «Colt» calibre 22 dentro de su bolso. Pedimos su licencia y como no la tenía nos la llevamos. La juzgaron aquella misma noche y fue condenada a un año de prisión.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente una cosa, teniente. ¿Qué fue lo que Velda declaró?

—Dijo que alguien tropezó con ella derribando su bolso. Que se agachó para recogerlo y que se lo entregó, alejándose precipitadamente, y que no sabía nada más. Juró que esa persona tuvo que ponerle la automática en el interior del bolso. Ni el juez ni yo pudimos creerla. Lo que supongo es que estaba en combinación con los ladrones, pero no lo pudimos probar.

Dereck se puso en pie sin replicar. Luego giró hacia la puerta por dónde Velda había desaparecido. Como fascinado, Mac Harrison vio cómo la abría y luego le oyó decir:

—Velda, haz el favor de pasar, ricura.

Ella entró llevando entre sus rojos y sensuales labios una maravillosa sonrisa, pero ninguno de los tres hombres correspondió a ella.

Con un ademán, Dereck indicó que se sentara. Velda lo hizo, mirándoles alternativamente hasta que quedó con los ojos fijos en él.

—Velda —preguntó Dereck—, ¿te interesa mucho conservar esta plaza?

Ella arqueó las cejas.

—¿Cómo figura decorativa, querido? —preguntó, bajando los

ojos al suelo.

—¡Como cuernos! Perdona, Velda, pero estoy hablando en serio.

—Y yo también, John Dereck. Y mucho más de lo que tú te crees. —Miró al teniente y añadió—: Sí, John, me interesa mucho. No quiero que lo nuestro termine.

—Entonces no tendrás inconveniente en contarnos lo de aquella pistola, ¿verdad? Me refiero a la...

—Sé a la que te refieres, querido —dijo, para acto seguido preguntar a Mac Harrison—: ¿Desea que se lo diga, teniente?

Éste se puso violentamente en pie y Velda le imitó en el acto. Durante unos segundos se miraron en silencio hasta que ella habló con voz ronca:

—Desde el primer robo ocurrido en los almacenes, el teniente me persiguió por todos los medios, haciéndome infinidad de proposiciones. La última de matrimonio —dijo con sarcasmo—. Cuando vio que no conseguía nada me amenazó diciendo que me arrepentiría...

Sí, me arrepentí bastante después. Un tropezón con alguien, y una automática que no era mía, fue suficiente para ello. —Miró a Dereck y preguntó—: ¿Tienes inconveniente en...?

El la atajó con un gesto.

—¿Quieres decir que fue el propio teniente el que mandó a uno de sus hombres para que colocara esa pistola en tu...?

—Eso no lo puedo probar, querido. Por lo tanto, tampoco voy a lanzar una acusación contra nadie. Ahora, si me lo permites, esperaré fuera. Siento terribles deseos de escupirle a alguien en la cara.

Salió taconeando mucho antes de que Dereck lograra impedírselo. De nuevo solos, Dereck no pronunció una sola palabra. Esperaba a que el teniente lo hiciera, lo que no tardó en suceder. Con la pregunta de siempre:

—¿Qué hay de las drogas, Dereck? Le advierto que...

Las palabras silbaron por entre los apretados dientes del detective.

—¡Al cuerno usted y sus advertencias, Mac Harrison! En cuanto a las...

Había ido allí con ánimo de contar la verdad de todo, pero ya no era posible. Ciertamente diría muchas cosas, casi todas. Pero olvidaría

algo más.

—En cuanto a las drogas —añadió después de una corta vacilación—.

O'Connor

va a recibir una buena partida esta misma noche, entre las telas que exporta.

—¿

O'Connor

? ¡Usted está loco, Dereck!

Dereck hizo una mueca y replicó:

—Puede creerlo o no. Pero antes debo decirle que esa partida desembarcará en el muelle número cinco. Usted verá si desea que llame a los federales para que intervengan.

Mac Harrison vaciló unos segundos, y a continuación preguntó:

—Usted dijo que el asesinato de *mistress* Corrington estaba relacionado con el tráfico de drogas, ¿no?

—Cierto, y si no lo cree, ¿por qué no lo pregunta a su esposo?

—Míster Corrington es un buen abogado que...

—Se codea con el hampa, teniente. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Quiere decir que él la mató porque ella averiguó algo y quiso hacerle víctima de un chantaje para que le aumentara lo que necesariamente le entregaba para que pudiera vivir?

—Yo no he dicho nada de eso, teniente. Simplemente le estoy dando una idea para que actúe como mejor le acomode. Pero tenga en cuenta que sólo tengo sospechas y ninguna prueba. Incluso lo de las drogas puede ser una mentira, teniente. Yo sólo apunto una posibilidad.

Mac Harrison le miró en silencio por espacio de varios segundos y luego preguntó:

—¿Eso es todo, Dereck?

—No hay más, teniente. Investigue si quiere. Yo ya le he dicho todo lo que había respecto al asunto.

Fue el hasta ahora silencioso Foster el que intervino en la conversación:

—¿Seguro, Dereck? ¿No se guarda nada para usted?

—Sí, me guardo algo para mí —replicó, con cinismo—. Me guardo a Velda

O'Hara

. ¿Algo más, sargento?

Foster consultó con la mirada a Mac Harrison, pero el teniente se encontraba evidentemente perplejo. Tanto es así, que preguntó:

—¿Por qué hace esto, pesquisa? ¿Por qué esas facilidades?

Dereck le miró fijamente y por unos instantes los segundos parecieron eternizarse en el interior del despacho.

—Simplemente porque yo solo no puedo hacer mucho si es que se trata, como sospecho, de una banda organizada, teniente. De otro modo, no le hubiera dicho nada. ¿Y sabe por qué? Porque me dan asco. ¡Ustedes dos me dan asco! ¡Lástima que Velda no pueda probar nada en su contra, teniente! Sería para mí un placer contribuir a que su brillante uniforme se fuera al cuerno. Ahora, si no necesitan más de mí, pueden largarse. Velda y yo vamos a ir a cenar fuera de la ciudad y se nos está haciendo tarde.

El rostro de Mac Harrison era un poema lleno de furia, pero no osó replicar a las palabras de Dereck, aunque sí dijo:

—Voy a comprobar todo eso que me ha dicho, Dereck, y pida porque sea verdad. —Hizo una pausa y disparó—: ¿Qué me dice del asesinato de *miss Pops*?

—Creo que *miss Pops* fue sorprendida en el interior del departamento por la persona que fue a registrarle tal vez buscando algún papel o...

—¿Qué clase de papel, Dereck?

—No lo sé. Tal vez creyó, al verme mezclado en este lío, que yo llevaba algunas notas y deseó saber cuánto había adelantado en el descubrimiento de este crimen. Sorprendió a la muchacha y la mató para que no hablara. Es lo único que se me ocurre. —Consultó el reloj y añadió—: Son las siete treinta, teniente. Hará tarde si no se va ahora mismo.

Mac Harrison le miró por entre las entornadas pestañas.

—¿Será mucho pedirle que no abandone Nueva York hasta que acabe todo esto, Dereck?

La respuesta fue:

—Creo que eso ya lo dijo otra vez, teniente.

Se pusieron en pie.

—De acuerdo. Me voy. Tenga cuidado, pesquisa. Usted y Velda O'Hara

—sonrió—. Me gustaría poder sentarles la mano, Dereck, y usted lo

sabe.

Por toda contestación, éste se encaminó hacia la encristalada puerta y la abrió. Cuando avanzaron hacia el exterior, Velda se estaba arreglando las medias con absoluta desfachatez.

Luego, cuando salieron, clavó el negror de sus ojos en los grises de él. Y se le acercó, prendiéndole por las solapas de la americana. Dereck la tomó en el acto por la cintura.

—¡John, yo...!

—Déjalo, Velda.

Y la besó en los labios. Cuando ella se separó con los senos estallantes, Dereck dijo:

—Será mejor que busques un hotel, preciosa. Mi apartamento no estará muy presentable después del asesinato de Hellen. Deberás esperarme allí, querida.

—Pero, John, ¿es que vas a dejarme sola?

—Tengo que salir, pero volveré pronto.

—De acuerdo, te acompañaré.

—Ni lo sueñes, querida. El programa que se prepara no es apto para damas.

Ella le miró fijamente y a continuación se desprendió de sus manos.

—Vas en busca de Jim Mac Leod, ¿verdad?

—Nada de eso, queri...

—He oído tu conversación con Mac Harrison, cielo, y sé que me estás mintiendo. Tu hombre es Mac Leod, a pesar de que a él le has lanzado contra
O'Connor

Dereck sonrió.

—Sólo en parte, ricura. Lo de las drogas, según las palabras de Corrington, es cierto. Por lo tanto, al teniente le he dado un buen bocado.

Velda le atajó con un gesto y luego preguntó:

—¿Sabes por casualidad qué lugares frecuenta Mac Leod, querido?

El recordó al instante el lugar dónde le había visto con Jessie.

—Sé uno de los sitios, muchacha. Por lo tanto, iré allí.

—¿Y si no está? —Hizo una pausa y añadió—: Será mejor que te

acompañe. Seré una buena chica y me estaré quietecita donde tú me mandes.

—Es mejor que te quedes aquí, Velda.

Ella le sonrió con dulzura.

—De acuerdo. Pero ten en cuenta de que tan pronto como me dejes, alquilaré un taxi y recorreré algunos lugares de Broadway. Apuesto a que le encuentro mucho antes que tú.

Dereck la miró fijamente, consciente de que Velda haría exactamente lo que estaba diciendo.

—De acuerdo, preciosa —dijo—. Te llevaré.

—¡Oh, John, eres un sol!

Y se le colgó materialmente del cuello.

CAPÍTULO X

—Con éste son tres los clubs que visitamos, Velda. Si tampoco está aquí, no tendré más remedio que ponerme en contacto con Jessie

O'Connor

para que me diga si ha podido localizarle.

Velda no replicó. Una vez más, estaba mirando la fotografía de Mac Leod, fotografía que ella había traído de Chicago conjuntamente con toda la historia del antiguo *gángster*.

—Volveré enseguida, John —fue lo que dijo tres o cuatro segundos más tarde.

Velda saltó del coche y él la vio entrar por la puerta, poco después. Tres minutos más tarde, regresó y se acomodó a su lado sin pronunciar palabra. Y fue él quien preguntó, en vista del silencio de ella:

—¿Algo nuevo, preciosa?

—Sí. Mac Leod está ahí dentro. Sentado en una de las mesas y acompañado de una fantástica rubia oxigenada. ¿Qué hacemos?

Dereck pensó en Jessie. ¿Le habría telefoneado? Tal vez sí, o tal vez...

—Esperar, Velda —dijo.

Continuó pensando.

Sólo podía hacer una cosa: esperar. Si Jessie no le había engañado, Mac Leod caería en las manos de Mac Harrison. Pero si no...

Bueno, también podía telefonearle diciéndole que le buscaba la policía, que el asunto de las drogas se había descubierto, y que se pusiera a salvo.

Interrumpió sus pensamientos cuando le vio abandonar el club

de una forma precipitada. ¿Jessie? Tal vez. Pero si no era así, si iba a su apartamento y ya no salía, Velda supliría a Jessie. Después de todo, había hecho bien en llevarla a su lado.

—John, ahí le tienes. ¿Y ahora qué, querido?

Dereck dio la callada por respuesta. Esperaba manteniendo el motor del coche funcionando al ralentí. Así hasta que Mac Leod hizo arrancar el suyo.

Dereck fue detrás.

La cosa duró unos veinte o veinticinco minutos. Luego detuvo el coche y esperó a que Mac Leod descendiera del suyo. Éste lo hizo, y Dereck continuó sin moverse. Esperaba.

Fue muy poco.

Repentinamente, cuando ya Mac Leod, mirando a todos lados se acercaba a la puerta del edificio donde tenía su apartamento, dos sombras se colocaron a su lado.

Dereck vio cómo se detenía en seco, cómo les miraba, y finalmente, cómo se lanzaba contra uno de los dos. Casi al instante, todo acabó cuando uno de los uniformados policías abatió la porra de goma contra su cabeza, y Mac Leod enterró la cara en la acera.

Al segundo siguiente, la calle se encendió con las luces de los faros de los coches de la policía. Dereck dio marcha atrás, maniobró rápidamente, dio gas y tomó la siguiente bocacalle sobre dos ruedas, alejándose de allí a toda marcha.

Entonces, hasta sus oídos llegaron las palabras de Velda.

—Ya acabó todo, John querido. Vamos a buscar un hotel. Estoy muy cansada.

Él no replicó. Continuaba conduciendo en silencio mientras su rostro de halcón se mostraba más duro que de ordinario.

Ocho minutos más tarde, Velda rompió el silencio con una pregunta:

—¿Puedo saber dónde me llevas, querido?

—A dar un paseo. ¿Por qué?

—Hemos cruzado por delante de la puerta de dos hoteles. Simplemente por eso lo pregunté, John.

—Ten paciencia, cielo. Estamos llegando.

Era verdad.

Llegaron cinco minutos después, pero no a un hotel.

Dereck aparcó el coche junto al bordillo de la acera y a

continuación se volvió a encararla.

—Me dijiste que serías una buena chica si te llevaba conmigo, ¿verdad?

Preguntándose dónde quería ir a parar, Velda preguntó:

—Sí. ¿Por qué?

—Porque quiero que te quedes aquí hasta que vuelva. ¿Prometido?

Velda tuvo a flor de labios una de sus categóricas respuestas, pero al mirarse en sus ojos lo pensó mejor y calló. Hasta que finalmente, viendo que Dereck esperaba su contestación, dijo:

—De acuerdo, querido. Lo que tú quieras.

Dereck descendió del coche, cruzó la acera llevando un pequeño manojo de ganzúas, que hubieran hecho maldecir a Mac Harrison de haberlas visto, abrió la puerta que daba acceso a la escalera y empezó a subir por la misma, despreciando el ascensor.

Cuatro o cinco minutos más tarde se detuvo frente a la del apartamento que buscaba y repitió la misma operación.

Dereck entró sin ruido alguno, cerrándola a continuación a su espalda.

Frente a él, por debajo de la puerta que conducía al *living*, se filtraba un tenue trazo de luz. A sus oídos llegaba el murmullo de una conversación.

Dereck desplazó la automática de la funda de la axila al bolsillo de la americana. Avanzó, empujó la puerta y se encontró con el original de la fotografía.

A Jim, como recuerdo de mis dulces sueños

Eso no era todo.

Ella estaba entre los brazos de Corrington cuando él entró. En el acto hubo un lapsus de silencio en el cual el tiempo pareció detenerse, y al instante se separaron violentamente.

Ella, rodando por el suelo, mostrando en toda su profusión a la lámpara del techo, las piernas cubiertas de fino nylon mientras que de su hermosa garganta se escapaba un tenue grito en el cual se mezclaba un poco de miedo y algo de estupor.

El, Corrington, no dijo nada, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y disparó a través de la tela cuando Dereck lo hacía desde

la cadera.

Luego, mientras que el abogado se revolcaba en el suelo en los últimos estertores de la agonía, se volvió hacia ella que en aquel entonces iniciaba un movimiento para huir.

Pero se inmovilizó cuando Dereck dijo con el dedo crispado sobre el gatillo.

—Será mejor que se esté quieta, preciosa. ¿O prefiere que la llame Margaret? Margaret Rian, ¿no?

La respuesta de ella sonó como un nuevo disparo en el interior del *living*.

—¡Le ha matado! Ha matado a...

Repentinamente se interrumpió mientras se dejaba caer en uno de los sillones. Luego clavó los ojos en él y preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha hecho esto?

Dereck dio una sola respuesta que significaba toda una contestación a las dos preguntas de ella:

—¿De verdad que no lo sabe, querida?

Sin dejar de apuntarla, retrocedió lentamente hacia la mesita donde reposaba el teléfono. Levantó el auricular. En el acto, Margaret Rian preguntó:

—¿Qué va a hacer? ¿Quién es usted?

Dereck replicó a la primera pregunta:

—Voy a llamar a la policía, preciosa.

Ella miró en torno, detuvo los ojos en el cadáver de Corrington y luego los fijó en el rostro duro y sin piedad de Dereck.

—¿A la policía? ¿Por qué?

La sonrisa de Dereck era sucia cuando replicó:

—Por el asesinato de *mistress* Alice Corrington y de *miss* Hellen Pops. Del viejo, no voy a hablar, ya que usted no lo hizo, sino los hombres que mandaron a la Morgue para desfigurar el rostro de...

—¡No! ¡Yo no fui! —Con mano temblorosa señaló el cadáver de Corrington, y añadió—: Fue él... ¡Lo juro! Yo no intervine para nada en esto.

La voz de Dereck sonó extrañamente suave cuando preguntó:

—¿De veras?

Ella se retorció las manos nerviosamente.

—Sí. Le digo la verdad. Yo...

—Usted, Margaret, era la amante de Mac Leod en Chicago. *Supo*

de él, supo que se encontraba aquí y vino. Hizo por conocer a Corrington, recientemente separado de su esposa, y por ahí vino todo.

—Sí, es cierto, pero yo no les maté. —Hizo una pausa y añadió, hablando atropelladamente—: Escuche, por favor. Es cierto. Jim traficaba en drogas en Chicago. Las cosas empezaron a fallarle y se vino a Nueva York. El mismo me lo dijo. Me prometió que enviaría a por mí, pero no lo hizo. Por eso me presenté aquí. Indagué y supe que tenía un buen negocio. —Y contó todo lo que Dereck ya sabía del asunto de las drogas, gracias a su intuición, para añadir a continuación—: Busqué a Corrington y me puse en contacto con éste al saber que Jim ya no deseaba nada de mí. Él y Alice Corrington eran amantes. Pero yo esperé algún tiempo antes de instigar a Larry a que intentara hacerse con parte del negocio. Se negó a ello diciendo que no quería más complicaciones, y las cosas continuaron hasta que *mistress* Corrington logró averiguar que él, de un modo u otro, estaba relacionado con el tráfico de heroína. Empezó a pedir, a presionar sin conseguir nada, en vista de lo cual le escribió una nota diciendo que se había puesto en contacto con un detective particular con el fin de denunciarle a él y a Jim Mac Leod. Larry me mandó a mí para hablar con ella. La entrevista entre las dos fue borrascosa, pero yo no la maté. Lo hizo cuando yo le conté que ella pedía cincuenta mil dólares por su silencio.

—Señaló la automática caída al suelo y siguió. —La asesinó con esa arma. Por eso telefoneó a uno de los *gangsters* que él conocía, pero sin darse a conocer, y éstos hicieron el trabajo de la Morgue. Pero Larry no ordenó matar al viejo Pops.

Calló, y Dereck preguntó con ironía:

—¿Ni a Hellen tampoco, monina?

—Eso... Eso fue inevitable. Él estaba registrando el apartamento de... —Le miró, añadiendo a continuación—: Usted es John Dereck, ¿verdad?

El aludido no replicó, y en vista de ello, Margaret siguió con su relato mientras continuaba estrujándose las manos con gesto maquinalmente nervioso.

—Larry tenía miedo de que *mistress* Corrington se hubiera puesto en contacto con usted, o en su defecto, que le hubiera enviado algo relacionado con el tráfico de drogas, ya que usted parecía estar bien

enterado. Por eso registró el apartamento. Hellen Pops le sorprendió y él tuvo que silenciarla para que no le denunciara.

Calló de nuevo, mirándole, como en espera de una respuesta que no llegó. No del modo que ella esperaba, ya que Dereck, sin replicar, empezó a discar.

Margaret dio un paso hacia él, pero se inmovilizó cuando el cañón de la «Magnum» le apuntó al corazón.

—Quieta, preciosa —dijo—. Voy a llamar a la policía. No voy a acusarte de nada, pero esta historia querrá saberla el teniente Mac Harrison. Y lo lamento. Debiste quedarte en Chicago. Ahora, si no por asesinato, sí te procesarán por encubridora.

Terminó de marcar mientras que ella se dejaba caer nuevamente sobre el mullido asiento del sillón, sin pronunciar una sola palabra, y con los ojos fijos en el suelo.

Mac Harrison tardó en ponerse al otro lado del hilo unos cuantos segundos.

—Oiga, pero ¿qué...?

Dereck le atajó en seco.

—¿Encontró las drogas, teniente?

—Sí. Y tengo aquí a *miss*

O'Connor

. Esa muchacha jura y perjura que ni ella ni su padre son responsables de...

—Y le está diciendo la verdad, teniente.

O'Connor

no sabía nada de esto. Haga hablar a Mac Leod y se lo contará. Por lo tanto, puede soltarla y darle toda clase de explicaciones.

La maldición de Mac Harrison fue de las que hacen época pero Dereck no se inmutó por ello.

—¿Qué diablos...?

—Escuche con paciencia, Mac Harrison. La responsable de todo está aquí a mí lado junto al cadáver de un conocido suyo. De un famoso abogado, ¿comprende? Y ahora me refiero a los asesinatos de Alice Corrington y Hellen Pops, sin contar el de este último. Interrogue a la muchacha, que tiene una bonita historia que contar.

—No se mueva de ahí, que voy ahora mis...

Dereck colgó sin esperar a que acabara la frase. Fue entonces cuando Margaret preguntó:

—¿Cómo... cómo descubrió lo de las drogas, Dereck?

—Por una fotografía tuya. Una dedicatoria que había de unos sueños. Eso es todo, preciosa. Ahora, si sigues mi consejo, no te muevas de aquí. Caso contrario.

No dijo más, ni hacía falta.

Retrocedió sin que ella respondiera, cerró el apartamento con llave, dejándola puesta en la cerradura, por la parte de afuera, y abandonó el edificio.

Pensando. En las muchas lagunas que tenía el relato de Margaret Rian. En todo lo ocurrido. En...

Estaba allí, en el interior del «Cadillac», esperándole. Y se le colgó del cuello tan pronto como él subió al mismo. Después, entre sus brazos, uno o dos minutos más tarde, preguntó:

—¿Qué fue eso, John? Creí haber oído disparos.

—Los hubo, pero ya está todo resuelto.

Puso el motor en marcha y arrancó.

—¿Dónde me llevas?

—A pasar un fin de semana en el lugar más lejano que se me ocurra, preciosa —replicó Dereck—. A un lugar donde el teniente Mac Harrison no pueda encontrarnos hasta después de la encuesta.

—¡Pero, John! —replicó ella, burlona—. Mi bikini está en el apartamento.

—Te compraré otro dentro de unas horas, querida.

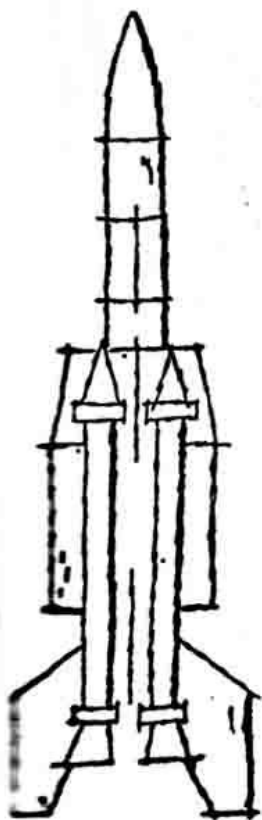
Un fin de semana que se prolongó quince días, al cabo de los cuales regresaron a Nueva York. Quince días que ninguno olvidaría fácilmente, y en el transcurso de los cuales, como puestos de acuerdo, no trataron, ni por equivocación, de todo lo ocurrido, y mucho menos del teniente Mac Harrison.

Sólo hablaron con él, cuando éste se presentó delante de ellos, con bastante malas intenciones, hasta que Dereck le convenció que era mucho mejor dejar las cosas como estaban.

FIN

Los cohetes

WIM DANNAB



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





CARTAS DE SANGRE

por

BURTON HARE

Saltó como disparado por un resorte. Apenas si ~~tuvo~~ tiempo de echarme a un lado y descargar un ~~marazo~~ golpe con el revólver. Sólo le alcancé de refilón, pero aulló de dolor y la sangre comenzó a deslizarse de su rasgada piel.

—No lo intentes otra vez o te haré daño, Joe —le advertí con calma—. Empieza a hablar y todos saldremos ganando.

—¡Váyase al infierno!

Lancé el brazo hacia adelante. La punta del cañón se le hundió en el estómago y casi le atravesé. Se ~~de-~~ ~~membró~~ dobló sobre sí mismo, hipando y gimiendo de dolor. Estuvo más de dos minutos sin encontrar ~~una~~ por ninguna parte.

—Vamos, en pie, sabandija.

Se levantó apoyándose en los pies de la cama para ~~sostenerse~~. En sus ojos estrechos y crueles brilló una ~~luz~~ fosforescente.

Este es uno de los pasajes de

CARTAS DE SANGRE

otra de las sensacionales novelas de

BURTON HARE

CARTAS DE SANGRE

¡Léala dentro de siete fechas!

¡No se arrepentirá!

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?
Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



UN **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1712